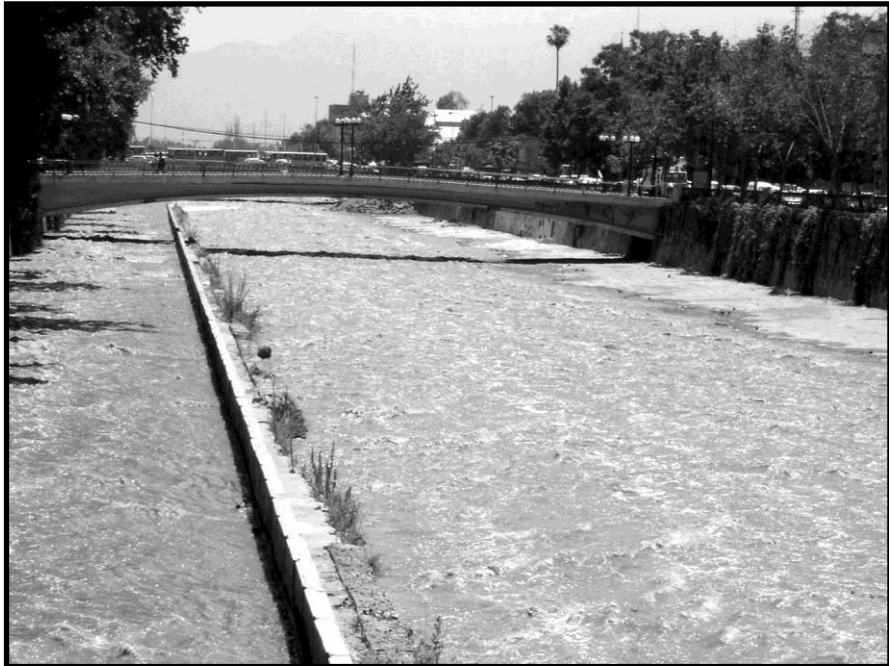


BORDEANDO AL MAPOCHO: "UN LUGAR DIVERSO E INTERVENIDO"



Integrantes:
Luz Bustamante
Chiara Gazzana
Ester Herrera
María José Martínez
María Carolina Pérez

2004

INTRODUCCIÓN

La ciudad es fruto de las ambiciones, necesidades, enfrentamientos y deseos de los grupos que habitan en ella; supone una tensión y una estrategia de conciliación entre estos distintos discursos. Son justamente Santiago y particularmente el Río Mapocho, la escenografía donde se expresan esas luchas simbólicas por ocupar un lugar en el espacio de representación.

Además, se podría decir que, casi todos los núcleos urbanos han definido su asentamiento por algún rasgo geográfico natural que facilite la vida humana. Esto como razón primera, pero es siempre el ser humano el que al buscar apropiarse de un territorio, lo transforma para hacerlo así habitable. Luego de este primer proceso de significación, este espacio se configura en un lugar a escala humana.

¿Qué es y qué ha sido el Mapocho para la ciudad de Santiago? Sin duda, el Río es uno de los lugares constitutivos del imaginario social de los santiaguinos, pues atraviesa la ciudad casi como una columna vertebral. Por esta razón, creemos necesario abordar en este seminario la relación del Río y sus habitantes, ya que con esta dinámica se ha ido significando de diversas maneras el espacio.

Esta misma cercanía ha establecido una constante disputa entre la naturaleza y la racionalidad humana, en la que cada cual busca superar a la otra. Las armas del hombre son sus conocimientos técnicos, los cuales dan origen a las obras públicas, mientras que el Río, con su irregular carácter desafía a ese ordenamiento impuesto y, con sus violentas arremetidas, hace titilar las luces encandilantes de la modernidad.

Si bien, las intervenciones urbanísticas responden a una necesidad funcional objetiva de los habitantes, también son el resultado visible de una cierta discursividad acerca de lo que se entiende por ciudad y lo que los sujetos anhelan hacer de ella.

Los proyectos en el río o sus márgenes, han sido utilizados de numerosas formas, muchas veces constituyendo dinámicas que van más allá de lo que estaba contemplado. Cabe destacar que la ocupación de los espacios públicos o usos, coexisten con las intervenciones, sin dejar claro cuál precede a cuál.

Esta relación hombre-río adquiere un carácter funcional cuando los habitantes lo utilizan como recurso, es decir, para satisfacer sus necesidades. Así se generan diversas formas de reasignar el espacio y ocuparlo con un sentido práctico. De esta manera, la ciudad y el desarrollo de la vida urbana, conforman un sistema de múltiples procesos interdependientes que convergen en el río Mapocho, lo que nos permite bordearlo como un fenómeno sociocultural. Es desde esta mirada donde podemos analizar los procesos de comunicación que subyacen en la percepción sobre el Río. Éste es un espacio público donde las distintas sensibilidades han hecho lo suyo, es precisamente en el lenguaje – en el sentido más amplio de la palabra- donde se logran acuerdos y desacuerdos sociales.

El río también, en tanto columna, eje y espejo de la ciudad ha servido como medio o soporte comunicacional para hacer públicos mensajes que de otro modo no habrían tenido un impacto social: es el caso de los murales, las acciones de arte y de los muertos flotando

Por medio de algunos hitos de intervención y prácticas socioculturales, damos cuenta de la dimensión y profundidad del tema,

así como de la relevancia histórica y patrimonial del Río. A su vez, es también pertinente a la comunicación social, ya que al analizar cómo el hombre ha construido y transformado su entorno natural, nos permite dar cuenta de los discursos que han operado a lo largo de la historia.

De esta manera, cada una de las transformaciones del Mapocho, constituirían evidencias de sucesivos intentos, desde la fundación misma de la ciudad, de sacarle provecho a la naturaleza. Mientras las prácticas, le agregan connotación al cemento.



FORMULACION DEL PROBLEMA

Desde la fundación de la ciudad de Santiago en 1541, el Río Mapocho ha sido un fiel compañero de la capital de Chile. Una imagen imborrable del paisaje urbano. Al ser una constante, la ciudad se ha relacionado con él de distintas maneras a través del tiempo.

Existen varias formas de concebir al Río y por ello han surgido investigaciones sobre el complejo fenómeno del Mapocho. Es de nuestro interés, conectar ámbitos de análisis que han sido abordados de manera parcial por diversas disciplinas. Por ello, quisimos centrar nuestra propuesta en definir y entender tanto las intervenciones físicas más sustantivas, como también la forma en que la sociedad capitalina ha usado el afluente.

Desde el momento del ordenamiento fundacional en forma de tabla de ajedrez (damero) se ha querido dar orden a la ciudad. Las repetitivas inundaciones del Río, rompen este estructurado molde y, de paso despiertan el primer afán de intervenirlo para contener sus arremetidas. Así comienza la construcción de sucesivos tajamares para ordenar la cuenca y dominar al torrente.

Para complementar la eficiencia de estos muros de contención, se canaliza el río con la idea de llevar las aguas por un trazado recto y delimitado. De esta forma, se convierte en un cauce más profundo. Esta operación permitió anexar terrenos al sector céntrico y, posteriormente, muchos de ellos se transforman en áreas verdes y paseos.

Con la necesidad de comunicar ambos márgenes del Río se comienzan a construir puentes desde el siglo XVI. Y, luego de la canalización en el siglo XIX, fue haciéndose necesario levantar más y

mejores conectores, en especial a la medida que la ciudad se expande hacia el oriente.

En esta línea, el proyecto Costanera Norte resulta atractivo para esta investigación, ya que es el plan vial más grande que se haya construido. En términos paisajísticos, con su trazado, se limita la presencia visual del Río con las correspondientes consecuencias para la vida urbana. Nuevamente el Río es reducido y encajonado para usar su cuenca.

Así tenemos diversos ejemplos de intervenciones en el Mapocho. Sin embargo, los intentos de establecer una racionalidad tienen una respuesta del medio natural a través de los sucesivos desbordes. Aquí encontramos una característica de la mezcla, tan propia de nuestro continente, entre querer adoptar una lógica moderna y las vicisitudes que provoca el sustrato natural.

Por otra parte, distinguimos los distintos usos sociales que nos entregan una visión particular de formas culturales dignas de ser analizadas. A lo largo de la historia de la ciudad, se han creado diversas formas de vida en torno al Río, así como se le ha asignado múltiples valoraciones. Sus orillas como paseo, sus cascajales como vivienda, su torrente como cloaca y sus paredes como lugar de expresión.

Un aspecto interesante de destacar es la constitución del Río como límite natural entre el sector tradicional y la llamada "Chimba", marcando de manera evidente la diferencia entre las clases acomodadas y las populares que estaban instaladas en uno y otro lado del Mapocho. En el plano simbólico también se constituyó como un factor de demarcación entre la ciudad propia y la no ciudad; como

también la ciudad ilustrada y el territorio bárbaro e insalubre en la mente de autoridades como Vicuña Mackenna.

Consideramos que esta investigación es pertinente a la comunicación social, pues abordamos cómo el hombre ha construido y transformado su entorno natural y bajo qué premisas lo ha hecho.

Creemos, además que el Río Mapocho es parte constitutiva del imaginario de la ciudad, por lo que nos da cuenta de parte de los discursos que han operado a lo largo de la historia de los últimos 4 siglos. Desde ese punto de vista, es competente a nuestro campo del conocimiento, pues las transformaciones del afluente - usos sociales e intervenciones- constituirían evidencias de los distintos discursos y prácticas que han surgido.

Existen ciertos raciocinios que han impactado más a la sociedad, pues pertenecen a personas o clases que ostentan posiciones privilegiadas. Estos grupos y sus imaginarios, al poseer mayores cuotas de poder, gozan de mayor visibilidad en el espacio público. Es así, como la visión de mundo de una autoridad tiene altas posibilidades de perpetuarse por medio de obras públicas o proyectos. Las intervenciones urbanas son manifestaciones concretas de su lógica, dado que es el poder central quien históricamente decidió el qué y el dónde del tipo de obras que necesitaba la ciudad.

En el sentido opuesto, rescatamos las representaciones particulares que han fabricado distintos grupos de la ciudad. Éstos han acudido al Río para satisfacer diversas necesidades, otorgándole valoraciones diversas al lugar.

Podemos decir que la ciudad existe, pero lo interesante es visualizarla en cuanto a las imágenes urbanas generadas por los hombres luego de haber aprehendido su entorno. Estas imágenes serán entonces producto de la relación que se establezca entre el medio real y el supuesto ideal, el cual implica los anhelos, aspiraciones y reflexiones de los propios habitantes.

Este es un proceso de articulación mediante el cual el ser humano significa su espacio. Esta dinámica se asemeja al proceso cognitivo con que los hombres en general interpretan la realidad. En este sentido, nuestra investigación aborda el proceso de vinculación entre el ser humano y su medio ambiente y, a la vez, el calce y descalce que se produce entre los grupos sociales y el paisaje urbano. Todos estos procesos relacionales son un intercambio simbólico y, por tanto, se producen gracias a las habilidades comunicativas del hombre, las cuales le permiten interactuar con otros y reaccionar a lo que sucede a su alrededor.

Entonces, el medio urbano, es por una parte una forma física, pero sobretodo existe gracias a la capacidad mental de los individuos que lo habitan y lo transforman en espacio significado.

Los usos e intervenciones del Río Mapocho son un tema de investigación en comunicación social, pues las apuestas de obras urbanísticas modifican el entorno, afectando la condición psíquica del hombre, porque cambian los puntos referenciales que había creado en su mente para ordenar y relacionar el espacio circundante.

De hecho, el ser humano se forma una imagen de su espacio gracias a sus capacidades perceptivas, mediante las cuales puede codificar e interpretar su medio y luego generar respuestas. Este

proceso bilateral entre el individuo y su medio es pertinente al ámbito de la comunicación, ya que se trata de un intercambio constante de información y codificación, es decir, una operación de lenguaje.

Para esta investigación exploratoria, la ciudad es ante todo relevante, pues da cuenta de un fenómeno de sociabilidad humana. Dentro de esto, por medio de la descripción y análisis de los usos e intervenciones buscamos aproximarnos al Mapocho para, de ese modo, vislumbrar su relevancia histórica dentro de Santiago.

OBJETIVOS GENERALES

Indagar los usos sociales e intervenciones físicas en el espacio urbano que se han hecho en torno al Río Mapocho desde la fundación de Santiago.

Analizar la presencia física y el significado del Río Mapocho como parte del imaginario de la ciudad.

Establecer cómo los grandes hitos urbanísticos que se han realizado en el Río y los usos sociales más representativos se articulan o se contradicen entre sí.

Demostrar cómo estas apuestas modernizadoras y prácticas culturales, reflejan el sentir y el pensar de los habitantes de Santiago, como también, la relación que se da entre ellos.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

Investigar hitos de intervención que respondan a una política general de ordenamiento de la ciudad.

Entender los usos sociales que se le han dado al Río a través de la historia, descubriendo el por qué estos han surgido y distinguiendo distintas categorías.

Reconstruir el contexto histórico de estos usos e intervenciones para entender la visión socio-político imperante en cada época.

HIPÓTESIS

La sumatoria de intervenciones y usos del Río serían una evidencia y referente de los distintos procesos sociales y culturales por los que han pasado los habitantes de la ciudad. Estos permitirían extrapolar los valores vigentes en los distintos momentos con los que trabajamos.

Desde que existe la ciudad como asentamiento oficial, se estaría gestando un proyecto país. El proyecto moderno sería la gran fuente de influencia ideológica del imaginario social y, por tanto, indirectamente iría dejando su huella en el entramado urbano.

Al ir configurando su ciudad, el hombre va determinando conciente e inconscientemente la forma en que se comunican los diferentes actores sociales. Esto debido a que por un lado decide qué zona ocupará cada barrio espacialmente en la ciudad y, por tanto, en la sociedad, al mismo tiempo que crea espacios públicos donde interactúan estos distintos grupos humanos.

METODOLOGÍA

En el grueso de nuestra investigación utilizamos metodologías de orden cualitativo, pues esta mirada nos permite aprehender la implicancia urbano-social que ha tenido el Río. Los instrumentos cuantitativos sólo son tratados como datos referenciales. Esos elementos específicos nos ayudaron a puntualizar ciertos aspectos de los fenómenos analizados, pero son los testimonios, la bibliografía y las entrevistas a especialistas, las fuentes principales de esta investigación.

Nuestro trabajo está basado sustancialmente en libros de historia, textos teóricos sobre sociología urbana y antropología, y revistas especializadas en las distintas disciplinas afines al fenómeno analizado (historia, antropología, urbanismo, entre otras). Todo ello con el afán de profundizar en las historias que se han tejido en torno al Río.

Otra fuente de información fue la prensa, a la que recurrimos para tener más antecedentes de los sucesos de los últimos años, como los desbordes del Mapocho en los '80 y Costanera Norte. Este año, el Río ha sido un tema recurrente en los medios de comunicación y eso nos nutrió de información actualizada.

Para profundizar y analizar de mejor manera los aspectos que singularizan los momentos históricos que hemos seleccionado, distinguimos intervenciones en el espacio urbano, o sea obras públicas emblemáticas, de usos sociales. Por ello aglutinamos todas las diversas formas en la que el río ha potenciado la vida humana. Establecimos ciertos usos, dentro de los cuales entregamos datos y análisis para seguir la evolución temporal de las distintas prácticas. La misma aspiración tenemos al hablar de las sucesivas obras de ingeniería emprendidas.

Mientras las construcciones nos entregan evidencias concretas de un proyecto de ciudad en marcha, los usos que la gente le da a los espacios, nos entregan una imagen a escala humana. Esto, nos da luces respecto de lo que los sujetos realmente hacen con la infraestructura y cómo se apropian de los espacios, en este caso del Río, sus orillas y las obras de ingeniería que ya son parte sustantiva de su anatomía.

Debido a que en un año no es posible abarcar todo lo que ha ocurrido en torno al Río desde el siglo XVI, definimos una serie de hitos en los que el hombre ha controlado físicamente el cauce, pues estas obras representan pasos dentro de un mismo proceso de modernización.

Técnicas de investigación

Nuestra investigación se sustentó, por una parte, en el análisis comparativo de textos históricos y en casos puntuales, se recurrió a medios contemporáneos correspondiente a un hecho específico. En todo esto, siempre es importante entender que existen diversos puntos de vista para abordar la historia. Por ejemplo, las visiones que aportan tanto la llamada historia oficial en contraste con la historia de tipo más social. Si bien ambas perspectivas dan cuenta de una determinada realidad, consideramos importante el complemento por cuanto nos permite un acercamiento más acabado al objeto de estudio.

Recabamos la mayor cantidad posible de bibliografía, la que nos aportó datos específicos y, a la vez, nos dio luces para comprender el contexto en que estos usos e intervenciones se produjeron.

Dentro de las técnicas cualitativas, recurrimos a las entrevistas semi estructuradas a expertos para consultar su opinión sobre ciertas temáticas. Luego analizamos y contrastamos las distintas opiniones. Al mismo tiempo, estos profesionales nos recomendaron bibliografía anexa.

También consideramos la literatura y el arte como fuente de información, pues dichas expresiones simbólicas corresponden a una

interpretación de la realidad y, por tanto, representan el sentir de una época y una mirada frente a lo urbano.

MARCO TEÓRICO

Dado que a lo largo de nuestra investigación usaremos una serie de conceptos, hemos querido hacer una revisión bibliográfica sobre dichas categorías, para luego seleccionar una perspectiva con la que trabajaremos en el cuerpo de nuestro seminario.

MODERNIDAD

Modernidad es un concepto muy amplio y se ha utilizado para dar cuenta de fenómenos muy diversos. Por ello, lo usaremos referido a cómo el discurso liberal - ilustrado genera una cierta mentalidad y un afán desarrollista. En este sentido, la modernización sería la puesta en acción de una forma de ver el mundo que se ha instalado en el sentido común. La ciudad sería el escenario de ese avance material y, el Mapocho, como espacio natural, materia prima lista para ser moldeada por las autoridades para lograr el progreso.

Marshall Berman establece una diferencia entre modernidad y modernización. Aporta una visión integral de la modernidad, su génesis y proyecciones. “El remolino de la vida moderna se alimenta de muchas fuentes: los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, que cambian nuestras imágenes del universo y nuestro lugar en él; la industrialización de la producción, que transforma el conocimiento científico en tecnología, crea nuevos medios humanos y destruye los viejos, acelera el ritmo de la vida, genera nuevas formas de poder

jurídico y lucha de clases; inmensos trastornos demográficos, que separan a millones de personas de sus hábitat ancestrales, arrojándolas violentamente por el mundo en busca de nuevas vidas; el rápido crecimiento urbano (...); sistemas de comunicación masivos, dinámicos en su desarrollo, que envuelven y unen a las sociedades y las gentes más diversas; estados nacionales cada vez más poderosos, que se estructuran y operan burocráticamente y se esfuerzan constantemente por extender sus dominios; movimientos sociales masivos de gente y de pueblos, que desafían a sus gobernantes políticos y económicos, intentado ganar algún control sobre sus vidas; y finalmente, un mercado mundial capitalista siempre en desarrollo”. (Berman, en Casullo, 1989: 68)

El intelectual chileno Bernardo Subercaseaux, puntualiza el contexto histórico de entre siglos. En los casi doscientos años que van desde la Independencia, ha habido las mayores transformaciones en América Latina. En el caso de Chile, la acelerada modernización se manifiesta en el plano económico y político-social, pero también –sobre todo en las ciudades- en la vida cotidiana.

Se asume así preponderantemente una modernización de las condiciones materiales y físicas, pues está la necesidad de adecuar lo existente a una nueva identidad. Por lo que a diferencia de Europa, en Chile lo moderno se da en el ámbito científico, tecnológico y por sobre todo económico, ya que es el progreso, la motivación para seguir la modernidad europea dejando fuera las especificidades socioculturales.

¿Qué significa aspirar a que Chile sea un país moderno? Al parecer el único componente de modernidad se encuentra en la eficiencia y el desarrollo económico, lo que se ve en las grandes ciudades y sus construcciones. (Subercaseaux, 1996)

Berman explica que la experiencia de vivir lo moderno, es bastante paradójica, pues si bien se abren una serie de puertas para ser libre, también pronto el hombre añora la protección y sensación de una realidad en completo orden que, sin duda encontraban en la estructura social de la hacienda. Contradicción que es aún más fuerte en América, pues la corriente ilustrada sólo influyó en elites que abrazaban estas ideas en sus viajes por Europa. Mientras ciertos grupos intelectuales – aún el día de hoy- aspiran a la libre determinación, el grueso de la población vive en condiciones precarias.

Para el filósofo alemán, la ética moderna se sostiene en la necesidad de destruir lo antiguo para poder crear así lo nuevo y avanzar. Hay que pensar que esta ideología surgió en la Revolución Francesa cuando era necesario tomar bríos para dejar atrás el Antiguo Régimen y su sistema social de castas. Esta imagen de que lo nuevo siempre está adelante y que es siempre algo mejor, está muy instalado en el sentido común incluso hasta nuestros días.

Además señala que un indicador claro de modernidad es el predominio de una forma de conocimiento: la ciencia moderna, que se consagró a sí misma como la única manera de pensar propia de nuestra sociedad. Así, todo puede caer bajo la mirada racional.

Esta lógica unívoca, está asociada a ciertas maneras de relacionarse y conocer el mundo, por ejemplo, las ciudades y sus barrios van determinando la forma en que se relacionan las personas. Lo que se da es la racionalización del paisaje y se arma la ciudad para sacarle el máximo provecho. Sin embargo toda intervención genera una alter ego, pues luego de la explosión demográfica y la excesiva

extensión de la ciudad, no es posible hablar de un principio estructurante de Santiago en su conjunto.

En este contexto político- social, emerge una forma de vida, donde se responde, con una urbanización creciente, a las demandas sociales por participar de esta supuesta modernidad. Para permitir aquello, la ciudad va cercando y comprimiendo la naturaleza y dentro de esto, al Mapocho. El orden que se pretende dar a Santiago en los inicios del siglo XX es la muestra más clara y evidente de una mentalidad que estaba fuertemente instalada.

Max Weber ha intentado explicar el proceso de modernización como un camino de “racionalización” progresiva. Racionalidad que se evidencia en la elección de los medios más eficientes para realizar objetivos predeterminados. Siempre teniendo como norte el aumento de la eficiencia económica y administrativa.

De esta forma, habla de la racionalidad de la mente moderna. Al igual que Berman, Weber señala que la razón se impone en la modernidad para realizar proyectos y alcanzar objetivos.

“En un sentido extenso, el concepto de racionalidad significa la imposición de un orden coherente y sistemático sobre la diversidad caótica de las diferentes situaciones, creencias, experiencias, alternativas de acciones, etc.”. (Wellmer, en Giddens, 1994: 73).

El hombre utiliza su conocimiento para materializar sus ideas, transformar su entorno y, por cierto, moldear la ciudad. Todas estas transformaciones suponen un progreso para la sociedad. Este es el concepto de modernidad que impera en nuestro país, que más bien, si somos literales, se refiere a modernización. Esta noción es central para

entender las sucesivas intervenciones urbanísticas y proyectos de obras públicas que se han realizado en el Río y que constituyen parte importante de nuestra investigación.

A esto, Habermas agrega que lo moderno se ha utilizado desde el siglo X para distinguir un presente de una determinada época antigua, para diferenciar lo nuevo de lo viejo. Esta demarcación también se plasma en el río, pues es posible distinguir restos de distintas fases y apuestas de desarrollo urbano que no toman en cuenta lo anterior, hitos que dejan atrás el proyecto precedente.

“La marca distintiva de lo moderno es “lo nuevo”, que es superado y condenado a la obsolescencia constante, pues siempre existe una novedad en el estilo que le sigue” (Habermas, en Casullo, 1989:132).

Así, la modernidad significó la sustitución del dogma religioso por el paradigma racional, de esta forma la idea de eternidad fue reemplazada por el dinamismo. La esperanza y la fe son reemplazadas por la valorización de la práctica y la experiencia, dejando en manos del hombre el dominio del tiempo y espacio.

En resumen, la modernidad es la época de la historia, del incesante progreso y superación, que, a través del racionalismo que la caracterizaba seduce al hombre y lo impulsa a querer cambiar las condiciones materiales en las que habita por medio de la técnica.

A nuestro parecer, la racionalidad moderna se ha expresado en la modernización creciente del medio natural y, para esta investigación, especialmente en el Mapocho. Dado que las ciudades materializaban los ideales de la modernidad, dejando lejos lo viejo, representado por el

mundo agrario, se le da la bienvenida a la industria. Y como la naturaleza está a la disposición del hombre para llevar adelante su empresa, es posible borrar el Río para poder circular más rápido en automóvil.

INTERVENCIÓN URBANÍSTICA

Una ciudad es el resultado indisoluble de la unión entre una urbe y su gente. Es decir, un centro de población organizado como comunidad. Una intervención urbanística, por tanto, entrará a participar en esta dinámica, limitando o suspendiendo el libre ejercicio de actividades o funciones. De hecho, para el diccionario Everest de la lengua española, “intervenir” quiere decir tomar parte en un asunto, pero interponiendo uno su autoridad.

El padre de la teoría de la imagen urbana es Kevin Lynch que desarrolla sus pensamientos en el texto "la imagen de la ciudad". Este autor define los cinco elementos constitutivos de la ciudad en tanto lenguaje: recorridos, bordes, hitos, nodos y barrios. El río, sin duda es un borde, pero también se le puede recorrer por los paseos que hacen las veces de costanera o simplemente sentarse a reposar y fijar la mirada en el horizonte que se pierde hacia el poniente o buscar referencia menos nostálgicas en los hitos que van marcando el transcurrir – mental o físico- por su espacio. Así, no cabe duda que el Río es un importante punto de referencia natural, al igual que la imponente cordillera de Los Andes, dentro del valle del Mapocho.

Entonces, una intervención en el espacio urbano es cualquier obra pública que participe en la ciudad, modificando el diseño urbano; articulación de una nueva manera los espacios públicos y sus componentes. Esta es una operación directa a partir de la programación

de infraestructura y equipamiento público, los cuales producen espacios o reestructuran los ya existentes.

Siguiendo lo anterior, donde había un paisaje se genera un espacio racionalizado por medio de la intervención. En el texto “Elementos de análisis urbano” se sostiene que este espacio generado, induce modos de vida, relaciones social e incluso de lazos sociales nuevos. (Panerai, 1983)

Entonces, una intervención urbana implica una variación del espacio público y de la estructura de la ciudad a nivel general o particular. O sea hace referencia a construcción de calles, plazas o plantar árboles, así como dotar de mobiliario a una plaza.

“Estas acciones hacen referencia al orden en el cual se pretende, bajo una intención, que funcione la ciudad. Por ello, el espacio físico pasa a ser un elemento dentro de un sistema de disposiciones que estructuran las posibilidades de práctica”. (Panerai, 1983:184)

Dentro de este ámbito se han hecho aproximaciones al tema del espacio urbano a partir de la percepción. Es decir, como el ser humano percibe y decodifica con sus sentidos, los signos de la ciudad, sus edificios, monumentos, ríos o paisajes.

Ahora bien, es importante para nuestra investigación el comentario hecho por Abraham Moles en el libro la imagen: comunicación funcional

“el espacio sólo existe a través de las percepciones que el individuo puede tener de él, las cuales condicionan necesariamente todas sus relaciones ulteriores” (Moles, 1991). Por esta razón los

espacios están lejos de sólo ser equivalentes a sí mismos. En resumen, el espacio es producto de la interacción del hombre, el cual lo transforma en espacio significado, en un lugar antropológico.

Tomando en cuenta lo esbozado en el seminario realizado por el arquitecto Ernesto López Morales, la imagen urbana corresponde a un concepto amplio y relevante en la existencia de los habitantes de una ciudad. Es el motor fundamental de la percepción que tienen los habitantes de su ciudad y cómo aprehenden el medio ambiente que los rodea.

Entonces estamos hablando de una forma física, pero por sobretodo un espesor generado gracias a la capacidad mental de los individuos que la habitan, los cuales se generan interiormente un esquema de este medio. Esta imagen mental determinará la tendencia de las acciones que tengan las personas para modificar las infraestructura de la urbe.

Además la imagen urbana será la expresión de la síntesis entre las condiciones materiales y el medio ideal el cual implica los anhelos, aspiraciones y reflexiones de los propios habitantes y, por supuesto, de sus autoridades.

En este sentido, Jorge Luis Borges en su libro "Otras inquisiciones" (1952), afirma sobre este tema que es "el juego poético entre dos imágenes que se contemplan, entendiendo este hecho como una metáfora urbana. El significado que esto adopte en determinado tiempo y espacio, se relacionarán hasta definirse el uno al otro". (Borges en López: 28)

Por eso, la conformación de esta imagen se trata de un proceso bilateral entre el individuo y su medio urbano, que se forma en un intercambio constante de información y codificación. Es decir, de interpretación de la realidad.

Las intervenciones urbanísticas serían entonces sustanciales, pues modifican el medio ambiente diario, afectando la condición psíquica del hombre. Cambia los puntos referenciales que se había creado en su mente para ordenar y relacionar los elementos de la ciudad.

Punto aparte, podemos afirmar que el concepto de intervención urbana o urbanística es tan amplio que incluso el arte se lo ha apropiado, al entender la relevancia de la dinámica urbana en el hombre de hoy. Este tipo de muestra de arte tiene como objetivo poner sobre el tapete de la discusión pública un cierto tema. Es una intervención en lo urbano como estrategia para volver a mirar la ciudad, modificando la dinámica cotidiana del espacio público.

Para finalizar, podemos insistir que la relevancia de este tema es que la relación que existe entre el medio urbano y las formas culturales son un mecanismo para comprender el contenido de la ciudad.

También, cabe destacar que el espacio concreto, sólo se convertirá en un "lugar", por medio del uso que los seres humanos le den, apropiándose de él y dándole un sentido.

USO SOCIAL

La antropología urbana fue un aporte importante en nuestro seminario para explicar los fenómenos culturales que se dan en la ciudad. Esto nos permitió analizar los procesos por los que las personas resuelven sus necesidades de acuerdo con ciertas condiciones objetivas que la ciudad les ofrece, pero de acuerdo a sus costumbres, creencias y tradiciones. Por eso, en un mismo lugar es posible apreciar rastros de diversas temporalidades.

Tomando entonces la antropología como referencia, debemos explicar por qué el uso social de un espacio es trascendental para el desarrollo de nuestra investigación. Iremos entonces un poco más atrás para definir primero qué es el “habitus”. Este concepto acuñado por Pierre Bourdieu puede ser definido como un generador de estilos de vida. Son éstos los que dan cuenta de la concreción de la visión de mundo, de nuestra relación con los otros y de nuestras conductas en los espacios que frecuentamos. Es así como el espacio juega un rol importante en la transformación social, ya que es el soporte que permite la conexión simbólica entre las diversas personas. Claro que es necesaria la práctica humana que reconoce en ese lugar la capacidad para ser identificado, vivido y habitado.

Estos usos sociales nacen de la interacción entre la educación e historia de vida de un individuo y su entorno. Entonces el ejercicio de actividades en el espacio es parte constitutiva del habitus porque éste no sólo da cuenta de una acción individual, sino también de los códigos que existen en un individuo y en su grupo social, sobre las normas o límites para actuar y usar determinados espacios.

Los autores de “Elementos de análisis urbanos” entienden la práctica social como sinónimo de uso social, consolidándose mediante la repetición y reproducción de éstas.

Esta postura es compartida por la antropóloga mexicana Guadalupe Reyes quien plantea que las ciudades y sus distintos barrios son creados por los ciudadanos que, obrando individual o colectivamente, mediante grandes movilizaciones o a través de prácticas cotidianas silenciosas, se enfrentan para definir las formas, significados y funciones del espacio urbano.

En la “Meditación de Europa” del filósofo José Ortega y Gasset, plantea que una sociedad es la convivencia de individuos humanos bajo un sistema de usos, señalando que si queremos saber qué es una sociedad tenemos que dirigir nuestra mirada a éstos.

Así, podemos identificar grupos de individuos a partir del uso que hacen de un espacio. También resulta plausible hacer un estudio del lugar como también de las maneras cotidianas de un sujeto común. Sólo entonces el ser humano podría reconocerse a partir de la forma en cómo el mismo utiliza los espacios.

Para nuestro seminario, tomaremos el concepto de uso social como la manera que tiene el hombre de apropiarse y utilizar un espacio en particular. Es mediante esta utilización que podemos conocer la realidad y la cultura de una determinada sociedad, puesto que a partir de una práctica social, ya sea individual o colectiva, dotan de significado y funcionalidad a un lugar específico: el río Mapocho. A su vez es mediante la indagación sobre las experiencias lo que nos permite distinguir los variados rasgos identitarios que los ciudadanos han reflejado al borde del torrente.

CONFIGURACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO

La cuenca de Santiago es atravesada por varias corrientes fluviales que convergen en el Río Maipo. Una de éstas es el Río Mapocho. *Mapu-cho* en lengua indígena significa “el río que se pierde en la tierra”. (León Echaiz, 1975)



La verdad es que no es un río propiamente tal, sino un torrente. Técnicamente, un río es una lámina de agua donde todas las partículas siguen la misma trayectoria, en cambio, en el torrente, el agua tiene un régimen turbulento, que lo hace más desordenado.

El Mapocho inicia su curso a los 32° 40' latitud sur. Nace en el sector de la Ermita en el camino a Farellones - más precisamente en la unión de los ríos San Francisco y Molina - y desemboca en el río Maipo a la altura de El Monte. Desde su lugar de origen continúa en dirección noreste a sureste y a los cincuenta kilómetros de su trayectoria entra a la ciudad de Santiago. En total recorre 110 kilómetros atravesando 14 comunas.

A lo largo de su camino recibe aguas de otros torrentes que se alimentan de las lluvias invernales y de los deshielos que se producen en la cordillera durante el verano. Por ejemplo, de forma artificial se transportan aguas desde el Maipo por medio del canal San Carlos. Esto permite mantener una caudal abundante, porque de lo contrario sería apenas una línea de agua. Según registros históricos, la mayor

abundancia líquida se acumuló en 1972 cuando la corriente transportó 116 metros cúbicos por segundo.

Más tarde en su andar, el Río acentúa su rumbo hacia el suroeste y se filtra en la tierra, desapareciendo totalmente en la zona que los indios denominaban *Chuchun-co*, que quiere decir, “qué se hizo el agua”. (León Echaiz, 1975) Continuando como corriente subterránea, reaparece más al poniente. La mejoría en la calidad de las aguas a la altura de Talagante ocurre, en gran parte, gracias al intercambio que hay entre las corrientes superficiales del río y las napas subterráneas produciéndose así una limpieza natural.



Río Mapocho a la altura del Parque de los Reyes, en este segmento comienza a retomar una fisonomía más campechana

Antecedentes precolombinos

Según la mayoría de los autores, el área bañada por Mapocho y Maipo fue incorporada al Imperio incaico durante el reinado de Wayna Capac, hacia los primeros años del siglo XVI. En esta época, se habría iniciado el trabajo de los lavaderos de oro, dando origen a asentamientos de mitimaes¹ en el Valle de Aconcagua, Mapocho y Puangue.

Los incas iniciaron la conquista de Chile en 1470, y aunque no crearon en Chile núcleos urbanos similares a los que existieron en el centro de su Imperio, algunos arqueólogos estiman que en el emplazamiento de Santiago se habría instalado el principal asentamiento de la cultura andina en la zona. (de Ramón, 1992)

Antes del descubrimiento de Chile por los españoles en 1536, las tropas del Inca acamparon en el lugar, donde tenía sus rancherías un poderoso cacique llamado Huechuraba” (Rosales, 1948). Así vemos cómo los primeros colonizadores fueron el Imperio andino que entró en contacto con los aborígenes locales. Luego llegarán los peninsulares a asentar su cultura sobre lo que ya se había hecho. Así podemos ver que la Plaza de Armas se funda en el mismo lugar donde existía un tambo² incaico

Llegada de los españoles

A la llegada de los españoles, el Río Mapocho tenía dos brazos que cruzaban el valle: La Cañada de San Lázaro y La Cañadilla. (Cfrt Vicuña Mackenna en Roco del Campo, 1941; Piwonka, 1999)

¹ Colonias agrícolas de población quechua que aportaron mejores técnicas de riego y nuevas formas de de cerámicas.

En períodos de inundaciones, esta Cañadilla cobraba características de torrente y destruía las edificaciones que encontraba a su paso.

El brazo principal del Río pasaba por el actual recorrido de la Alameda General Bernardo O'Higgins, antes conocida como la Alameda de Las Delicias y, por eso, los españoles la denominaron "cañada", porque así llamaban lo que nosotros conocemos por quebrada, estero o brazo de río. (Rosales, 1948)

El primer Obispo de Santiago, Rodrigo González de Marmolejo, da cuenta en el relato de Armando de Ramón que Diego de Almagro estuvo junto al cerro Huelén -hoy Santa Lucía- y que sus caballos atravesaron el Mapocho antes de regresar al valle del Aconcagua.

Fundación de la ciudad

La expedición encabezada por Pedro de Valdivia funda Santiago del Nuevo Extremo en el valle del Mapocho. El rey español Carlos V había establecido, en 1523, normas claras para el trazado de las ciudades en América. "Cuando hagan la planta del lugar, repártanla por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la Plaza Mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dejando tanto campo abierto, que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma. Procuren tener el agua cerca y que se pueda conducir al pueblo y heredades (...) en caso de edificar en ribera de algún río, dispongan la

² Posadas ubicadas al costado del largo Camino del Inca adecuados para reposar.

población, de manera que saliendo el sol, dé primero en el pueblo que en el agua”. (Palabras de Carlos V, en Encina, 1953: 49)

Después de un año de travesía, Pedro de Valdivia llegó al valle del Aconcagua. Fue recibido, junto a sus huestes, por un portal natural conformado por los cerros que actualmente son conocidos como San Cristóbal y Blanco.

En naturalista Claudio Gay recuerda que a la orilla del Río se extendían los cultivos de frutillas, zapallos, porotos y tabaco que los indios colonos de los incas cultivaban desde hace siglos. “Era una campiña de doscientas leguas de superficie, partida por medio de verdosos collados³, y por entre los cuales corren dos caudalosos ríos cuyo manantial rompe en la frente de las encumbradas cordilleras con tan rápida declinación, que convida con abundante riego a todo a aquel vasto territorio, y por consiguiente con lozana vida a los productos de la agricultura.” (Piwonka, 1999:26)

Con estos antecedentes podemos deducir que para los incas y los españoles el territorio de Santiago representó una locación estratégica de asentamiento. Se convirtió en una zona muy atractiva para establecer un caserío debido a la excelente calidad de sus suelos y a la protección natural que ejercía el cinturón de cerros erigidos a su alrededor.

En enero de 1541, Valdivia decidió montar un campamento provisorio en la ribera norte del Mapocho. Los indios lugareños denominaban a ese sector como “La Chimba”. Por esos días, el conquistador “estuvo indeciso sobre si trazar la ciudad al norte o sur del Mapocho...”. (Rosales, 1948: 30) Gonzalo Piwonka cita en su obra al

³ Lomas, cerros o colinas.

padre Diego Rosales, quien asegura que fue Loncomilla, cacique de Maipú, quien al darle la paz al peninsular, le advirtió las ventajas del actual sitio.

Otros historiadores como Armando de Ramón y León Echaíz afirman que habría sido Millacura, uno de los jefes del Valle del Mapocho, quien aconsejó a Valdivia que el poblado que deseaba fundar debería estar en la vera del Río, al costado oeste del cerro Huelén, donde se encontraba un rancherío indígena dirigido por Huelén Huara. Valdivia y su comitiva de 159 hombres más Inés de Suárez se dejaron convencer y emprendieron marcha al margen sur del torrente.

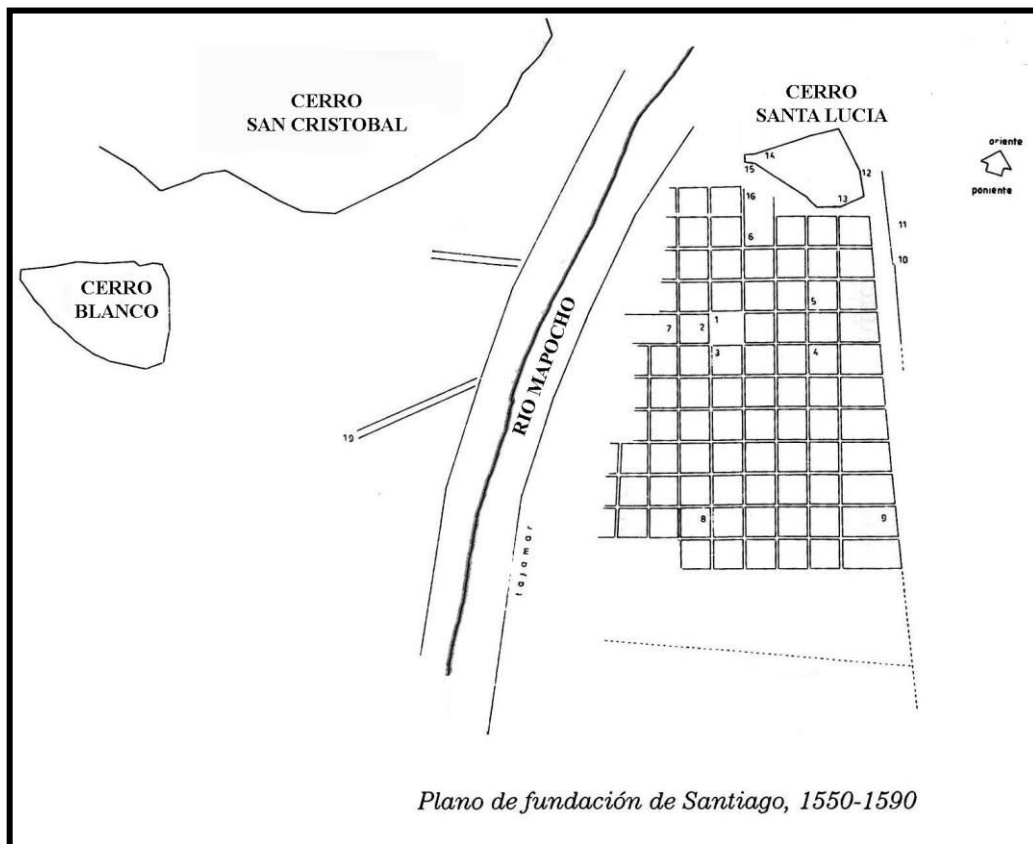
Cruzan por diversos vados y penetran en las tierras del cacique Huelén Huara. Se detienen junto al cerro Huelén y allí se establecen nuevamente. Por esos años, “el cerro Huelén es sólo un rudo peñón pedregoso; pero sus laderas son suaves y en ellas se levantan tiendas de campaña y ligeras chozas. Por el sur y por el norte, los peñascos llegan casi hasta las orillas de uno y otro brazo del Río Mapocho; pero en uno de sus costados, en el que mira hacia el norte, hay una pequeña hondonada que permite el paso de oriente a poniente. Los españoles lo llaman ‘puerto’ y más tarde, durante los años coloniales habrá de ser el ‘Alto del Puerto’, que comunicará la ciudad con las tierras ñuñoínas.” (León Echaíz, 1975: 15)

Para Francisco Encina, el trazado original de la ciudad tenía la forma de un trapezoide que limitaba por el oriente con el citado cerro, mientras que por el poniente llegaba hasta la actual Avenida Brasil; por el sur limitaba con La Cañada de San Lázaro, actual Alameda Bernardo O’Higgins y por el norte la ciudad llegaba hasta el Mapocho.

Las opiniones de los historiadores y cronistas coloniales difieren respecto a la fecha precisa de la fundación de Santiago. Unos señalan el 12 de Febrero de 1541 y otros el 24. Esta discrepancia se origina por el hecho de que no existe el acta primitiva suscrita por Pedro de Valdivia, sino que una reconstrucción hecha en enero de 1544. Este documento señala que la fundación se había efectuado el 12 de febrero de 1541. Sin embargo, en la carta que Pedro de Valdivia le envía al Emperador Carlos V, se le informa al Rey que la ciudad fue fundada el 24. Por ello, se ha llegado a la conclusión de que Santiago, efectivamente, fue instaurada el 12 de febrero, pero la ceremonia de fundación se realizó el 24.

Santiago fue fundada entre dos brazos del Río Mapocho. De hecho la Plaza de Armas fue fundada a cierta cantidad de metros con respecto al río, por eso podemos afirmar que es un río fundacional que determina el emplazamiento de la ciudad y al proveer de agua para diversas necesidades se constituye como un pilar en el asentamiento humano.

El alarife Pedro de Gamboa alineó a cordel las calles primitivas de la ciudad siguiendo de oriente a poniente el camino del sol. Esta era una disposición higiénica, porque creaba separadamente cursos de agua para beber y para regar, determinadas por la sombra y la resolana respectivamente. Vicuña Mackenna en su libro, "Una peregrinación por las calles de Santiago", afirma que este ordenamiento era el mismo "que habían tenido las melgas⁴ de los maizales aborígenes que ahora cambiaban sus hileras por aceras y sus choclos en adobes." (Vicuña Mackenna en Roco, 1941: 126)



Vías de acceso

Primero Diego de Almagro y luego Valdivia llegaron a los márgenes del Mapocho siguiendo el Camino de Chile o Camino del Inca. Éste conducía al valle central por un viejo sendero habitado por indios nativos y que los incas habían ensanchado y arreglado. En el sector próximo a Santiago, el camino pasaba por Putaendo, luego por el cerro Pan de Azúcar y por el rancherío de los indios de Huechuraba, para llegar luego al Mapocho, hasta la que después sería la Plaza de Armas de Santiago.

Paralelo al Camino de Chile se trazó un sendero que partía de El Salto para dar salida hacia el Río Mapocho a las propiedades agrícolas

⁴ Siembras, cultivos.

del sector. Fue llamado Camino de El Salto o de Conchalí, y hay evidencia de él desde antes de la influencia española. (León Echaiz, 1975)

Posteriormente, el Camino de Chile dio origen a La Cañadilla (actual Avenida Independencia), y el camino de El Salto originó la actual Avenida Recoleta, primero llamada 'camino de Recoleta', nombre que tomó en 1663 cuando se emplazó en una de sus veredas la Recoleta Franciscana.

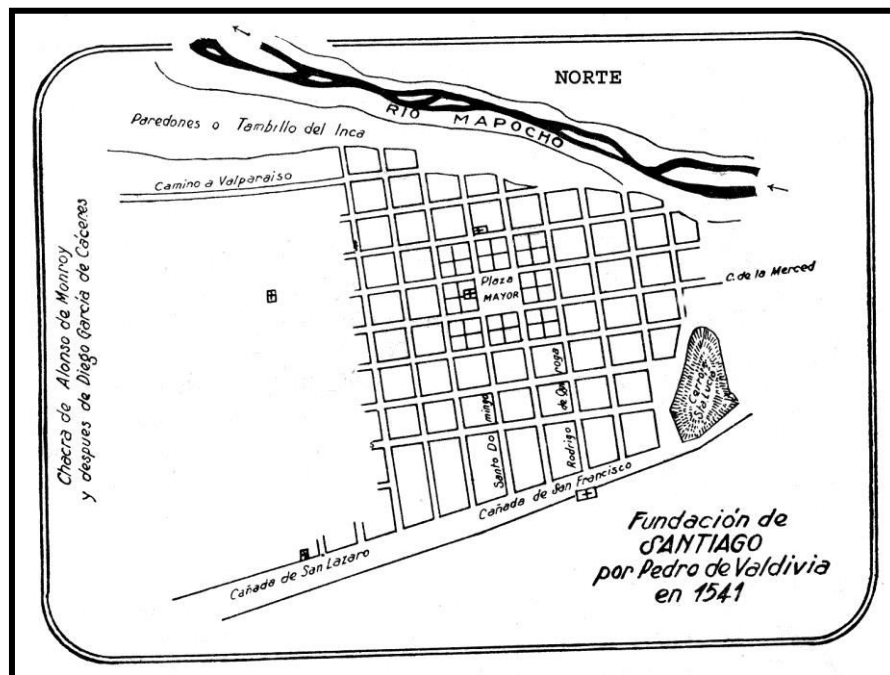
SANTIAGO EN EL SIGLO XVI

En 1549, Santiago parecía más bien un campamento militar que una ciudad, ya que la pacificación de la capital no estaba terminada por esa fecha y no lo estaría hasta diez años más tarde. En el período entre 1540 y 1580, si bien tenía ciertos atisbos urbanos, éstos eran contrarrestados por la precariedad de las condiciones. (de Ramón, 1992). Este es un ordenamiento racional y pragmático, debido a que los españoles estaban imbuidos de los principios renacentistas que volvieron al orden de la polis griega y la ciudad romana. A esto hay que agregar que los fundadores eran militares.

Durante el siglo XVI Santiago juega un doble papel frente a las demás ciudades. Por un lado era abastecedora de recursos humanos y materiales durante la Conquista. El hecho de estar siempre proveyendo a los demás asentamientos impidió que la ciudad prosperara sustancialmente. Además, constituía un lugar de refugio, recreo y descanso para el que quisiera visitarla. Esto convirtió la capital en el arquetipo o paradigma de tranquilidad y paz, el lugar más seguro del

reino, tanto así que muchos conquistadores del sur huyeron a Santiago luego de las revueltas. (de Ramón, 1992)

Los primeros hogares se formaron cerca de 1555, con el arribo a la ciudad, de la viuda de Pedro de Valdivia y posteriormente algunos parientes y mujeres. Así, Santiago deja por fin su aspecto marcial y se comienza a gestar una dinámica más propia de una ciudad.



El historiador René León Echaíz describe el aspecto general de la ciudad “por el norte el área empezaba en pequeños picachos del Santa Lucía, hoy desaparecidos, a la altura de una callejuela que después se llamó ‘Tres Montes’ y hoy forma la calle José Miguel de la Barra. Seguía, después, una línea un tanto oblicua por las calles de Santo Domingo, Las Ramadas (en la actual calle Esmeralda) y San Pablo, hasta llegar a los ‘Tambillos del Inca’, vestigios del Coyasuyo⁵ que se encontraban a la altura de la actual Avenida Brasil”.

⁵ Segmento sur del Imperio de los cuatro “suyos”, conocido como Imperio Incásico.

El primer plano regulador comprendía 80 manzanas y se extendía entre La Cañada y el Río Mapocho. Posteriormente se crearon 10 manzanas más al otro lado del torrente, o sea, en el sector de La Chimba.

El Río fue fundamental en el asentamiento de los colonizadores. Este rol protagónico del agua se extendió también a otras urbanizaciones nacientes.

INTERVENCIONES URBANÍSTICAS

La modernización se va plasmando en el Río con la construcción de sucesivas obras públicas. Éstas responden a las necesidades de equipamiento que va teniendo la ciudad en su desarrollo. Sin embargo, el hombre y sus prácticas otorgan connotación cultural a dichas obras.

TAJAMARES

“La historia de los tajamares con que la ciudad quiso defenderse de las inundaciones, es una historia que abarca toda la era colonial. Entrañó una lucha permanente y dramática, en la cual los hombres oponían barreras que creían inexpugnables, y el Río, implacable, arrasaba con ellas. Pero, por fin, cuando ya la Colonia expiraba, utilizando la experiencia de continuas catástrofes y las directivas de un arquitecto genial, la ciudad logró triunfar y los tajamares se alzaron sólidos e inexpugnables, capaces ahora de contener para siempre las acometidas salvajes de las aguas”.

(León Echaiz, 1975: 91)

La Real Academia de la Lengua define “tajamar” como parte de fábrica que se adiciona a las pilas (pilar de soporte) de los puentes (...), en figura curva o angular, de manera que pueda cortar el agua de la corriente y repartirla con igualdad por ambos lados de aquellas.

Los tajamares, en definitiva, son defensas construidas por el hombre para contener los desbordes de los ríos, en este caso del Mapocho, y así evitar inundaciones. Este tipo de obra se establecía en



sociedades que buscaban instaurar un ordenamiento en las ciudades que habitaban, además de resolver un sustantivo problema práctico: los destrozos que provocaba cada riada.

Según el arquitecto y urbanista Alberto Gurovich, a la llegada de los españoles ya existían defensas

fluviales en el Río Mapocho fabricadas por los incas en el sector que hoy conocemos como Parque de los Reyes. Esto indicaría que, por un lado, antes de la llegada de Pedro de Valdivia y sus tropas, el Río ya causaba estragos en la población indígena que se encontraba asentada en el valle del Mapocho, provocando por consiguiente el levantamiento de estas defensas murallones. Y por otro lado, que la lógica de dominar al torrente existía con anterioridad a la llegada de los españoles, indicando a su vez que la sociedad que establecieron los incas en sus dominios también seguía un patrón de organización del espacio en función de sus necesidades.

No obstante, el arqueólogo Iván Cáceres señala que no se han encontrado evidencias arqueológicas de dichas protecciones. Esto quizás puede ser a que éstos eran construidos con materiales perecibles.

Gracias a los registros de los cronistas, se puede precisar que desde la llegada de Pedro de Valdivia, los constantes rebases del Río Mapocho entorpecían el ordenamiento que ellos querían establecer en la ciudad.

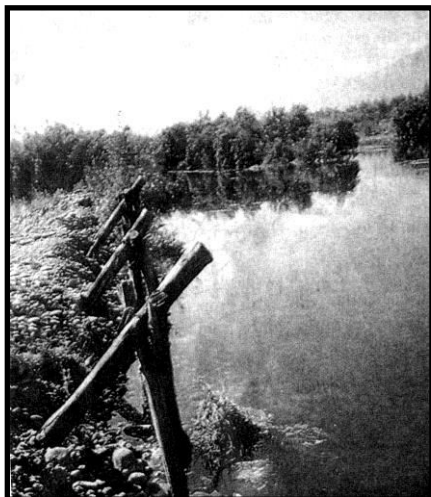
Según el historiador Rene León Echaiz, la primera inundación de la que se tiene registro se produjo en 1574, durante la cual el cauce se desbordó hacia el lado sur de la ciudad. Así, la Cañada de San Lázaro aumentó el caudal de sus aguas, las que golpeaban las paredes de los edificios colindantes. Las calles se transformaron en torrentosos brazos de agua, especialmente las que pasaban a los costados de la Plaza de Armas. Lo mismo ocurrió en los caminos que hoy conocemos como calle Puente, Santo Domingo, Huérfanos y Moneda. La ciudad sufrió cuantiosos daños y, por esta razón, un pequeño grupo de previsores santiaguinos de la vera sur levantaron ciertas defensas para desviar el agua del Río hacia el margen contrario, levantamiento que Oscar Bórquez, en su libro “historia del río Mapocho y sus puentes”, describe como toscos terraplenes protegidos por troncos, ramas y piedras.

Pero la idea de dotar a Santiago de las debidas defensas surge en 1578. Para ello, el Cabildo comisionó al Corregidor de Santiago, Juan de Cuevas, y al Capitán, Marcos Veas. Sin embargo, el proyecto quedó inconcluso, dejando así a la ciudad expuesta al carácter del torrente.

En 1581 el Río irrumpió nuevamente, pero esta vez sus aguas se dirigieron hacia el norte, arrasando casas, molinos y acequias del sector de La Chimba. El nuevo rumbo que tomó la riada se debió netamente a las defensas que habían levantado al sur del Mapocho algunos vecinos en 1574, como ya se dijo. Tras esa anegación, nuevamente surgió la idea de construir defensas fluviales. En esta ocasión el Cabildo comisionó al capitán Pedro Lisperguer y el Alguacil Mayor Juan Ruiz de León, ambos Regidores, para que recorrieran la ciudad, pidiéndoles a los vecinos donativos para realizar la obra. Sin embargo, y como había ocurrido la vez anterior, el proyecto no se llevó a cabo y una nueva inundación afectó a la ciudad en marzo de 1588. (Piwonka, 1999)

Como podemos apreciar, tuvieron que ocurrir varias avenidas para que los habitantes de la ciudad tomaran las medidas necesarias para protegerse de los desbordes del Mapocho. Sin embargo no todo es una cuestión de actitud, sino que en aquella época faltaban materiales que les permitieran contener al río que buscaba su disperso camino natural. La actitud reactiva de los vecinos aparecía solamente ante las crecidas del Río, olvidándose de su carácter temperamental cuando éste se comportaba de manera apacible.

El desborde de 1609 destruyó la acequia que captaba el agua para toda la ciudad, hecho que complicó a los santiaguinos que sacaban agua directamente del Río. Esta riada arrasó además con la Fuente de San Saturnino y con la ermita del mismo nombre, ambas ubicadas a los pies del cerro Santa Lucía. Asimismo, provocó el cese del trabajo en los molinos por no contar con la fuerza suficiente para mover las aspas, causando escasez de cereal, tanto para el consumo de los habitantes como para la siembra, lo que produjo una hambruna generalizada. (Piwonka, 1999)



moderna en el nuevo mundo.

Lo anterior hizo que se reforzaran los intentos por crear defensas, esta vez permanentes, para lograr desviar el curso del Río. Una vez más, el hombre demuestra su intención de entregarle un orden, un recorrido al libre fluir de la naturaleza a fin de no entorpecer su camino hacia la construcción de una ciudad

Es así que bajo el gobierno de don Alonso García de Ramón se decide levantar los primeros tajamares de Santiago. Estos fueron financiados por los residentes, comisionándose la obra a Ginés de Lillo, quien utilizó para dicha construcción, mano de obra de indios comarcados o hechos prisioneros durante la Guerra de Arauco. Los trabajos comenzaron el 22 de marzo de 1610 y finalizaron en 1613. Se emplazaban desde la actual Plaza Baquedano hasta la Cañadilla (hoy Avenida Independencia). Este primer tajamar estaba hecho de “cabriás de madera y piedra, que se definen como puntos de unión de tres vigas inclinadas en forma de trípode (...) vale decir, un trípode de madera en que los carpinteros sujetan maderos grandes y los rellenan con grandes bolones del mismo Río a fin de que hagan desviar, pero no contener, las aguas.” (Piwonka, 1999: 265)

Sin embargo, al estar los tajamares fabricados de materiales perecibles, son demolidos en 1618 por una nueva crecida, la que inundó el sector de La Cañada producto del desbordamiento del brazo del Río Mapocho que pasaba por ahí.

Con los tajamares destruidos, las arremetidas contra la ciudad continuaron produciéndose, trayendo el caos a sus habitantes quienes veían como se destruían sus bienes cada vez que éste se desbordaba. Fue por esta razón que el gobernador por esos años, Cristóbal de la Cerda y Sotomayor, mandó a construir un nuevo tajamar en 1621. A diferencia del anterior, este muro de contención era más amplio en el sector norte del cerro Santa Lucía, puesto que el Río acostumbraba embestir por ese lugar, lo que actualmente es el área comprendida entre los puentes Loreto y Purísima. Esta decisión fue necesaria ya que en la zona de La Cañada se empezaba a concentrar un mayor número de habitantes a diferencia de otros sectores que bordeaban el Río. No obstante, la historia no cambió y la nueva construcción también fue arrasada.

Pero los santiaguinos no se dieron por vencidos en la tarea de domar al Río. Entre 1651 y 1653, el Cabildo decide reconstruir los tajamares y el puente del río Maipo, aprovechando los dineros que había enviado Lima para reparar los daños tras el terremoto en Santiago ocurrido en 1647.

Pese a esto, otra inundación afectó a la ciudad, llevándose consigo una vez más los tajamares. “De esta manera, las obras públicas que preocupaban al Cabildo de Santiago en 1669 en orden de prioridad eran: el Tajamar del Río Mapocho, el puente del río Maipo, la Casa del Cabildo, la cárcel de la ciudad, la casa de Recogidas y un puente sobre el Río Mapocho.” (de Ramón, 1992: 82). En este período, y ya de manera oficial, se deja constancia de que era primordial la construcción de murallones para la contención para la protección de la naciente ciudad de este río irregular y traicionero. Esta intervención es

un punto de partida para el progreso de Santiago, pues las inundaciones limitaban desdibujaban Santiago cada invierno.

No fue hasta 1678, durante el mandato de Juan de Henríquez de las Casas, que se dotó a la ciudad de tajamares de mayor solidez, confeccionados con piedras y cal. Estos tenían bajadas que permitían el acceso de carretas y otros vehículos al lecho del Río, ya fuese para cruzarlo o para efectuar algún quehacer en el cascajal o en las aguas. (Piwonka, 1999)

En 1997, con los trabajos de prolongación de la Línea 5 en el tramo Baquedano-Santa Ana se encontraron restos de estos tajamares del siglo XVII en el Pique Bueras, uno de las dos excavaciones donde trabajaron arqueólogos. Claudia Prado profesional que trabajo en el rescate comenta que “el Pique Bueras estaba ubicado frente a la ex embajada de EEUU”.

Durante el gobierno de Marcos José de Garro Senei de Artola (1682-1692) ocurrieron cinco avenidas del Mapocho, las cuales destruyeron parcialmente los tajamares construidos por Henríquez. Éstos fueron reconstruidos y alargados en cinco cuadras más para así proteger el barrio de San Pablo. Estos murallones lograron contener por muchos años las aguas. Sin embargo, terminaron cayendo ante las crecidas y los temporales de 1748. Al año siguiente, el gobernador Domingo Ortiz de Rosas los reconstruye nuevamente en una extensión que abarcaba, como los anteriores, desde el comienzo de la Cañada, pero llegando sólo hasta el Basural de Santo Domingo (actual Mercado Central).

Estos tajamares fueron de mejor calidad que los anteriores. Luego se hicieron nuevos trabajos como la extensión de las murallas de

contención desde el Puente de Palo -frente a Recoleta- hasta la calle San Pablo, obra encargada por el Corregidor Luis Manuel Zañartu. La importancia de estas defensas era que ahora su función era contener al Río para que no afectara ni a la ciudad, ni al sector de La Chimba, manifestándose así el interés por proteger las tierras agrícolas que se encontraban en ese lugar.

Pero la gran avenida del 13 de mayo de 1778 destruyó parte de dichos murallones arrasando con los barrios bajos de Santiago. Posteriormente, en 1781, las incesantes lluvias saturaron la hoya hidrográfica del Mapocho, presentando violentos remolinos de agua que estremecían los ya trizados tajamares. La corriente arrastraba árboles enteros, animales, ranchos de paja e incluso cadáveres, que sobrecogieron a los santiaguinos. Luego el torbellino rompió primero al oriente y cuando se creía que esta sangría salvaba la ciudad, cedieron las defensas y el alud se precipitó por La Cañada. Más abajo del puente de Cal y Canto, otros brazos se lanzaron por las calles de San Pablo, Rosas y Santo Domingo. (Encina, 1953)

Los tajamares quedaron inutilizados por completo, lo que permitió que la corriente penetrara en la ciudad; a esto se sumó la resistencia del Puente Cal y Canto que terminaron por empujar, con mayor fuerza, la riada hacia La Chimba, aislando a los que allí habitaban.

En otra ocasión, en 1783, llovió trece días consecutivos, por lo que el Río presentaba un aspecto aterrador. Tanto brío tomó que al salirse de su senda, arrasó con árboles y hasta desenterró cadáveres humanos y de animales.

La ciudad quedó irreconocible. Entonces se hizo necesario pensar en algo definitivo, inexpugnable. El Presidente Ambrosio de Benavides, le encarga al ingeniero Leandro Badarán, la confección de planos bien estudiados para realizar la obra; pero desgraciadamente no se pasó de allí.

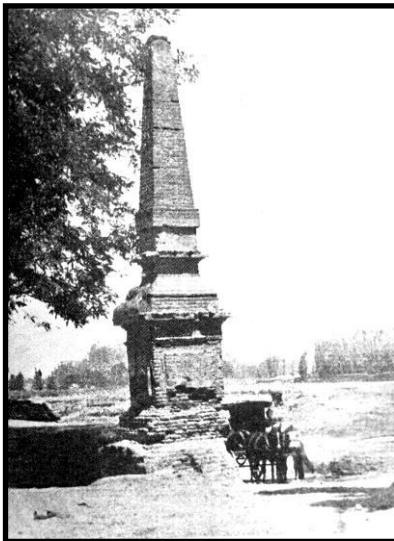
Fue necesario el empuje posterior del Gobernador Ambrosio O'Higgins para que se alcanzara un resultado positivo. Se encontraba en esa época en Chile el arquitecto italiano Joaquín Toesca, contratado por el gobierno español para la construcción del Palacio de la Moneda y otras obras. Ambrosio O'Higgins recurrió a él para encomendarle la construcción de unos tajamares modernos. Los trabajos se iniciaron en 1792, utilizando los mismos planos del ingeniero Badarán.

Toesca estimó que la extensión debía ser de al menos 14 manzanas y tendría que cubrir desde molinos de San Pablo (extremo norte de Teatinos) hasta la Quinta Alegre (hoy Plaza Baquedano). Asimismo, decidió emplear mejores técnicas para dar mayor seguridad. Utilizó piedra canteada, además de ladrillo; además dio mayor profundidad a los cimientos; y, en algunos tramos como por ejemplo frente a la chacra de Quinta Alegre, se pusieron muros curvos que podían resistir mejor el empuje de las aguas. (León Echaiz, 1975)

Para financiar los trabajos –y ello sin esperar la aprobación enviada en consulta a la Corte de Madrid- O'Higgins impuso una contribución extraordinaria de “un peso por cada tercio” de hierba mate que se introdujese por la Cordillera y la misma cantidad por cada “tercio” de azúcar procedente del Perú. (Roco, 1941)

La obra fue terminada en 1804, finalmente con una extensión de 27 manzanas, por lo que se sobrepasó la Plaza Italia hacia el oriente, siguiendo por Providencia hasta las proximidades de la actual calle Condell.

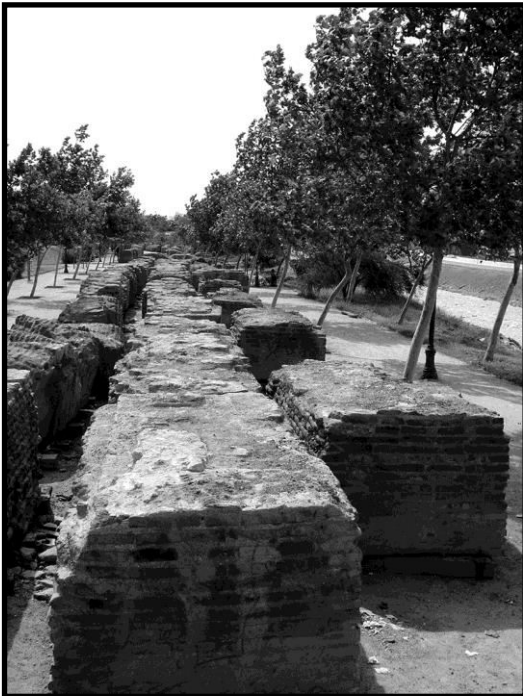
Para conmemorar esta importante intervención, don Ambrosio O'Higgins hizo levantar un modesto obelisco de ladrillo. Éste fue el primer monumento de Santiago, pero era tal su humildad, que los arrieros que entraban a la ciudad lo tomaban, al igual que la Plaza de Armas, como lugar para orinar. Lo llamaban "La Pirámide", y se encontraba a la altura del antiguo Seminario. Cuando canalizaron el Río, el histórico obelisco fue demolido. Actualmente se alza una réplica a un costado del parque Balmaceda frente a la calle Condell. (Espinosa, 1985)



Los tajamares de Toesca lograron contener definitivamente las aguas del Mapocho. En los últimos años de la Colonia, la ciudad triunfaba después de una ardua lucha mantenida con las aguas del Mapocho. La obra permaneció en pie durante muchos años, tanto así, que aún hoy hay restos bajo el Parque Forestal y entre sus recorridos es posible apreciar segmentos de los que fueron extraídos en diversas ocasiones, al construirse la Línea 1 Metro en los setenta quedaron al descubierto lo que estaban entre Plaza Italia y Avenida Salvador. En los ochenta al hacer una estación en el sector de Mapocho se descubrieron restos de este tajamar y piedras canteadas del monumental puente.

En 1997, como se señaló, se encontraron restos de estos tajamares coloniales y también de los del siglo XVII. En un pique ubicado en la calle Ismael Valdés Vergara a unos 200 metros del otro punto. También con el avance de la modernización en la ciudad, aparecieron nuevamente vestigios de esta intervención. En 1998 al construir estacionamientos subterráneos en el sector, debieron desenterrar parte de este monumento histórico por añadidura.

Lo paradójico es que esta emblemática obra no es monumento nacional por su propia relevancia histórica, si no porque fue levantada usando las piedras del Cal y Canto. El 9 de abril de 1986, Augusto Pinochet dicta el Decreto Supremo 137, en el cual establece como Monumento Histórico todo resto que se encuentre del puente de Cal y Canto. Desde entonces, el tajamar construido a fines del siglo XVIII también quedó protegido por el Consejo de Monumentos Nacionales.

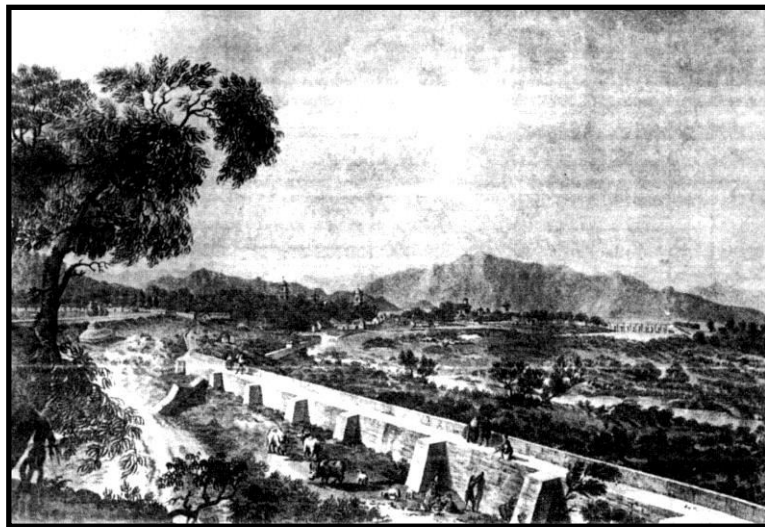


Por esta razón cuando las obras de Costanera Norte durante el 2002 se toparon con ellos debieron contratar a especialistas para su adecuada extracción. El antropólogo Iván Cáceres, a cargo de dicho rescate arqueológico comenta que después comenzó la disputa sobre de quién era la responsabilidad de conservarlos. Mientras los privados argumentan que la preservación

de los murallones es tarea del Consejo de Monumentos Nacionales, este organismo arguye a su vez, que si no hubiesen existido los trabajos en el Río, no era necesario removerlos.

Ambas partes aún no llegan a acuerdo y, mientras eso no suceda, los tajamares seguirán abandonados en el Parque Los Reyes, restándole absoluta importancia a este patrimonio histórico.

Analizando el significado que tienen los tajamares para el avance modernizador, podemos sostener que este tipo de edificación se constituye como precedente en cuanto a llevar a cabo un proyecto en donde ningún detalle queda al azar. Se calculan los recursos, las técnicas a emplear y los lugares que se desean proteger, marcando una diferencia con los fallidos proyectos anteriores. Sin embargo, administraciones posteriores subestimaron, en una actitud soberbia, el carácter del Río.



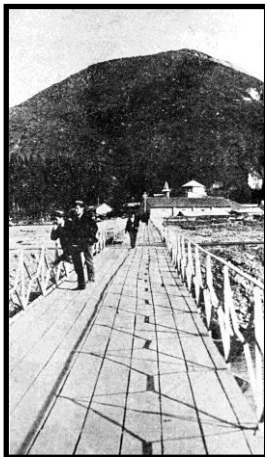
A finales del siglo XIX el río se canaliza usando otro grupo de piedras canteadas que pertenecieron al demolido Cal y Canto. Esto permitió ganar terrenos a los que la ciudad generalmente les daba la

espalda, entre otras razones por el constante peligro de desborde.

La idea de crear parques a la orilla de éste Río nos demuestra que los habitantes de Santiago ya sentían que habían logrado domar al Mapocho, habiendo conseguido darle un orden establecido e integrándolo, en parte, al paisaje de la ciudad.

Sin embargo, las inundaciones no dejaron de asolar la capital durante el siglo XX. En julio de 1900, el Río nuevamente causó estragos, especialmente en la zona sur, donde el desborde del Zanjón de la Aguada -a la altura de la calle San Diego- llegó hasta la Avenida Matta e incluso a la comuna de San Miguel.

Doce años después el Mapocho volvió a rebasarse, esta vez, a la altura de la Plaza Baquedano, convirtiendo a la Alameda en un torrente. En la oportunidad, además, las aguas destruyeron el antiguo puente del Arzobispo y dañaron las obras de canalización a la altura de la calle Manuel Rodríguez.



Antiguo Puente del Arzobispo destruido por la riada de 1912

La inundación que todavía está en nuestras retinas es la que se produjo en 1982, afectando especialmente al sector oriente y a barrios exclusivos como Vitacura y Lo Curro. Aunque se haya olvidado el contexto original, la “renoleta” llevada por las aguas, es el resultado de esta embestida. Esta imagen se ha vuelto imborrable, al punto que los noticieros la rescatan de los archivos cada “invierno más lluvioso del siglo”.

En esa impresionante inundación de hace dos décadas, el Parque Forestal se transformó en una dilatada laguna, se cayeron puentes y hasta hubo pérdidas humanas. En algunos sectores los habitantes de las casas lindantes debieron ser rescatados en helicópteros.

En conclusión, podemos afirmar que los tajamares responden a una apuesta de intentar dominar y ordenar al Río. Las constantes avenidas e inundaciones del Mapocho no muestran la contracara de ese intento. A pesar que las autoridades de las distintas épocas destinaron buena cantidad de recursos y esfuerzo en levantar defensas propicias, las inundaciones siguieron incluso hasta las últimas décadas del ahora siglo pasado.

De hecho, la inundación de parte importante del barrio alto en los ochenta se produjo porque la canalización sólo llegaba hasta el puente del Arzobispo.

PUENTES

La construcción de puentes ha sido una preocupación constante de las autoridades debido a las dificultades técnicas, la escasez de recursos y también porque las crecidas y cambios de dirección del cauce, derribaban a menudo los conectores que con tanto esfuerzo habían sido planificados.

Durante el siglo XVI para cruzar a La Chimba existían varios vados en el Mapocho. Dada su precariedad material, quedaban inutilizados durante los inviernos, dejando a las riberas aisladas.

El primer documento que menciona la existencia de puentes sobre el Mapocho corresponde al Acta del Cabildo, fechada el 19 de febrero de 1587, en la que se menciona la construcción de varios de menor importancia. Estas estructuras se tendían sobre pequeños brazos del Mapocho durante el verano. Por ello, es muy probable que hubieran de ser destruidos ante las crecidas, ya que no contaban con fundaciones profundas. Por esta razón, debían ser repuestos cada año (López 1997).



Camino a Renca

A principios del siglo XVII la ciudad comenzó a extenderse hacia el norte. En períodos normales no era difícil cruzar el Río, incluso había lugares conocidos por los cuales carretas y cabalgaduras podían atravesarlo con algunas precauciones. Sin embargo, los vecinos que no contaban con medios de transporte quedaban incomunicados. Cuando el Río aumentaba su caudal era imposible traspasarlo, por lo que muchos comerciantes de La Chimba perdían sus productos (Piwonka, 1991). Esto se debía a que la mayoría de los alimentos venían del norte o se cultivaban en ese sector de Ultramapocho, mientras que los puntos de intercambio se encontraban al sur.

Según datos de León Echaiz, cuando empezaron a construirse tajamares, el Río quedó confinado en un cauce más angosto y profundo, por lo que fue necesario pensar en la construcción de

puentes que permitieran su cruce. Se sostiene que las primeras obras públicas tendientes a construir una vía que comunicara las dos riberas del Río Mapocho fueron las realizadas bajo el gobierno de don Juan de Henríquez de las Casas (1670-1682). Este gobernador mandó a levantar, en 1681, el primer puente con características definitivas.

Sin embargo se discute la autoría de este viaducto. El historiador Gonzalo Piwonka plantea que la idea de hacer un puente permanente y extenso surge de los frailes franciscanos que estaban instalados en el lado norte. Ellos comenzaron a diseñar uno por cuenta propia cerca de 1668. Sabiendo del afán progresista del Corregidor Pedro de Prado, uno de estos religiosos se acercó a él para contarle de su motivación. Los franciscanos no estaban solicitando aportes pecuniarios para levantar el puente, sino que para la construcción de un tajamar por el costado norte de modo que el desorden de las aguas no socavara las bases de la futura pasarela.

Para el alzamiento del puente se contó con donaciones de los chacareros de La Chimba, Lampa y Colina, además de los hacendados de Quillota y Aconcagua e incluso de lejanos habitantes de Lima. Por el contrario, del lado sur del Río sólo la sección de la orden franciscana



que se situaba en la actual Alameda, donó materiales y mano de obra para la concreción del proyecto (Piwonka, 1991). Con esto queda en evidencia que los precursores de la idea de un contacto más expedito fueron los habitantes del sector

norte, ya que les interesaba poner tener más a la mano el centro de la ciudad.

Varios autores coinciden en que el primer puente construido es el que posteriormente es conocido como Puente de Palo. Tenía fundaciones y bases de cal y piedras y superestructura de albañilería, más un remate y terminaciones que eran de una combinación de argamasa y madera, siendo ésta última el material más utilizado. “Absorbía el tráfico que venía del norte por la Cañadilla y, especialmente, por el camino de la Recoleta, ya que se encontraba frente a ese monasterio” (López 1997: 45).

En 1712, cuando el ingeniero francés, Amadeo Frezier, a la cabeza de una expedición francesa que realizaba un viaje por las costas de Chile y Perú, al pasar por Santiago, levantó el primer plano “no imaginario” de la modesta villa. En éste, se limitó a dibujar un puente en ruinas porque éste ya se había derrumbado (Espinosa, 1985).



Fotografía tomada en 1875 a la altura de Avenida Recoleta y San Antonio. Aquí aparece el Puente de los Pacos, que surge de las bases del Puente de Palo.

El Puente de Palo se abatió, junto con los tajamares, en la inundación de 1748 (León Echaiz, 1975). Tras esa subida, la ciudad de Santiago quedó nuevamente dividida en dos. Las aguas se ramificaron hacia el norte, pasando un caudal desafiante frente a las puertas de la Recoleta Franciscana. Tal situación se mantuvo durante varios años, constituyendo una permanente amenaza para los habitantes de La Chimba y un continuo aislamiento de la capital. En 1762 los padres de la Recoleta Franciscana iniciaron gestiones ante el Cabildo para que se solucionaran estos inconvenientes y especialmente para que se construyera un puente de madera en reemplazo del anterior. Después de diversas tramitaciones y estudios, se acordó realizar estas obras con la mayor austeridad posible, dada la limitación de fondos disponibles (León Echaiz, 1975).

“Se construyó un modesto puente sobre las ruinas del anterior. Se deduce que era más ancho, debido al ensanche que experimenta el lecho del Río hacia el convento de los Franciscanos.” (López, 1997: 45). Tiempo después, cuando fue construido el puente Cal y Canto, éste fue llamado masivamente “Puente de Palo”.

Posteriormente, en 1829, Don Miguel Dávila Baeza reconstruye el Puente de Palo ocupando madera y pilotes de ladrillo. Se le denominó “Puente de los Pacos” y era parte de un paseo público bastante concurrido, aunque también bastante angosto (López, 1997). Quince años más tarde volvió a caer (Espinosa, 1985).

La construcción del Puente de Cal y Canto comenzó en 1767 bajo el gobierno de don Antonio Guill y Gonzaga, y la tuición directa del Corregidor Manuel Luis de Zañartu (Rosales, 1947).

“Zañartu, inició su construcción, con el ímpetu, la frialdad y la decisión inquebrantable que le eran características. Sin inhibiciones de ninguna clase, utilizó gran parte de la renta del ‘ramo de balanza’⁶, que pertenecía a la Corona, para financiar la obra” (León Echaiz, 1975: 94).

El Puente se ubicó al inicio de la calle que conducía a la Plaza de Armas (actual calle Puente) y al Cuartel de Dragones⁷. Se eligió ese sitio para edificar el puente, porque en ese punto el cauce era más amplio, las corrientes fluían con menos velocidad y el terreno era más firme, lo que permitiría sostener los pilares de esta monumental obra.

Como materiales, se empleó cal traída desde Polpaico; ladrillos y piedras canteadas provenientes del Cerro Blanco (Espinosa, 1985). Abel Rosales, contemporáneo a esta construcción, señala en su libro “Usos y Tradiciones del Puente Cal y Canto”, que la preparación de los materiales había empezado mucho tiempo antes, a principios de 1764. Esta operación fue lenta, debido a la escasez de fondos. En los arcos y en la parte superior del puente se utilizó ladrillo, mientras que las columnas y los estribos fueron de piedra.

Con planos del ingeniero José Antonio Birt se realizaron los trabajos en un ambiente de rígida disciplina y de terror. Algunos albañiles estaban a cargo de la parte técnica; pero el grueso del trabajo, las duras faenas de acarreo y el acopio de materiales, eran realizados por una multitud de presidiarios y esclavos que permanecían encerrados en barracones instalados en los pedregales del Río. Armando de Ramón sostiene que los reos eran vigilados por mayordomos y por el propio corregidor. El capataz se hacía obedecer a punta de látigo y garrotazos.

⁶ Impuesto que se cobraba en la época colonial por la exportación de frutos chilenos hacia el Perú.

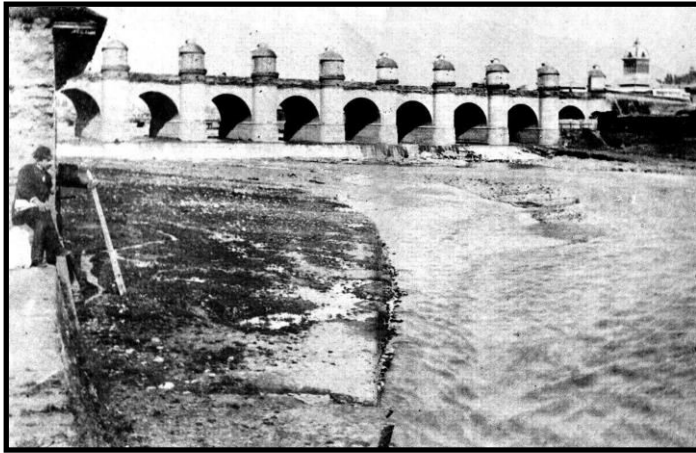
Estos prisioneros eran obtenidos sin un debido proceso criminal. Se les acusaba de faltas o delitos menores y eran enviados inmediatamente a trabajar por uno o dos meses en obras públicas como ésta. “El propio corregidor recorría los bodegones, casas de juego, chinganas y otros lugares frecuentados por el pueblo urbano y tomaba presos a los que no conseguían huir” (de Ramón, 1991: 143). Por esta situación, también se registraron numerosas y sangrientas sublevaciones de reos, produciéndose a veces verdaderos combates donde el mismísimo Zañartu participaba en la represión.

Durante doce años se trabajó en medio de dificultades y críticas, pero el corregidor se mantenía inexorable desde su Quinta en La Cañadilla, muy próxima al naciente puente. El vecindario lo acusó de querer beneficiarse personalmente con la obra y de cargar las aguas imprudentemente hacia la ciudad (León Echaiz, 1975).

El 20 de junio de 1779 fue entregado al servicio público, sin estar terminado por completo. “El vecindario de Santiago pudo apreciar una obra grandiosa para aquella época. Era también una hermosa construcción, último exponente del arte barroco colonial, cuyas formas sólidas y armónicas le daban un aspecto imponente. No eran suyas en aquella época las feas casuchas, agregadas después, que figuran en grabados antiguos” (León Echaiz, 1975: 94). En 1782, se terminaron por fin completamente las obras, coincidiendo con el fallecimiento de Manuel Luis de Zañartu. Todas estas coincidencias nutrieron la cultura popular, que reproducía la creencia que en las noches oscuras era posible escuchar el carruaje de este estricto personaje.

⁷ Edificio ubicado en la parte posterior de la casa de gobierno que albergaba al Ejército de Dragones de la Reina Luisa encargados de cumplir una función policial en la ciudad.

El Cal y Canto medía 202 metros de largo, de los cuales 120 correspondían al ancho del Río, y el resto a las rampas necesarias para alcanzar la altura de la calzada, que se elevaba a casi 12 metros sobre el lecho del cauce. De sus once arcos, sólo ocho o nueve eran mojados por las mayores correntadas del Río. El primero de esos arcos, viniendo desde el centro de la ciudad, jamás fue mojado por las ondas fluviales. A este pasaje, que corresponde a la actual calle General Mackenna, se le llamaba 'Ojo Seco' (Espinosa, 1985). Ismael Ispinoza en su libro "Historia Secreta de Santiago" relata como este sitio era ocupado como urinario informal.



Puente Cal y Canto visto desde el lado occidental. Es destacable el ancho del Mapocho antes de la canalización

El puente estaba a 9 metros de altura y sus pilares descansaban en sólidos cimientos. La calzada medía poco más de 8 metros de ancho, por lo que podían circular cómodamente enormes carretas en ambos sentidos, y dejar un amplio espacio para cabalgaduras y peatones.



Muchas veces se comentó que el Puente de Cal y Canto era excesivo para Santiago, y sobre todo, para el Mapocho. Pero no se tenía contemplado que nuestro Río, como todo torrente, es tremendamente temperamental, y que, desbordándose cada diez o quince años, puede dejar a medio Santiago con el agua hasta el cuello y pataleando en el barro (Espinosa, 1985).

En un comienzo se le llamó Puente Nuevo para distinguirlo del Puente de Palo. Luego fue llamado Puente de Cal y Canto aludiendo en forma directa a los materiales con que fue construido. “El nuevo nombre se adentró profundamente en la costumbre popular hasta el extremo de conservarse hasta hoy día” (León Echaiz, 1975: 81).

Este conector, “no solamente comunicaba los barrios al norte del Mapocho, sino también servía para que los campos de Renca, Conchalí, Colina y Chacabuco pudieran enviar sus productos al mercado de Santiago, constituyendo a La Cañadilla en una prolongación urbana que penetraba hacia el norte” (de Ramón, 1991: 146). Con su construcción, quienes se encontraran en el sector Ultramapocho podían acceder a la Plaza de Armas, punto neurálgico de la ciudad. La “calle del Presidente”, llamada así porque uno de los muros laterales del Palacio de Gobierno daba a esa vía; empezó a ser llamada “calle del Puente”. Este ejemplo nos demuestra como el Cal y

Canto irrumpió en la ciudad y rápidamente determinó la denominación de una de sus vías de acceso. Así se demuestra como esta una importante obra que logró cambiar el referente de los santiaguinos constituyéndose en una imagen urbana indeleble en la memoria de los santiaguinos.

En el seminario de Ernesto López se señala que en la entrada norte, al costado poniente del puente, existía una laguna que era utilizada para el lavado de los coches que ingresaban a la ciudad. Además, al costado nororiente, se estableció una aduana, la cual cayó en desuso al ser derogado el impuesto a la yerba mate. Esa tributación se había establecido para recabar fondos para la construcción de los tajamares de mayor envergadura, proyecto impulsado por Ambrosio O´higgins.

Es por este tipo de coloridos detalles que esta obra de ingeniería, avanzada para la época, perduró en la memoria social de la población. Primero porque para su construcción se utilizaron reos, expresándose a nivel cultural en la leyenda urbana que sostenía que en las noches penaban las almas de los presos que allí padecieron.

León Echaiz describe la diferencia a ambos costados que el puente vinculaba. Mientras al nororiente del Cal y Canto era un tupido matorral que recién en tiempos de Ambrosio O´Higgins fue arrancado, la parte céntrica de Santiago, era un mar de techos de tejas.

Por el sur, se alcanzaba al puente a través de una plazoleta, punto obligado de las carretas que traían los frutos del país desde el norte, dándole una sorprendente animación a este lugar de convergencia. Poco a poco, este cruce se constituye como de los principales sectores comerciales de la ciudad y, en otro plano un

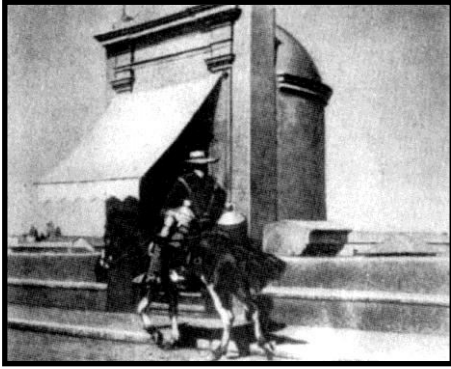
incipiente punto de convergencia social, elemento básico para la mixtura que permite la construcción social de la realidad. Es esta práctica cotidiana donde se produce un fenómeno mucho mayor, el surgimiento de un atisbo de espacio público en una sociedad jerarquizada y segregada en el territorio.

Cabe destacar, que el Cal y Canto surge de la aspiración de la nueva dinastía real española y la administración colonial que reposiciona sus objetivos, por lo que impulsa una renovación urbana, de la cual este majestuoso puente es su más clara evidencia.

Entre 1770 y 1820 el plan de reformas proporcionaría el trazado urbano y los edificios públicos característicos que perdurarían durante más de 10 años (de Ramón, 1994).

A principios del siglo XIX, se seguían haciendo adelantos en el principal viaducto de entrada a la capital. El último trabajo de importancia fue la construcción de las famosas ‘casuchas’ al costado oeste de los huecos que había sobre los estribos de cada arco. Fueron hechos en 1803 para prevenir los delitos que allí se cometían (De Ramón, 1992).

En los tiempos de la Independencia, y aún mucho después, cuando no había un solo edificio en el puente ni en sus dos rampas, era peligrosísimo atravesarlo de noche, debido a la existencia de pandillas salteadoras. “Hasta el mismo Diego Portales fue sorprendido una noche por la repentina aparición de cogoteros (...) Los reiterados asaltos perpetrados por los bandidos del puente obligaron a las autoridades poner guardia permanente. Para tal efecto, se levantó en el lado norte, un edificio que albergó un destacamento de soldados encargados de la vigilancia” (Orpi, 1970: 10).



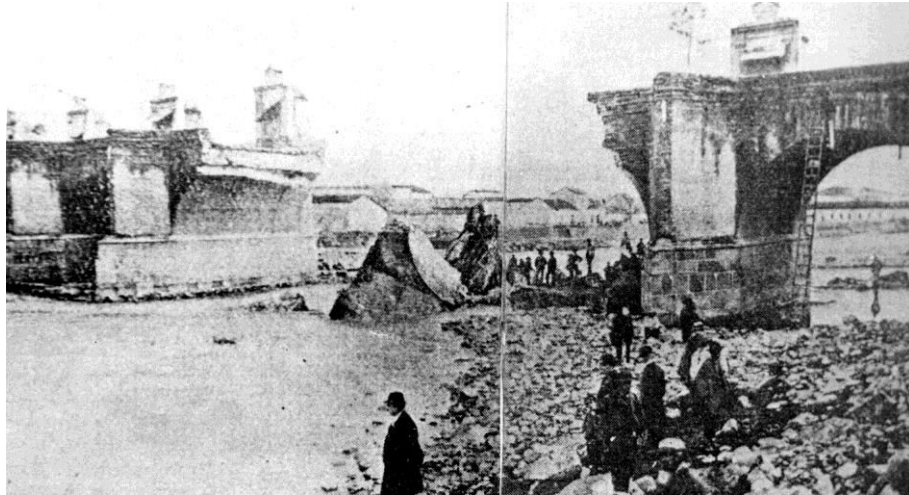
Lechero frente a puestos comerciales
en el Puente Cal y Canto, 1875.

Durante el gobierno de Bulnes los edificios de vigilancia fueron convertidos en casa de corredores. Luego, bajo el gobierno de Manuel Montt, el cuidado pasó a estar a cargo de bomberos quienes resguardaban el puente y daban la alarma de incendio.

Unos años antes, alrededor de 1830, se habían construido sobre cada pilar del lado poniente, unas garitas semicirculares en las que se instalaron numerosos vendedores de frutas, dulces y otros productos. También hubo boticas, panaderías, varias bodegas de vinos, relojerías, sombrererías, talabarterías y hasta una imprenta: 'La Estrella de Chile'. Pero los dependientes de tales comercios no contaban con que el innovador espíritu capitalino, catorce meses más tarde, echaría abajo, a dinamitazos, el más espléndido puente que tuvo y que ha de tener Santiago (Rosales, 1947). “El 10 de agosto de 1888, después de 106 años de vida útil, otra crecida del Río puso fin a sus servicios. Siendo demolidos sus restos, posteriormente, para proceder a la canalización del Río” (De Ramón, 1992: 143).

“Una multitud se había agolpado sobre el Puente Cal y Canto para observar el espectáculo ofrecido por las crecidas aguas del Mapocho. Martínez hizo sus cálculos e hizo desalojar a la gente. Un cuarto de hora después, a las 2:30 de la tarde, se desprendió estrepitosamente unos de los machones⁸, y finalmente a las 5:15, un crujido horroroso y una gran nube de polvo marcaron el fin del coloso” (López, 1997: 53).

⁸ Pilares de fábrica



Puente Cal y Canto caído, 1888

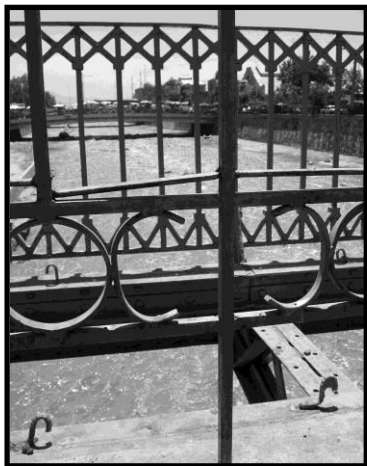
Justo Abel Rosales, en sus crónicas, cuenta que “un grito unánime de sentimiento resonó en ambos márgenes del Mapocho. Muchas personas, especialmente mujeres, no pudieron contener las lágrimas, al mismo tiempo que lanzaban contra el ingeniero Martínez las más terribles acusaciones que se haya oído jamás al aire en nuestra mansa ciudad” (Merino en López, 1997: 54). De esta forma, la unión de errores humanos y la inclemencia de la naturaleza terminó por destruir tal vez el puente con mayor tradición en la historia de Santiago y de Chile.

El Puente Cal y Canto había sido escenario de instantes altamente significativos de la historia de Chile. “Por este puente huyeron del país el grupo de patriotas, seguidos fieramente por el ejército español de Mariano Osorio” (López 1997: 53). A través de las crónicas que retratan lo ocurrido en la huida de los patriotas, “es posible imaginarse la batahola sobre dicho puente producto de la contingencia política. Caían los muebles y no faltaron los caballos y mulas que huían desbocados ante tanta muchedumbre. Sin embargo, por este mismo paso, tres años más tarde, hizo entrada triunfal el Ejército Libertador” (Brieba en López, 1997: 53).

En la década de los ochenta, mucho tiempo después de su derrumbamiento, sus restos fueron declarados Monumento Histórico.

Así, podemos ver como el puente se constituye en una suerte de portal de entrada a la ciudad tradicional, además de consolidarse como una vía que potenciaba el comercio fluido entre la ciudad, La Chimba e incluso conectando a los principales caminos que conducían a los países vecinos.

Antes de la canalización, entre 1864 y 1883, se construyeron seis puentes mixtos, es decir, de estructura metálica y calzada de madera. En 1864 se construye uno frente a la capilla de la Purísima, el que fue destruido en 1877 y vuelto a levantar en 1882.



Bajo la mítica gestión de Vicuña Mackenna, se construye un puente para peatones y también uno para tranvías y carruajes. Mientras que, en 1881, la empresa de ferrocarriles urbanos construye un pasadero entre la Calle Puente y 21 de mayo. Esto nos explicita que, como las distancias dentro de la ciudad son mayores, es necesario habilitar transporte urbano y, en consecuencia fue necesario planear intervenciones urbanísticas que conectaran los barrios que se desarrollaban a uno y otro lado del Mapocho.

En 1883 se construye el puente de la plaza Bello, con el objeto de descongestionar el único puente carretero existente hasta ese momento, el Cal y Canto.

Un mes después de la controvertida demolición, el ingeniero Valentín Martínez, encargado de la canalización del Río, inauguró un nuevo puente alternativo, a 200 metros, frente a la calle San Antonio. La idea original era terminar la construcción de esta obra, antes de sacar de circulación al Cal y Canto. Pero una falla de cálculos y un invierno especialmente lluvioso derrumbaron prematuramente un siglo de historia.



Cerro San Cristóbal desde Puente de los Carros

(2004)

1890, mientras que los franceses entraron en funcionamiento cuatro años más tarde (Borquez en Castañeda, 1983). Se puede decir que esta práctica constituye un antecedente de lo que serían las concesiones del Ministerio de Obras Públicas.

La materialidad de las construcciones y su diseño se encontraba en auge en Europa. Por ello, fueron vistos como signo de progreso y constituyeron un factor decisivo en el desarrollo de Santiago. Fueron un factor determinante en el desarrollo histórico del sector norte de la ciudad de Santiago, al hacer más fluida la relación con el centro de ella.

Posteriormente cinco puentes metálicos fueron adjudicados a la Compañía Schneider – Creuseot de Francia. Otros tres puentes fueron construidos por Lever Murphy y Cia de Valparaíso. Los conectores de hierro fabricados en el país se encontraban listos en

Bajo la dirección del ingeniero José Coó, los puentes metálicos fueron armados, respetándose en general los emplazamientos proyectados por Valentín Martínez. Estos ocho cruces eran: el que estaba frente al Ferrocarril Urbano, actual paso peatonal 21 de mayo; frente al camino de la Cintura (Av. Vicuña Mackenna), actual Puente Pío Nono; frente a la Parroquia de la Purísima Virgen, actual Puente Purísima; frente a la Plaza Bello, actual Puente Mackenna; frente a la Av. Recoleta y frente a Av. La Paz. En lugar del Cal y Canto se levantó el puente Independencia. En reemplazo del de Ovalle, se construyó el puente Manuel Rodríguez, el cual se reconvirtió hasta ser hoy un cruce de la carretera norte- sur (Crft López ,1997; Cáceres, 2002; Castañeda, 1983).

Estos puentes modernos eran obras complementarias, directamente relacionadas con la canalización. Y, dado que con los terrenos ganados se hicieron parques y avenidas; se formó un compendio de intervenciones urbanísticas que, en cierta medida, pretenden una integración entre el Río y la ciudad.

De los ocho puentes construidos, podemos hacer referencia en la actualidad al Puente de los Carros que mantiene su disposición original.



Puente Purísima visto desde el norte del río



A lo lejos, Puente Purísima desde el Forestal

A diferencia de lo anterior, el Teatro del Puente fue trasladado. Otros fueron reemplazados por estructuras más sólidas como es el caso del Puente Recoleta, Manuel Rodríguez e Independencia. Por decreto número 824 del 29 de julio de 1997 se declararon monumentos históricos a cuatro de estos puentes metálicos.

Luego con el comienzo del siglo XX la ciudad crece rápidamente. Los nuevos barrios no asumen una actitud de integración con el Río, lo evitan e ignoran distanciándose de él, por lo que ya no se hacen obras de importancia a excepción de puentes que permiten la comunicación entre estos nuevos sectores que siguen a contracorriente al río, pero olvidando su presencia.

Según el libro “Imagen Ambiental de Santiago 1880-1930”, en la tercera década del siglo XX eran varios los puentes que cruzaban el Mapocho. Es así como, de poniente a oriente, es posible encontrar un viejo y angosto puente de madera carcomida frente a la pavimentada y moderna calle Bulnes. Mientras que, al otro lado del Río, se levantaban míseras viviendas y ranchos. Esto nos demuestra como el proceso de modernización no es un asunto puro o un desarrollo lineal y uniforme, sino que la innovación convive con las prácticas y realidades tradicionales.

Siguiendo la ruta hacia la cordillera, el puente Manuel Rodríguez se encuentra justo donde el Río comienza a ensancharse. Podría decirse que era el primer signo visible del progreso de la ciudad, pues se empalmaría con la “norte- sur”, permitiendo el acceso expedito a quienes vuelven a sus hogares del trabajo o de un fin de semana en la playa.

El puente de Bandera, un lugar activo y lleno de vida, un ir y venir de gentes, de automóviles y tranvías, es la imagen arquetípica de la sociedad de masas y el devenir moderno. Más hacia la cordillera estaba el Puente Los Obeliscos, de mucho movimiento, especialmente en las mañanas, cuando los vendedores iban y venían de la Vega. Sin embargo, era el camino más directo a los cementerios.



Puente de los carros a escala humana
(2004)



Plano general de Puente de los Carros. Al fondo se puede apreciar el árbol de navidad auspiciado por Coca Cola Company. Antes este signo de fin de año era instalado en el bandejón central de la Alameda, frente al Palacio de Gobierno. Este cambio puede ser la evidencia de un desplazamiento significativo mayor. Esta muestra del poder económico se aleja del espacio político por excelencia para buscar otras asociaciones.

Este adornado árbol se empalma con la construcción de una autopista privada que atraviesa el Mapocho, un lugar de representación de diversas tradiciones urbanas.

A continuación venía el Puente de Los Carros, llamado así porque era de uso exclusivo de los tranvías. Más al oriente cruzaba el Río el Puente de San Antonio, que conducía al barrio de Recoleta, con mucho movimiento y tráfico en todo sentido. Frente al Palacio de Bellas Artes había un puente muy silencioso y tranquilo. Le seguía el de Purísima, sin mucho bullicio, para llegar después al de Pío IX, siendo el camino más directo al San Cristóbal.



Puente Independencia visto desde el oriente (2004)

“Por último, ‘el gran puente, el más nuevo, el que es esperado con ansias por todo ese inmenso barrio de Providencia’, refiriéndose así la crónica al flamante puente del Arzobispo que, por alguna razón no explicada, estaba terminado, pero sin abrirse paso a los usuarios” (Gross, 1990: 156).

A medida que la ciudad fue creciendo, obviamente iba aumentando la cantidad de puentes que se construyen sobre el Mapocho, lo que a su vez permite que el sector norte de Santiago, se

vaya desarrollando comercial y residencialmente. Hacia finales de la década de los sesenta, se produce una concentración de construcciones hacia el barrio nor-oriente. Posteriormente, con la construcción de la línea 1 del metro en 1975, la ciudad se expande aún más fuertemente hacia el oriente, lo que obliga a construir puentes hacia esos sectores. Todo esto, se puede graficar, señalando que si en 1860 existen 5 puentes que atraviesan el Mapocho, en 1932 ya podemos encontrar 13 y a principios del 2002, 38 puentes y 6 sobre las aguas del Mapocho.



Actualmente el proyecto Costanera Norte pretende la construcción de 9 puentes nuevos, de los cuales ya hay construidos tres. Además, la idea es demoler y reconstruir otros 3 puentes ya existentes por nuevas construcciones de mejor estándar, ya que se construirán nuevas calzadas y veredas más anchas. Uno de estos puentes que ya fue reconstruido e inaugurado el 2002 es el puente ubicado frente a Avenida La Paz.

En el tramo Oriente del eje Oriente-Poniente se construirán dos puentes -San Francisco y Tabancura- y se construirán las defensas

fluviales en la ribera norte y sur del Río Mapocho, entre el puente La Dehesa y el Puente Tabancura.

En el tramo centro de la autopista, el proyecto contempla la construcción de cinco puentes nuevos y el reemplazo de tres ya existentes, construyéndose un total de ocho. En marzo de este año ya entraron en funcionamiento dos nuevos puentes de este eje. El primero de ellos ubicado frente a Los Leones y el segundo frente a Suecia, los que tuvieron una inversión de 2,7 millones de dólares. La tercera de estas conexiones, es el puente La Concepción, empalmado directamente con la calle del mismo nombre, el que cuenta con tres pistas de 3,25 metros cada una y veredas de 3 metros de ancho. Este hecho da cuenta de cómo la ciudad se ha ido pensando más para los automóviles, que para sus propios habitantes.



Ejemplo de los nuevos puentes que surgirán con el proyecto de autopista urbana Costanera Norte (2004)

Por último, en el mismo lugar en que antiguamente se encontraba emplazado el puente Pedro de Valdivia, se construyó uno nuevo de mejor estándar. Este puente debió ser demolido debido a la existencia de algunos elementos estructurales que impedían el paso normal de la futura autopista. Estos trabajos dieron el puntapié inicial para que comiencen los trabajos de demolición del puente El Cerro.

El Premio Nacional de Arquitectura 1993, Christian de Groot, es uno de los principales detractores del Proyecto Costanera Norte. En el tema específico de los puentes recién inaugurados, el arquitecto señala que no se ha tomado en consideración la estética de la ciudad. Refiriéndose a ellos en general, afirma que "están recargados y mal diseñados. Las soluciones de la baranda son de una pobreza y ridiculez que no resiste análisis. Es una reja de jardín infantil, de piscina". Agrega que estructuralmente son absolutamente carreteros, ya que se de "vigas comunes y corrientes y, por si eso fuera poco, tapan la vista de la cordillera, más aún si les plantan enredaderas, como está pensado".

En el tramo poniente del eje del Mapocho se construirán dos puentes nuevos. El primero de ellos, Petersen, unirá las comunas de Renca y Quinta Normal. Mientras, el Puente Ventisqueros será el que conecte las comunas de Renca y Pudahuel.

Asimismo, se dará inicio a la construcción de defensas fluviales en las riberas norte y sur del Río Mapocho. Dado que en el tramo oriente el Río será canalizado.

Las autoridades se justifican reiteradamente que la construcción de puentes sobre el Río, mejoran sustancialmente la conectividad entre urbana en el sentido norte-sur, disminuyendo los niveles de congestión que se producen tradicionalmente en este sector de la ciudad. Sin embargo, en este caso se trata de dar una solución anticipada a los vecinos, ante la inminencia de esta autovía.

En momentos en que Santiago sigue expandiéndose ferozmente, la demanda de las personas es minimizar los tiempos de traslados. Al parecer, eso sólo es posible apostado en un automóvil. Por eso, entrará

primero en funcionamiento Costanera Norte que el plan Transantiago de transporte público.

Dada la apuesta imperante, llama la atención la supervivencia de la pasarela peatonal Racalamac, que al ser alta y extensa, demora al transeúnte y lo insta a la contemplación de nuestro Río.



Puente Racalamac a la altura del metro Salvador, comuna de Providencia (2004)

CANALIZACIÓN

Tras los sucesivos y catastróficos desbordes ocurridos durante los siglos coloniales, se vivió en Santiago un clima de seguridad. El Mapocho parecía absolutamente controlado, pero la tranquilidad duró hasta 1827 cuando se produjo otra gran inundación. Alimentado por dos meses de lluvias torrenciales, el Río arrasó en junio, con molinos y ranchos, dejando cuantiosos daños.

Es por esto que las autoridades vieron la necesidad de tomar medidas más drásticas que los tajamares. La solución fue ordenar el cauce por medio de la canalización, definiendo así su curso y controlando sus movimientos. Esta intervención además “permitiría

aprovechar los terrenos ganados para el desarrollo de la ciudad.”
(López, 1997: 51)

A mediados del siglo XIX comenzaron a trabajar en la canalización, haciendo esta obra como parte de los proyectos en conmemoración del centenario de la Independencia. En esa oportunidad se canalizaron cuatro kilómetros del Mapocho, desde el Puente del Arzobispo hasta el Puente Bulnes. Con esto se pretendía dar un nuevo orden al cauce. Como consecuencia se aumentó el volumen de agua transportada y se fijó un trazado recto, con un ancho uniforme, al tramo del Río que pasa por los centros históricos de la ciudad. De hecho gracias esta intervención, posteriormente se puede crear una de las obras paisajísticas más acabadas de la ciudad: el Parque Forestal.

La canalización del Mapocho se inscribe dentro de la llamada modificación general del trazado urbano. Se puede decir que esta obra es una consecuencia del impulso renovador de Benjamín Vicuña Mackenna (de Ramón, 2000 en Cáceres, 2002). Como Intendente de Santiago –cargo que ejerció desde 1872- inició el estudio del proyecto junto al ingeniero Ernesto Ansart, sin embargo los trabajos no se realizarían en esa oportunidad. No es sino hasta 1888 que se da inicio a la canalización. Bajo la presidencia de Don José Manuel Balmaceda se lleva a la práctica el encauce del río. En la obra intervinieron los ingenieros José Luis Coo y el mentado Valentín Martínez.

Roberto Merino en sus crónicas urbanas, toma el registro hecho por Abel Rosales en el siglo XIX, pero le agrega sana emoción “si Luis Manuel de Zañartu había invertido quince años en levantar el puente monumental, al ingeniero Valentín Martínez le bastaron unos cuantos minutos de improvisación para apurar su caída. Encargado definitivo de 71

la canalización del Mapocho, Martínez – no se sabe muy bien por qué hizo dinamitar el “emplatillado” de la edificación, dejándola sin sustento en todo el lado norte. El problema fue que esto sucedió a comienzos del invierno, y que el de 1888 fue especialmente lluvioso.” (Merino, 1997:17)



Canalización en el sector del puente

Pío Nono

Por gestiones directas de Ramón Barros Luco, en enero de 1888 se dicta una ley que autorizó al Presidente José Manuel Balmaceda para invertir en estos costosos trabajos. De hecho, dado que este gobierno dispuso de considerables recursos para obras públicas, se hizo

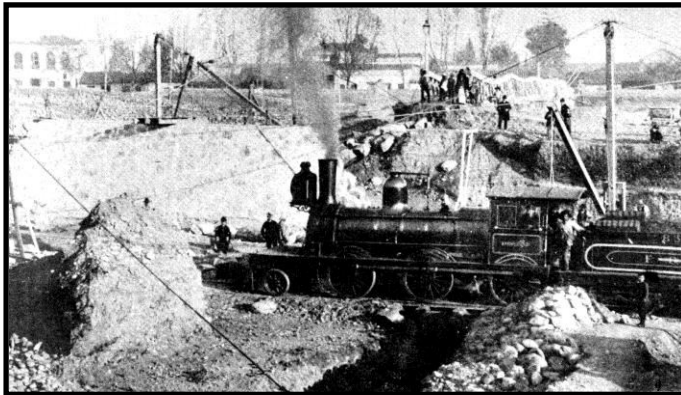
necesario la creación del Ministerio de Obras Públicas en 1887.

La misma ley que ordena la canalización, declara de utilidad pública los terrenos que fueran necesarios y una faja de 100 metros de ancho a cada costado. (León Echaiz en Cáceres, 2002) En estos terrenos fiscales se emplazó un basural y muchos otros permanecieron abandonados durante largo tiempo hasta que se apostó por crear áreas verdes, entre otros espacios.

Como señala el libro “historia de la ingeniería en Chile”, esta sustantiva intervención, dejó el ancho del río limitado a 50 metros. Se le rodeó con un muro tanto en los costados como en el fondo, soporte conocido como “pindongo”. Las murallas fueron hechas de gran

resistencia, clavando profundamente rieles de ferrocarril ligados por tirantes de fierro, para luego cubrir todo con concreto. Además, la cara externa fue cubierta con piedra al igual que el lecho. (Villalobos, 1990)

La canalización selló a los antiguos tajamares, que aún luego de los trabajos de la autopista urbana, todavía duermen algunos segmentos bajo el Forestal.



A diferencia de la construcción del Cal y Canto, en esta ocasión para efectuar la labor más especializada se trajo un contingente

de operarios catalanes. Del período de faena llama la atención - y del cual hay registros gráficos- que para agilizar las labores, como debían desplazarse a lo largo del río, se instaló en el lecho una línea férrea.

Para el académico del Departamento de Historia de la Universidad de Chile, Ulises Cárcamo, la canalización consolida al Mapocho como un hito demarcatorio, como una frontera. “Hay una separación social en la ciudad que uno puede ver a través de la historia de Santiago”, y con la canalización como se aumenta el caudal se dificulta el paso, de manera rústica, de un lado a otro. Es por este encajonamiento que, como vimos antes, se hace necesario construir más puentes.

Al canalizar el torrente se fortalecieron ambos márgenes, por lo que tanto la población del lado sur como la del norte del río quedaron igualmente protegidas frente a los desastres naturales. De hecho,

se logró por fin poner una cota a las inundaciones del borde río, una de las constantes preocupaciones durante los dos primeros siglos de existencia de la ciudad. Claro que las inundaciones no quedaron del todo superadas. Lo ocurrido en el sector oriente en el invierno de 1985 vuelve la dimensión fatalista del río, que es un juego cíclico, irrumpe en la ciudad. Después de este evento se construyeron de defensas fluviales en el llamado “barrio alto”



Vista de la ciudad desde la carretera que conduce al sector de Lo Curro, borde norte el Mapocho.

(2004)

En todo caso, la canalización del Río no es un tema cerrado. Ahora con la construcción de la Costanera se están canalizando cuatro kilómetros más, desde el Puente Arzobispo hasta el Puente Lo Saldes a la altura de la Rotonda Pérez Zujovic.

Para Francisco Brugnoli, el Mapocho es un Río encadenado que “al mirarlo, llama la atención por el racionalismo en su encaje y la irracionalidad de los movimientos del agua”. Esto ha resultado porque históricamente se le ha ido conteniendo cada vez más, en un proceso

incesante, hasta el punto que, en un futuro próximo, quedará casi completamente maniatado.

Anexión de terrenos y espacios públicos

El río Mapocho había sido una constante preocupación para sus habitantes, ya que al no estar canalizado, el agua corría por el llano en caso de avenida y se desparramaba por la Cañada.

Antes de estos trabajos, el torrente corría más bien ancho y bajo en profundidad, pero primero con la construcción de los sucesivos tajamares y finalmente con la canalización, los sectores adyacentes al Mapocho comenzaron a tomar otra fisonomía.

Los terrenos que, gracias a esto, fueron incorporados a la ciudad, comenzaron de a poco a ser poblados y ocupados, transformándose en lugares de uso público.

Con tajamares construidos bajo la administración de Juan de Henríquez de las Casas, comenzaron a observarse, aunque de manera incipiente, ocupaciones de terrenos para instalar: casas, calles, huertas y viñas en los cascajales del Río.

También, gracias a estas obras, aumenta el flujo de personas desde y hacia la Chimba. Especialmente por el Puente Cal y Canto que se convierte además, en un prominente lugar de paseo. Las autoridades establecen algunas normas para regular el asentamiento habitacional en las cercanías del puente.

Así, las autoridades decidieron que para que fuera posible el libre tránsito del puente Cal y Canto, se desocupase un sitio a fin de permitir

el libre acceso de carros, carretas y coches. Para este efecto se construyó una plazoleta para así recibir a los coches y calesas. (de Ramón, 1992)

De igual manera la construcción de este puente mayor sobre, permitió paulatinamente apoderarse de espacios, considerados hasta ese momento, netamente rurales. Luego se construirán algunas calles en el sector norte para facilitar la circulación de las personas. De este modo vemos como se comienza a urbanizar ahora el sector de ultramapocho.

El Mercado y la Vega

El Mercado Central y la Vega fueron los principales lugares que abastecían a la ciudad de frutas, verduras frescas y de otros productos. Ambas ferias libres comenzaron a funcionar en los terrenos que quedaron libres de las aguas luego de las intervenciones. En este punto es posible observar un cruce directo en que producto de una



Mercadeo al interior de la Recova

intervención se cimenta las condiciones materiales para permitir establecer un lugar de intercambio regular.

Las autoridades de la época querían erradicar el comercio informal de la Plaza de Armas (Recova), por esta razón trasladaron a los feriantes al margen sur del Río, en el terreno llamado “el Basural de Santo Domingo” hoy conocido como el Mercado Central. (cfrt. de Ramón, 1992; Salazar, 2003)

Faustino Sarmiento, citado por el historiador Armando de Ramón, se refiere así al comercio que había en la Plaza Mayor: “El pueblo pillo, trabajador e industrial, componiendo una multitud muy numerosa, concurría a la Plaza los días sábado y conquistaba los portales llamados del Conde (hoy Fernández Concha), a vender sus artefactos, a comprar lo que necesita, a ejercer su industria, su capacidad y malicia. Esta práctica resultó molesta para las autoridades, ya que obstaculizaban el tránsito y distraía a los criados, los cuales perdían el dinero en juegos y compras de ‘comistrajos’”.

Contrariamente a lo que pensaban los poderes centrales, cambiar la Recova a este lugar, resulto ser más peligroso que el anterior, ya que quedaba alejado del centro de la ciudad y era más difícil ejercer control. Con el tiempo, este lugar se fue transformando en un foco de reunión al costado sur del Mapocho.



La Vega en el siglo XIX.

El futuro Mercado Central ya se perfilaba como un centro de intercambios sociales, constituyéndose en un espacio donde confluían personas de diversos sectores sociales: desde los grupos populares hasta, en menor medida, personas que vivían en el centro tradicional. Estaba el vendedor ambulante, el criado, algún intelectual observador como Sarmiento o personas que buscaban buenos precios para comprar.



Comercio informal en
sector Avenida
Independencia (2004)

Si bien, el Mercado Central y la Vega son espacios institucionalizados para el comercio, son una respuesta a un uso social preexistente. Es decir primero funcionaron los ramales, pequeños puestos de productos agrícolas, y luego se reacciona acondicionando equipamientos que alberguen y aglutinen esas prácticas.

Lieutnant J. M. Gillis, un artista que hacía grabados, describe el Mercado de Abastos, destacándolo como núcleo importante para la ciudad: “Hay varios mercados en la ciudad de Santiago, siendo el principal el ubicado en la avenida situada junto al Mapocho. Dentro de una manzana cercada por filas de casas bajas de un piso; hay gran variedad de puestos de venta y bancas, en los cuales uno puede encontrar en la estación, no sólo todos los productos de la tierra, del aire y el agua del país, sino también grupo de vendedores ambulantes, con artículos de mercería, peinetas, jabones, cuchillería y alfarería.” (Salazar, 2003: 40)

En las cercanías del Mercado estaban los comerciantes ambulantes, quienes eran rechazados por los vendedores de la Recova ya que al tener precios más bajos, les quitaban clientela.

Para instalar a todas estas personas “sobrantes” se cruza el río y se les arma un lugar fuera de la ciudad propiamente tal. Los galpones de Vega Central se construyen en 1895 y, posteriormente, en 1912 su emplazamiento se triplica, gracias a los suelos ganados tras la canalización. Conservando ese aspecto hasta nuestros días (de Ramón, 1992)

Ambos puntos se convertirían en grandes instancias de interrelación social y cultural, en un principio dado por el ejercicio del comercio, pero el hombre al encontrarse con otros, no tarda en generar vínculos asociativos que generan prácticas identitarias particulares.

En el sector de la Vega se observaba un gran dinamismo. Allí acudían personas a pie y a caballo, pequeños carretones que transportaban los productos, sin considerar los numerosos y nuevos comerciantes informales que aprovechaban la alta concurrencia de público. La labor policial de control era imposible. (De Ramón, 1992)



En el período entre siglos, la Vega, adquiere el estatus de lugar importante dentro de la ciudad y, sobre todo como espacio público de Santiago. Era tanto el flujo de personas que se aglutinaban, que el poder central decidió establecer la Plaza de Los Moteros para el estacionamiento de las carretas. Esta medida racional pretendió ordenar el caos social.

También, otros sectores aledaños al Río dejarían su marca su marca en el imaginario común de los santiaguinos, dado que eran lugares públicos de reunión

Parque Forestal y otras áreas verdes

A partir de la agregación de terrenos comienzan a configurarse también, otro tipo de espacios públicos: las áreas verdes que comienzan a ser ocupadas por las personas como paseos.

Desde la década de 1870 comenzaron a construirse parques en distintos puntos de la capital.

Tras la canalización del Río en 1888, los terrenos inmediatos al borde norte comienzan a configurarse con una vocación de espacio público. Sin embargo, este lugar no adquiere el mismo rostro que el margen sur del Mapocho, donde años más tarde se construiría el Parque Forestal. (López, 1997).

El Parque Forestal es construido bajo la intendencia de Enrique Cousiño Ortúzar (1900 - 1906). Los primeros intentos de llevarlo a cabo se hicieron a fines de 1899, avanzando los trabajos con gran rapidez y así, en 1903, se invirtieron 20 mil pesos para concluir las obras y la

Laguna Parque
Forestal, 1915



pavimentación de las avenidas laterales del Río Mapocho. En 1906 se había terminado la laguna, complemento indispensable a todo parque y paseo. (de Ramón, 1992)

Ya por esa época, el lugar destacaba por su gran variedad de especies forestales, entre ellas los plátanos orientales que dan, hasta hoy, su característica esencial al parque.

Se transformó en un lugar de recreación especialmente para la clase alta. El Parque Forestal se construyó sobre lo que antes había sido un basural y gracias a él, los terrenos adyacentes, fueron altamente cotizados como sector residencial.

Actualmente este parque es ocupado, los fines de semana por numerosas familias que asisten a los juegos con los niños; también jóvenes que practican algunos malabares en la parte trasera del Museo de Bellas Artes, que es uno de los centros de la cultura en Santiago. En la semana, este jardín hermoso y un pulmón verde de la capital; es un lugar tranquilo para conversar y caminar, aunque en la noche tiene fama de peligroso.

En la entrada de Providencia y aprovechando los terrenos de relleno que quedaron tras la canalización del Mapocho, se construye el Parque Balmaceda, a modo de continuación del Forestal.

La revalorización del suelo, en este caso, fue aún más clara, pues la comuna de Providencia a lo largo del Río había presentado un aspecto de murallón de fábricas contaminantes, hospitales y monasterios que había impedido su urbanización. Esta situación cambia tras la canalización y posterior creación de esta área verde. Todo este



Pedazos de los tajamares de Toesca encontrados en sucesivas extensiones del metro de Santiago. Algunos segmentos han sido instalados en el Parque Forestal. (2004)

embellecimiento, contribuye a que el sector alto de Providencia, entre la Avenida Pedro de Valdivia y el Canal San Carlos, se convirtiera en el barrio residencial predilecto de algunos comerciantes de buen pasar y altos funcionarios. (De Ramón, 1992)

Posteriormente, en los terrenos traseros que deja la Estación Mapocho, tras su cierre

definitivo, nace el parque de Los Reyes en 1992, en el marco de la conmemoración de los 500 años de la llegada de los españoles al continente.

Este jardín en la orilla sur cierra una continuidad de Parques a lo largo del Río Mapocho. Su cambio de función está potenciando al área y subiendo el valor de los terrenos de la zona, antes vista como marginal. Ahora, es posible apreciar gran variedad de ofertas de departamentos y varias construcciones de edificios en camino.

El Parque de las Esculturas - en la vera norte- es particular por las obras de arte que allí se exponen de manera permanente. Los principales escultores chilenos dan vida a este espacio que gozaba de armonía con el Río Mapocho. Esta condición está siendo amenazada por la construcción de la Costanera Norte.

Estos tres parques se convierten así en una de las obras urbanas más importantes de Santiago debido que son construcciones capaces

de transformar simples espacios públicos en lugares para el uso de las personas.

Estación de Ferrocarriles

Un ejemplo de la ola modernizadora de principios del siglo XX fue la construcción del ferrocarril. En 1894 se comienza a estudiar la posibilidad de construir una estación junto al Río Mapocho y frente a la calle Puente. (de Ramón, 1992).

La Estación Mapocho reemplazó a la deficiente Estación Mercado. Ésta era sólo una casucha donde pasaba el ferrocarril urbano que cumplía la labor de abastecimiento.

En 1905 se inician los trabajos de construcción de la Estación del Mercado y la de Yungay que se conectaba con la línea del tren que venía por la Calle Matucana, desde la Estación Central. (de Ramón, 1992)

Armando de Ramón expresa en su libro que probablemente la cercanía de la línea del ferrocarril y el establecimiento de la Estación Yungay, dio forma a un barrio que debió convivir desde su nacimiento con gran cantidad de industrias. Esta es la actual comuna de Quinta Normal, creada en 1916 bajo el nombre de Yungay.

La Estación del Mercado, llamada más tarde Mapocho, es un caso paradigmático dentro de nuestra investigación porque es una edificación que pone de manifiesto el afán de progreso y, a la vez, está situada en terrenos quitados al Río gracias a una intervención urbanística.

El andén ferroviario a orilla del Mapocho fue parte de la más importante red de transporte, pues desde ese punto era posible desplazarse hasta la lejana ciudad de Iquique. También existía la posibilidad de conectarse, en La Calera, con el ferrocarril Longitudinal Norte o en Llay-Llay encumbrarse por la cordillera para acceder a Mendoza y, luego a Buenos Aires a través del ferrocarril trasandino. Podemos comentar que nuevamente el antiguo sector del Cal y Canto es un punto de convergencia estratégico para trasladarse a diversos puntos del país. Si antes se cruzaba el Puente Calicanto para tomar la Cañadilla y, de ahí partir la travesía transandina. Ahora, desde la moderna estación era posible desplazarse sobre vagones a Valparaíso, puerto de llegada de los barcos con extranjeros.

La Estación Mapocho funcionó durante 75 años. Por ser un lugar altamente aglutinador de grandes flujos de personas que iban y venían, este sector del Mapocho comenzó a ser depositario de una gran diversidad social, potenciando uno de las facetas representativas del Río Mapocho como un articulador cultural y social de la ciudad.

Expansión al oriente

Gracias a la canalización del Mapocho, los efectos de las inundaciones habían disminuido considerablemente. Esto permitió la proliferación de diversos barrios, en especial, hacia el sector oriente.

Así, las construcciones siguieron la línea del río, trazando lo que ahora son tres grandes Avenidas sucesivas: Providencia, Apoquindo y Las Condes. Estos ejes estructuraron gran parte de la urbanización que se desarrolló entre 1940 a 1960. Estos nuevos barrios, salvo excepciones, se mantuvieron alejados del lecho del Río. Esta tendencia les permitió eludir los peligros que en aquella parte presentaba el curso

del Río que discurre sobre un lecho de gran amplitud, presentando una de las mayores pendientes de todo su curso. (De Ramón, 1992)

Debido a la derogación de los límites urbanos por el decreto 420 del año 1979, la construcción se disparó. Proliferaron las grandes edificaciones de departamentos y casas lujosas. La fiebre de los negocios hizo olvidar el peligro y se terminó por ocupar una parte del antiguo lecho del Río. (De Ramón, 1992)

Esto por una falta de una “memoria histórica” y un interesado cortoplacismo. El hecho de que por un largo período, Santiago no sufriera grandes lluvias se olvidaron, por ejemplo episodios como el ocurrido en 1953 cuando el antiguo cauce del Río se dilató sobre los terrenos de Vitacura. Las casas no estaban todavía allí para que sus moradores registraran dicha experiencia.

Estos hechos dan cuenta de los transcurso sociales que vive una ciudad que aspira a insertarse a la modernidad con todo lo que ello implica, el asunto es que el factor económico cada vez es más relevante en los procesos de expansión demográfica, y por ende, de la



construcción de ciudad. Cabe una sospecha posible, pues si bien las decisiones tomadas tenían aspiraciones económicas, entrañaban decisiones, a la larga irracionales y alejada supuesta racionalidad técnica tantas veces defendida.

Con todo esto, podemos afirmar que con las tierras quitadas al curso del río se produjeron situaciones muy divergentes, las que a su vez propiciaron usos sociales de diversa especie.

Las construcciones de parques ayudaron a integrar al río al paisaje urbano, ampliando así la esfera de espacio significado. De este modo, los terrenos robados al torrente tuvieron un rostro que los potenció como espacios de distensión, públicos por excelencia.

Las estaciones ferroviarias, por su parte aunque eran diversas, estaban interconectados unas con otras, a través de las formas en que las personas ocupaban estos lugares: como recreación, posibilidades de transporte y abastecimiento, lugar de trabajo y punto de encuentro social.

Espacios como La Vega o el Mercado Central generaron prácticas particulares, generándose uno de los espacios públicos más representativos y heterogéneos de Santiago.

Hasta nuestros días, estas ferias establecidas, son puntos de referencias importantes dentro de la ciudad, asociados no sólo al Mapocho, si no también dentro del imaginario ciudadano.

COSTANERA NORTE

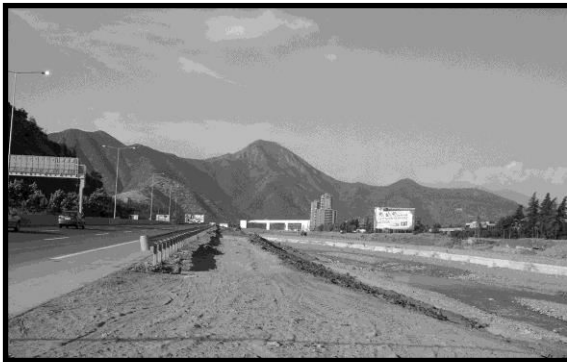
La Costanera Norte es un proyecto de autopista urbana de 37,8 kilómetros que pasará por el centro histórico, cultural, recreativo y físico de la ciudad de Santiago, es decir el Mapocho.

Esta obra que está actualmente en construcción, surge como respuesta a los problemas generados por la creciente y desmesurada

expansión de la ciudad. La congestión del tránsito que afecta especialmente a los tiempos de desplazamientos de las personas, las cuales deben cruzar puntos cada vez más distantes.

Este proyecto representa la culminación de las distintas intervenciones que se han hecho al Río. Si bien, como hemos pretendido explicar, la frase “hay cosas que no cambian” viene precisamente al caso. En el camino de una modernización creciente, que se ha plasmado en el río, nunca antes se había emprendido una obra que comprometiera de manera tan extensiva el espacio físico del afluente, acompañando casi todo su recorrido urbano.

Cierto tramo de la autopista pasará bajo el Río. Básicamente, habrá una sección semi-enterrada y a cielo abierto para el tramo Lo Saldes - Bellavista –con una longitud total del tramo es de 2,7 kms- y un túnel de descenso progresivo bajo el Río Mapocho, entre Bellavista y Vivaceta -con una longitud total 4,13 kms-. En el resto del tramo bordeará el torrente.



Como hemos esbozado en los capítulos anteriores, para que esta gran intervención sea posible se ha tenido que barrer con varios puentes, aumentar la canalización entre el Puente del Arzobispo (Providencia) y el de Los Saldes (Vitacura). O sea, si se quiere ver algo parecido a un río, habrá que escapar de la ciudad varios kilómetros hacia el oriente, donde se ha tratado con mayor delicadeza el “paisaje”.

El Río, al ser un eje estructurante de la ciudad ha establecido distintos nexos con ella. Por lo que sospechamos que la construcción de la Costanera tendrá un impacto social y cultural que no es fácil de medir o cuantificar aún. Por el momento, puede observarse que en el tramo de la carretera que bordea el Mapocho, quedará cubierto por lo que se perderá la presencia visual del Río.

Si bien se han establecido pasarelas que aseguren la conectividad entre una ribera y otra, tienen dimensiones demasiado grandes como para asegurar al peatón un tránsito expedito por ellas. Nuevamente y en forma evidente se ha olvidado que la razón de ser de las intervenciones es supuestamente “mejorar” la vida del hombre, sin embargo por la forma que se han tomado las decisiones queda totalmente a la vista cuáles son las prioridades. No se hace un cruce que no rompa la cotidianeidad que muchos tienen en su relación con el río, se hace un gran “armatoste” que sea funcional y que evite que llegue el último programa televisivo de “ayuda social” a denunciar la falta del conector.

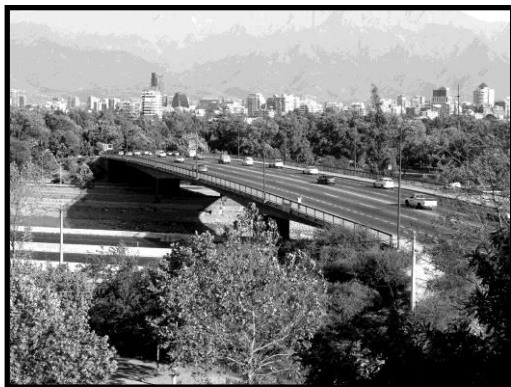
Con esta construcción ya ha afectado a algunas áreas verdes como el Parque de las Esculturas en Pedro de Valdivia Norte, así como al sector norponiente que nunca tuvo jardines en sus bordes, pero que de todas maneras sus espacios eran ocupados por las personas del sector.

Esta carretera de “última generación” no tiene precedentes en cuanto a cómo resignifica al Río, dejando huellas indelebles en su semblante, además de su relación con la ciudad. De alguna, forma la memoria histórica y social que este cauce representa para sus habitantes, podría verse dañado.



En todo caso, es imprevisible aventurar cómo estas obras cambiarían los puntos de referencia de los santiaguinos. Porque no es que se esté deconstruyendo la ciudad como muchos piensan escandalizados—

inundados por un pensamiento moderno más completo – para los autos o donde todos los chilenos financian al gerente que vive en La Dehesa y tiene su empresa en el sector poniente. Porque no se sabe es que si el hombre, con sus prácticas sociales, podrá reinterpretar el concreto o incluso tener una respuesta funcional y de mercado, implementando un bus que vaya con la gente del poniente que también trabaja. Lo que quiere expresar es que no es que el hombre pueda borrar todo cambio sustancial de las condiciones materiales del medio urbano, si no que muchas veces los usos sobrepasan el sentido primero de una intervención.



Así como en el siglo XVIII, la construcción del Puente Cal y Canto dejaba una marca en la forma en que los habitantes se relacionaban con su entorno y la calle de Los Presidentes, pronto pasó a llamarse “Puente”. Podría pasar algo similar con Costanera

Norte, sin embargo, creemos que ahora hay que establecer ciertas diferencias.

Las obras anteriores eran pensadas, con algunos matices, para el uso general de los santiaguinos, es decir con un criterio de obra

pública. En cambio, esta vía implica dos requisitos: tener automóvil para poder circular y además tener que pagar. Por lo tanto, el Río ya no es de todos y se monopoliza su uso para quienes puedan y quieran llegar más rápido a donde se dirigen. Se produce una especie de apropiación privada del cauce, cuyas riberas siempre fueron un espacio público.

Una vez que la ruta sea entregada a la comunidad, la concesionaria comenzará a cobrar por su uso a través del sistema de peaje en movimiento que funciona con un dispositivo electrónico transmisor denominado tele vía o Tag.

El punto no es sólo la construcción de una súper carretera, si no lo que se pasa a llevar para lograr ciertos objetivos. Ulises Cárcamo, investigador del Departamento de Historia de la Universidad de Chile, piensa que “en esto hay un aprovechamiento de una condición natural del río”. Al tener una ciudad enorme en la que cuesta moverse y, cruzarla surge la idea de utilizar el recorrido natural del cauce que conecta el sector oriente a poniente. Para este entrevistado, las autoridades pensaron que dado que había algo que atravesaba Santiago y “como está despejado se decidió utilizarla.”

Con este trazado no es necesario demoler nada. Además, en un plano más interpretativo, la eterna idea del Mapocho navegable que ya estaba en Vicuña Mackenna resurge en el arquitecto Cristián Boza, cerebro del proyecto que tanto defiende Sebastián Piñera. Con Costanera Norte, en el fondo se estaría consumando la idea de domar el río y neutralizarlo. Con esto, se anula en un buen pedazo el río y, el eje articulador pasa a ser las carreteras.

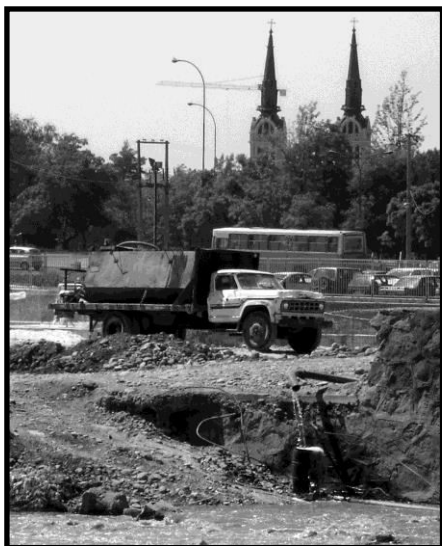
Si bien, el primer proyecto aceptado por el Ministerio de Obras Públicas (MOP) pretendía cortar parte del Parque Metropolitano o Cerro

San Cristóbal y el barrio de Pedro Valdivia Norte, finalmente la presión ciudadana logró modificar el trazado.

La edificación de este proyecto vial tiene un costo total de US \$380 millones, será subsidiado con enormes cifras directas e indirectas, partiendo con US \$80 millones en obras adjuntas que podrían considerarse de utilidad pública pero derivadas de la puesta en marcha del proyecto.

Costanera Norte recorrerá once comunas de Santiago, a lo largo de los 42,7 km con que cuenta desde el puente La Dehesa en Lo Barnechea, hasta la Ruta 68 ubicada en la comuna de Pudahuel.

Los partidarios de Costanera pregonan la puesta en escena de la máxima tecnología disponible, porque cuenta con equipos computacionales de control de tráfico, cámaras de video de circuito cerrado, sensores de tránsito, altavoces, ventilación, iluminación normal y de emergencia, postes y estaciones SOS, y sistemas de prevención y combate de incendios, entre otros aspectos. Nuevamente surge el criterio de usar la tecnología de punta para dar por fin solución a los problemas de la ciudad.



Pero los trabajos en Costanera Norte también se han logrado ciertos vuelcos. Por ejemplo en el eje Kennedy las faenas se paralizaron cuando ya estaba en la fase de obra gruesa, pues los vecinos se dieron cuenta de las consecuencias negativas que tenía y lograron generar una mesa de diálogo para

pensar un nuevo proyecto más amigable con el entorno.

Podemos afirmar que sin duda este proyecto ha provocado tantas ronchas, aunque sea de manera tardía, dado que se está interviniendo en un espacio que tiene un espesor cultural, materia ampliamente tratada en los capítulos precedentes. La existencia de Costanera Norte es una metáfora múltiple de la ciudad que se está construyendo, del desvanecimiento de la idea tradicional de espacio público y de cómo en ese avance incesante propio de un país en desarrollo, se pasa a llevar cualquier cosa con tal de lograr una mayor eficiencia y conectividad.

USOS SOCIALES

En el Río y sus alrededores se han generado múltiples actividades humanas que han ido creando un espesor histórico y cultural, remitiéndonos a antiguas prácticas, que llegan recicladas hasta nuestros días.

Desde la fundación de Santiago que se declara al Mapocho, punto estratégico de acceso al agua y de límite defensivo. Ya con el transcurso del tiempo y a medida que la población aumentaba, la urbe va tomando otro cariz. El Río observador constante de la historia está siempre llano a recibir tanto a quienes lo aceptan tal cual es, con sus aguas turbias y contaminadas; como a los que lo prefieren rodeados de jardines y tratan de ver en él, un paseo idílico a la usanza de las ciudades europeas.

Los usos, en definitiva denotan un vínculo más íntimo entre el Río y el hombre donde este último va otorgándole significados al primero que van más allá de las intervenciones impuestas por las

autoridades que no ven en el Mapocho más que un apéndice de la ciudad.

REGADÍO Y BEBESTIBLE

Ya en el período agroalfarero (900 a 1500 d.C) se había iniciado la construcción de acequias de riego, algunas de las cuales alcanzaron proporciones semejantes a los canales modernos. Su función principal era conducir el agua a zonas alejadas de donde era obtenida. (de Ramón, 1992) Más tarde, los españoles, tras fundar la ciudad, las utilizaron en su totalidad y sólo se limitaron a perfeccionar su trazado y a hacerles algunas ramificaciones. (León Echaiz, 1975)

Desde el primer siglo de vida de la ciudad, las aguas del Río Mapocho atendieron todas las necesidades de sus habitantes. Ellas proporcionaron bebida; regaron los campos de cultivo; movieron los molinos; incluso permitieron el aseo y mantuvieron la higiene.

“El agua se sacaba (...) por un canal matriz desde el Mapocho, el que se dividía, originalmente, en dos zanjas que podríamos denominar ‘sub canales’ (...) que conducían las aguas a la ciudad, bordeando el cerro Santa Lucía para su posterior distribución por los solares.” (Piwonka, 1999: 103)

Las acequias corrían de oriente a poniente, siguiendo el declive del terreno; y luego de atravesar todos los solares, se perdían a la altura de la que sería la actual Av. Brasil para caer de nuevo al Río Mapocho en su brazo chico o sea La Cañada.

En el primer plano regulador se pueden ver tres canales sacados del Mapocho. Uno de ellos se situaba al oriente de nuestra actual

ciudad: la acequia de Ñuñoa, llamada también de Apoquindo o Tobalaba, que regaba los campos situados cerca de la falda de los Andes hasta alcanzar los cultivos de Macul. La segunda, la acequia de Vitacura, se prolongaba por la base del cerro San Cristóbal cayendo en cascada en la falda noroeste de la loma para regar los campos de Conchalí, Huechuraba y Quilicura. La tercera, era obtenida al occidente de Santiago, en el sector de Pudahuel y regaba las tierras que hoy se conocen con el nombre de Cerrillos.

“La acequia de Vitacura fue construida poco antes de la entrada de los españoles por el cruel cacique Vitacura, representante del Inca del Cuzco en la colonia del Mapocho, empleando cinco mil yanacunas”. (Vicuña Mackenna en Roco, 1941: 126)

Para el historiador Gonzalo Piwonka el sistema de acequias no carecía de desventajas aunque cumplía normalmente su finalidad. Un ejemplo de esto era que las bocatomas se tapaban fácilmente con cada crecida del Río en el invierno y en cambio en verano quedaban secas. También había dificultades en el reparto de los turnos para regar por lo que el Cabildo a fines de 1551 tuvo que nombrar a un perito especial con amplias potestades. El designado fue el alarife Pedro Gamboa, el mismo que había confeccionado el trazado de Santiago encargado por Pedro de Valdivia.

Durante la época colonial un problema recurrente fue que estas acequias se estancaban generando molestas inundaciones, producidas por los vecinos quienes intencionalmente construían tacos para regar sus huertas. Esto motivó al Cabildo a prohibir en 1554 la realización de estos menesteres. La situación se volvió crítica a mediados de 1559 por lo que se insistió en aplicar penas corporales; decretándose la

prohibición absoluta de romper el tajamar para tomas de agua o acequias.

El aumento del consumo de agua de los terrenos rurales al oriente de la ciudad, trajo como consecuencia que, cerca de 1560, se seque definitivamente el hilo de agua que corría por La Cañada.

El año 1585 fue muy falto de lluvias. Ante este mal, fue preciso requerir de una persona que conociese el terreno mismo, para construir y mantener las acequias en el valle del Mapocho.

Los habitantes de Santiago seguían canalizando el Mapocho para obtener agua, pese a lo pestilente y contaminado que ya se encontraba. Lo que se puede desprender de la documentación analizada por el mismo Piwonka es que el Mapocho era utilizado para la bebida del grueso de la población, y a los surtideros y pozos podían hacerlo sólo los más pudientes y las órdenes religiosas.

El adelanto más importante de la época, fue traer el agua cristalina de algunas de las vertientes o manantiales precordilleranos a fin de que sus habitantes pudieran beber agua pura y fresca. Dejaron así de lado la del fiel, pero poco potable Mapocho, del cual los habitantes hicieron uso para la bebida y otros menesteres domésticos desde la fundación hasta 1578.

La construcción del sólido pilar de San Saturnino tuvo como objetivo central la dotación de agua potable a Santiago, mediante el recurso natural obtenido de la vertiente de Ramón, abastecimiento que ocurrió desde 1578 hasta más o menos el año 1609. Sin embargo, este abastecimiento distó mucho de ser continuo, debido a las frecuentes reparaciones, trabajos de limpiezas de las acequias, crecidas del

Mapocho y otros problemas que erosionaron las obras de ingeniería y arquitectura.

Durante los primeros años del siglo XVII los vecinos seguían abasteciéndose de las aguas del Río Mapocho para su consumo personal, aunque ésta corriera turbia y asquerosa. Esto ya que era de fácil obtención, comparada con el trabajo que representaba reconstruir la aducción y conducción de la colapsada quebrada de Ramón.

Es por este uso de las aguas del Mapocho que se tomaron medidas para protegerla. El Ayuntamiento, prohibió punitivamente el uso de sus aguas a principios de 1612, en la parte superior de la ciudad, por parte de las clases inferiores, para el fregado de prendas y enseres.

Otra medida fue destilar las aguas turbias del Mapocho en piedras especiales para esto, principalmente cuando era la época de los deshielos en la Cordillera. Además, con la construcción de los primeros tajamares se realizaron las bocatomas de las acequias que nacían directamente del Río. Estas se hicieron mediante compuertas sólidas que formaban parte de la estructura misma del tajamar, con marcos distribuidores también sólidos. Esto por lo menos ocurrió con las acequias principales ubicadas a la altura de San Saturnino y más arriba. Estas acequias era empleadas “para regar los jardines y refrescar las calles, comodidad inestimable que sólo se encuentra en pocas ciudades de Europa (...) Además de las acequias, se sacan anchos canales para mover los molinos esparcidos en diferentes puntos de la ciudad...” (Frezier en Roco, 1941: 89)

En 1620 el sistema de abastecimiento de agua de la ciudad comienza a colapsar. No se deriva de problemas puntuales como las

sequías o los robos de aguas, sino que todo el régimen entra en una profunda crisis. “Los primeros síntomas se producen en los consumidores de necesidad privilegiada, como el hospital de San Juan de Dios y los molinos de trigo”. (Piwonka, 1991:195) el mismo Piwonka señala que la escasez no sólo afectó al sector de los peticionarios, actual San Pablo, sino que también a los vecinos de La Cañada de García de Cáceres, actual avenida Brasil, quienes habían sacado su propia toma del Río para el servicio de sus casas y el riego de huertas y viñas.

Para prevenir situaciones como éstas, el Cabildo acordó el 4 de noviembre de 1622 que el Alcalde de Aguas debía ser obligadamente un miembro del Cabildo y dedicarse exclusivamente a esta labor.

En 1630 se produjo una de las situaciones más conflictivas con respecto al suministro de agua y su regulación. Esto se refiere al uso y abuso de aguas por parte del convento de la Merced. “El molino de los mercedarios, construido sin autorización municipal, era para la ciudad – según el Cabildo- un verdadero peligro público para las casas y calles de la ciudad por el uso incontrolado de las aguas, máxima en este periodo de escasez. Por todo ello, el Ayuntamiento ordena y manda que se cierre en 1630. Los frailes de la Merced hicieron oídos sordos, con el consiguiente perjuicio para esta parte de la ciudad, prolongando la solución de este grave problema por más de noventa años.” (Piwonka, 1991: 204)

En 1656 se dio la orden a los vecinos de profundizar las acequias que corren por el interior de las casas para así otorgar una mayor velocidad en el escurrimiento de las aguas. Ese mismo año, se acuerda que los molinos deben estar a cargo de españoles que puedan dar cuentas claras sobre el peso de los granos y del cuidado de las aguas

de las acequias asignadas, ya que se producen constantes reclamos de que los molinos roban agua, utilizando más de lo que se les ha asignado.

De los dos brazos que antaño se componía el Río, sólo uno subsiste en su curso natural en los siglos XVII y XVIII. El brazo que corre por un costado de La Cañada se extinguió entre los años 1560 y 1580, transformándose en un canal. El que corría por el camino de Chile o Cañadilla, desapareció antes de la llegada de los españoles.

El historiador León Echaiz señala que “Aunque reducido a un solo cauce, el Río Mapocho sigue dominando a la ciudad. Sus aguas constituyen la bebida de los habitantes de Santiago la mayor parte del tiempo. Con ellas riegan sus campos de cultivo y mueven sus molinos.” El agua para beber era traída a la ciudad desde la quebrada de Ramón hasta que la gran avenida de 1783 destruyó por completo las instalaciones.

“Desde entonces y hasta fines de la Colonia, los vecinos debieron servirse nuevamente del Río Mapocho. El agua era decantada en las ‘Cajitas de Agua’; y desde allí, como antes, era conducida por cañerías que iban en dos direcciones; por calle Monjitas, para alimentar la pila de la plaza; y por La Cañada para surtir las pilas de las monjas Claras y de San Francisco. Poco más tarde se instalaron también pilas en el convento de Santo Domingo, en la iglesia de Santa Ana, en el Cuartel de Dragones y en la Casa de Moneda”. (León Echaiz, 1975: 90) El servicio del ‘agua de Ramón’ no fue restablecido hasta 1828.

Sin embargo, muchas veces estas acequias eran ensuciadas por los mismos vecinos. Jorge Vancouver, en su texto “Viaje alrededor del mundo” describe que la suciedad que mancha el interior de las casas,

se ve también afuera. En lugar de aprovechar estas corrientes de agua para mantener las calles constantemente aseadas, la cantidad de inmundicias que se arroja desde las casas a las acequias forman atochamientos. (Roco, 1941)

En el siglo XX los barrios marginales todavía utilizaban las aguas del Mapocho para regadío e incluso consumo diario. “Las aguas contaminadas se han usado desde hace muchos años para regar una parte considerable de la superficie hortícola inmediata a Santiago con el pretexto de que este riego tiene favorables efectos pues enriquece y fertiliza los suelos.” (de Ramón, 1992: 288)

Riberas como lugar de pastoreo

Durante el siglo XVI, tanto la ribera sur del Río Mapocho como los márgenes del riachuelo que pasaba por la Cañada de San Lázaro, eran comúnmente usados, por los habitantes de Santiago, para llevar a pastar a sus animales, especialmente a los caballos.

A la altura del cerro Santa Lucía, existían terrenos cercanos al Río que habían sido destinados para el uso común de los vecinos de la ciudad. Los sirvientes traían a estas tierras a los animales de sus amos para que estos pudieran beber y pastar.

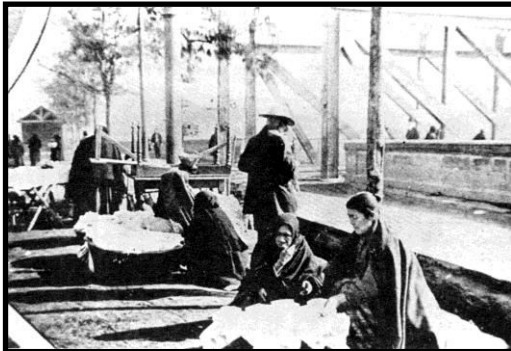
Asimismo, en el centro de La Cañada de San Lázaro corría un brazo del Río Mapocho, donde los escuderos llevaban a beber y solazar a los caballos de sus señores.

Este uso llevó a que se construyeran corrales en los cascajales del Río, donde hoy se encuentra el Mercado Central. En el mismo lugar

se instaló el “Corral de Consejo”, recinto al cual iban a parar los animales extraviados producto del descuido de algunos sirvientes. (León Echaiz, 1975)

USO INDUSTRIAL Y MOLINOS

La industria empezó paulatinamente a desarrollarse en Santiago poco después de su fundación. Primero aparecieron las pequeñas manufacturas, ejercidas en un comienzo por los mismos conquistadores y luego por los indios que aprendieron a trabajarlas. Ya en 1549 existían en la ciudad: carpinteros, herreros, espaderos, sastres y zapateros, que atendían las necesidades de la población.



Camiseras en el lado sur del río. Esta fue una de las tantas actividades económicas que se han desarrollado en el Río o en sus riberas.

Estos pequeños artesanos se instalaban a orillas del Río Mapocho para desarrollar sus actividades productivas, en un comienzo más rústicas, lavando cueros con las aguas del torrente y moliendo semillas en sus piedras. En un oficio muy parecido a moler granos en un mortero.

Después se comenzaron a fabricar ladrillos, tejas y adobe, y también otras industrias de mayor importancia que trabajaban con cuero animal y productoras de paños de lino. “Bautista Cerú pidió en 1568 autorización al Cabildo para instalar ‘tenerías’⁹ junto al Río Mapocho. El Cabildo le concedió esta autorización y, al mismo tiempo,

⁹ Sinónimo de curtiembres.

le cedió un solar para que instalara su industria” (León Echaiz, 1975: 66).

Así el Río sirve como un espacio de desarrollo industrial, no sólo por el agua que se utiliza como recurso vital para mover las distintas actividades económicas. Así, poco a poco el borde río se va posicionando como un sector clave para la pequeña industria hasta el siglo XIX.

Al pasar de los siglos se comenzó a observar una creciente actividad económica, por lo que muchas de las industrias se situaron a orillas del Río, donde descargaban sus inmundicias (de Ramón, 1992).

Si bien esto le traía beneficios económicos a la población, con el tiempo el río se fue contaminando, pues los desperdicios industriales iban a parar allí y el lavado de cueros ensuciaba muchísimo el agua. Por lo mismo ya en el siglo XVII, “el Cabildo reglamentó minuciosamente el ejercicio de estas industrias manuales y fijó aranceles que los artesanos debían cumplir” (León Echaiz, 1975: 66).

Esta localización, además, les permitía estar más cerca del centro, por lo tanto del abastecimiento. El historiador de la Universidad de Chile y profesor de la cátedra “La ciudad y su espacio interior”, Ulises Cárcamo, sostiene que los grupos más pobres siempre se van a ubicar en torno al centro neurálgico de una ciudad, dado que su capacidad de movimiento es limitada, pues la mayoría de las veces no cuentan con caballos o carretas para trasladar su mercancía. Además en los dos primeros siglos de existencia de la ciudad no se contaba infraestructura necesaria para acercarse expeditamente al centro, van habitando la periferia del centro a orillas del Mapocho.

Ellos producen insumos que deben vender a la gente que vive en la ciudad, por lo que deben estar lo más cerca posible de los puntos de consumo.

En el siglo XIX, con la llegada del tren a Santiago, cambia el panorama y las industrias se concentraron alrededor de la Estación Central, moviéndose posteriormente – con la expansión de la ciudad – hacia la periferia que cada vez es más lejana del núcleo fundacional.

En la segunda mitad del siglo XX, un importante sector industrial de Santiago se estableció en el sector Bellavista. Además se ubicaron molinos que aprovechaban las aguas del río a través de canales para generar energía mecánica o energía eléctrica. Ulises Cárcamo asegura que “con la instalación de las industrias, el estrato social alto se va a ir del barrio porque se siente incómodo con los obreros alrededor”.

El seminario de investigación “Mapocho, río origen de Santiago” desarrollado en los ochenta, da cuenta que en esa época se encontraban en uso algunas plantas hidroeléctricas pequeñas, operadas por privados que extraen agua del sistema de canales de regadío (Castañeda, 1983).

Así podemos ver que en distintas épocas se ha hecho uso del agua para fines industriales. A medida que la técnica se fue perfeccionando se instalaron factorías de mayor envergadura.

Por su parte, Rene León Echaiz en su libro “Historia de Santiago” nos abre todo un panorama para descubrir registros de molinos instalados a orillas del Mapocho. Para él, la industria básica y que tuvo mayor incremento durante el siglo XVI fue la de las empresas trituradoras de trigo y otros granos. La existencia de ese cereal fue

aumentando paulatinamente; pero era necesario molerlo, ya que la harina era un elemento esencial para los pobladores. Su demanda se hizo sentir desde el primer momento, especialmente para la fabricación del pan, el que era amasado en los solares y cocido en hornos de barro.

Y así, aprovechando un desnivel natural de la acequia que se alimentaba de uno de los canales sacados del Mapocho, los ingenieros castellanos instalaron en el siglo XVI el primer molino de pan en La Cañada, conocido como el molino de Rodrigo de Araya (Vicuña Mackenna en Roco, 1941). Este ducto pasaba por el costado oeste del Cerro Santa Lucía.

Los molinos empezaron a instalarse en Santiago poco después de la fundación de la ciudad. Eran primitivos y se ubicaban cerca de una corriente de agua. Con la fuerza de ésta se movía una rueda de madera colocada en el cauce; de esta rueda subía un eje hasta una construcción inmediata, en la cual se encontraban dos grandes piedras talladas, que giraban con el impulso del agua, realizando así la molienda (León Echaiz, 1975).

Para Alberto Gurovich, entendido en materias históricas del urbanismo, el Mapocho proporcionaba el agua necesaria para mover estos molinos, moler el trigo y también generar energía para la producción de telas y metalurgia. A su juicio, hay una creación magnífica que siempre se olvida, por ejemplo, los canales que recogen agua del Río se hacían con técnicas que las venían manejando en España hacia muchos siglos. Se generaban bocatomas de canales en ambos lados, recogiendo la velocidad y llevando el agua hacia las paletas para moverlas.

Los tres primeros molinos instalados en Santiago, fueron los siguientes: el de Rodrigo de Araya, en el sudoeste del Cerro Santa Lucía; el de Bartolomé Flores, en el costado opuesto del cerro Santa Lucía, enfrentando la actual calle Merced. Flores mantuvo el molino en su poder hasta 1567, fecha en que lo donó al Hospital del Socorro (...). Desde entonces su molino fue llamado 'Molino del Hospital'; además estaba el de Juan Dávalos Jufre, ubicado en las faldas del cerro San Cristóbal (León Echaiz, 1975).

El historiador Ulises Cárcamo ve la situación de los molinos de una forma diferente. Para él, la mayoría se ubicaba en la ribera norte del río para estar cerca de mano de obra barata.

Aún en el siglo XIX, los faldeos del Cerro San Cristóbal estaban rodeados por molinos movidos por el agua desviada del Río Mapocho (Anduaga, Duarte y Sahady en López, 1997).

Una anécdota al pasar es que los molinos de trigo entran en conflicto en 1920 debido a que el sistema de abastecimiento del agua comienza a colapsar. Así podemos comprender lo sustancial que era el agua que provenía del río para hacer posible dicha actividad.

El desarrollo industrial que se da en el río tiene varios elementos. Por un lado, las industrias usan el agua como recurso energético para poner en movimiento sus fábricas. También es utilizado por su ubicación estratégica, terrenos a bajo costo en las cercanías del centro económico de la ciudad. Sin embargo, como consecuencia de este uso social es que como los desechos de esta labor generan residuos que van a parar al torrente.

LUGAR DE DESECHOS



Lo que muchas personas no saben es que la contaminación del Mapocho, no es algo reciente. Si bien el crecimiento de la ciudad, los medios de transporte y el sistema de alcantarillado han influido en la contaminación del

cauce, ya desde el siglo XVI, la presencia humana en las riberas contaminaba el Río.

Desde la llegada de los españoles, las aguas del Mapocho se utilizaron para diferentes menesteres, los cuales con el paso del tiempo fueron ensuciando las aguas del Río. A pesar de esto los habitantes de Santiago canalizaban el Mapocho para obtener agua, pasando por alto lo contaminado que se encontraba.

En el siglo XVII, las autoridades decidieron llevar todas las actividades económicas que implicaran procesos contaminantes a las afueras de la ciudad. Por ejemplo, las curtiembres no sólo eran desagradables porque generaban mal olor en sus alrededores, sino que además ensuciaban las aguas al lavar los cueros. Según el Cabildo, en 1607 se curtía lino en las márgenes del Río y este procesamiento dañaba a la ciudad. Por este motivo se comisionó a un regidor para que cesara esta industria ya que el Río era para el servicio de la ciudad. (de Ramón, 1992).

Un dato que podría sorprender hoy en día es que en el Río Mapocho coexistían diferentes tipos de peces de montaña, como la trucha. Sin

embargo, estos fueron desapareciendo paulatinamente producto de la acción del hombre.

En el año 1681 se dictó la que se podría nombrar como primera Regulación de Desagües de la ciudad. “El aumento de la población y la expansión desordenada del casco urbano trajeron nuevos dolores de cabeza al municipio y debió abocarse al alcantarillado. Empleamos *ex profeso* este término impropriamente, pues ductos subterráneos fecales llevará la ciudad en su subsuelo sólo a partir de 1847.” (Piwonka, 1991: 298)

El sistema que se inventó para solucionar el problema de las fecas y de la inmundicia fue la colocación de rejillas en los desagües de aguas de uso doméstico.

La contaminación del Río era tal que incluso podía constituirse como un foco infeccioso si se pasaba por un período de sequía, generando brotes epidémicos. Y más encima la población que vivía en las orillas lavaba las ropas de los enfermos en sus aguas, agudizando aún más la transmisión de enfermedades. Este riesgo epidemiológico no fue erradicado del todo, ya que por ejemplo el cólera resurgió con mucha fuerza en los primeros años de la década de los noventa.

Otro factor que ha empeorado el estado del Mapocho fue que desde el periodo de la conquista, en sus orillas se depositaron desechos y desperdicios provenientes de la ciudad. Las aguas del Mapocho que corrían por La Cañada eran fácilmente atravesables en sectores menos correntosos, a lo que ayudaba la gran cantidad de basura que los santiaguinos, a lo largo de tres siglos, habían acumulado allí. (Gallardo, 1999)

La basura llegaba al botadero oficial en carretones. Éste se ubicaba en la ribera sur del Río Mapocho, entre las actuales calles Manuel Rodríguez y Cueto. Estaba rodeado por poblaciones, lo que permitía a algunos habitantes aprovechar los desechos. Las calles de acceso se encontraban cubiertas de basura, incluso una o dos cuadras antes de llegar a éste. Y para peor, los fuertes vientos desparramaban la inmundicia por todos lados.

Pero, poco a poco, se fueron tomando medidas para regular esta situación. El Presidente Agustín de Jáuregui, en 1774, prohibió que botar desechos en La Cañada. En 1792 se fijaron tres sitios públicos que podían servir de botaderos: en el tajamar llamado 'Gatica', al norte de las rampas laterales del puente Cal y Canto, frente a la Recoleta, y en la antigua y arruinada Plaza de Toros. (León Echaiz, 1975)

Y si bien se tomó conciencia del daño que se le estaba haciendo al Río, las soluciones no hicieron más que aumentar el problema. En 1905 se construyó el alcantarillado para terminar con la contaminación que producían las acequias. Aunque las calles quedaron más limpias e higiénicas, a través del sistema de desagües, el Río Mapocho recibió hasta hace dos años atrás, casi la totalidad de las aguas servidas de la capital, tanto de las actividades domésticas, como de las producidas por las industrias.

El alcantarillado de Santiago estaba compuesto por un sistema de redes que conducía las aguas servidas directamente hasta el Mapocho y del Zanjón de la Aguada por medio de numerosos colectores y emisarios de descarga. (López, 1997)

Esta situación ocurría diariamente hasta hace menos de dos años cuando entraron en funcionamiento dos plantas de tratamientos de aguas servidas. Los desagües que descargaban al Río eran 22 dentro del radio urbano. Sin embargo, se incluían las descargas del Zanjón de la Aguada, del colector San Bernardo, Peñaflores, Talagante y El Monte.

El sistema de alcantarillado descargaba el 27% de sus aguas directamente al Mapocho y el 73% restante eran vertidas indirectamente al Río a través del Zanjón, el que a su vez recibía aproximadamente 40 descargas de las cloacas de la ciudad.

Según el seminario *“El Mapocho, río origen de Santiago”*; la actividad residencial representaba en los ochentas, fecha de la investigación, un 87% de las aguas servidas. Según dicho texto, la actividad residencial está comprometiendo el curso del Mapocho desde antes de su nacimiento a través del Río San Francisco, contaminado por la Disputada de Las Condes y el Río Molina, por el complejo turístico de Farellones.

Según los datos recopilados por el seminario realizado en la Facultad de Arquitectura en 1983, otro gran agente de contaminación es la actividad industrial. Ésta define grandes centros de producción y representa un 13% del total de las aguas servidas producidas.

El ecólogo, Italo Serey quien ha investigado en varias ocasiones el agua del Mapocho, sostiene que el Río está lleno de materia orgánica, que son las aguas servidas, por lo que tras un siglo de

descargas, es más peligroso en términos bacteriológicos que por exceso de sustancias químicas tóxicas.

Recién en el 2001 se inauguró la primera Planta de Tratamiento de aguas servidas, llamada el Trebal; mientras que La Farfana, comenzó a funcionar el año pasado. Ambas tratan el 70 % de las aguas servidas de Santiago. Aún falta que en el sector norte de la ciudad, se implemente este sistema, pero la planta del Nogal está en pauta y entrará en funcionamiento el 2009.

A juicio de Serey “si bien estas plantas descargan al Río las aguas tratadas, esto no va a cambiar la situación del sedimento. Este se refiere al suelo de los ríos que concentra todas las bacterias y agentes contaminantes que están en el agua. Por otro lado, éstas medidas no pueden hacer milagros, porque las aguas del Mapocho, nunca serán transparentes, por la naturaleza del torrente.”

Hasta el momento no se sabe lo que se ha vertido al Río, porque es muy difícil tener registro de eso. Según los estudios empíricos que ha realizado, no es un río muy contaminado con metales pesados como el zinc o el plomo. Para Serey, “se han determinado dos tipos de contaminación: aguas servidas y desechos plásticos sólidos”. El problema de estos últimos es que no se disuelven, por lo que es fácil encontrar botellas desechables o vasos de plumavit en la ribera del río o haciendo un viaje aguas abajo.

Por otro lado, las características propias del Río hacen que, en la mitad de su recorrido está más contaminado que en su desembocadura. En el primer tramo del Mapocho - desde el Arrayán hasta la altura de la Quinta Normal- tiene una alta pendiente. En esa

parte, el torrente, concentra mucho oxígeno entonces se degrada la materia orgánica y no hay mal olor.

En cambio, en el poniente de la ciudad, cuando escurre por la parte más plana del valle, los niveles de contaminación se elevan. Como va más lento tiene mucho menos nivel de oxígeno, a lo que hay que agregarle que se incrementa la descarga de aguas servidas sin tratar y por tanto ricas en materia orgánica. Las bacterias consumen muy rápido el poco oxígeno presente y esa reacción química genera gases malolientes. Por eso, entre la Avenida Américo Vespucio y el pueblo de Padre Hurtado es la parte más contaminada y hedionda. Paradójicamente es la única zona donde el río podría ser navegable por condiciones geográficas.

Más al poniente, en el sector de Peñaflor la situación vuelve a mejorar como cuando el río no sufrido los peores efectos del núcleo. Los ríos tienen una actividad microbiológica que para sus procesos de existencia necesitan del oxígeno presente en las aguas. Esos microorganismos absorben la materia orgánica y la transforman en hidrocarburo y nutrientes que son recuperados por las plantas de las orillas. Todo este proceso natural de reutilización del líquido, ayuda a que el agua vuelva a estar más transparente y limpia. De hecho, hasta la década de 1990 en el sector de Peñaflor había un balneario, llamado Trapiche, donde las personas hasta se bañaban en el Mapocho.

La gente que habita Santiago, ha utilizado el Río como un lugar para arrojar desechos. El profesor Serey critica que los santiaguinos y también las autoridades, ven al río sólo como un recurso, fuente de agua para riego o incluso para beber, sin tener en cuenta que antes que todo es un ecosistema que tiene flora y fauna propia.

Quizás por esa acotada forma de entender el fenómeno integral del río, que los estudios que se han hecho sólo se remiten a un seguimiento de las partículas biológicas que allí habitan con el fin de mantener a raya los niveles infecciosos. Italo Serey sostiene que de la composición química del río y de los efectos que ha producido la contaminación se sabe muy poco. En resumen, una vez más y como en tantos temas, se atacan los síntomas y no la enfermedad, se reduce sólo a mandar a estudiar solamente la columna de agua y los bordes; mientras que el sedimento o el tipo particular peces que se da en este río. De hecho el ecólogo nos comentó que aún el día de hoy, no se sabe, a ciencia cierta, qué ocurre en el fondo del río donde están los sedimentos.



El Río contaminado conforma parte de su aspecto, ya nadie se siente sorprendido al ver flotando desechos torrente abajo y más bien hay una actitud pasiva de parte de la comunidad. Asimismo, esta característica negativa ha pasado a formar parte de la imagen de “Río feo” que desde los inicios de la ciudad ha debido cargar este afluente.

El hecho de que el Río sea característicamente color “café” ha nutrido el imaginario de la ciudad con la idea de tener un afluente

limpio, transparente y de ser posible navegable. Sin embargo, este aspecto no tiene mucha relación con los niveles de toxicidad que podemos encontrar en él. De cierta manera, vemos como esta condición se hace cómplice con la actitud ciudadana en general que ve en el Río un basurero.

Además, esta forma errada de actuar es muy propia del hombre moderno que ve a la naturaleza como fuente de recursos para su desarrollo y el de su civilización – entendido como construcción social y física de un habitar-. Desde esta perspectiva, la naturaleza está ahí para ser aprovechada en su beneficio. Es por esta creencia que al Mapocho se le ha dado un uso equivocado. Hemos tropezado con nuestros propios pies, pues si el río estuviera en mejores condiciones, sería más “útil” para la ciudad.

Este vicio no es cuento nuevo, de hecho como hemos puntualizado a lo largo de este capítulo, las distintas sociedades lo han contaminado de distintas maneras. Esta práctica recurrente nos demuestra como este lugar ha sido visto como un espacio residual dentro de la ciudad en donde es plausible colocar todo aquello que sobra.

Incluso con varias plantas de tratamiento de aguas para el bicentenario, el río no será nunca transparente – porque nunca lo fue- y menos descontaminado.

Aún si nos olvidamos de las heces, los residuos de las mineras y las patologías del fango, el río igual estaría alterado, pues desde que se le agregó más agua con Canal San Carlos y el Zanjón de la Aguada, el ecosistema sufrió sustantivas alteraciones.

LÍMITE URBANO

Con la fundación de Santiago, los españoles establecieron, claramente, los límites de la ciudad. La planta original tenía forma de trapezoide y sus deslindes eran “por el oriente el cerro Huelén, por el norte el Mapocho, por el poniente la chacra de Diego García de Cáceres (actual calle Brasil) y por el sur la Cañada de San Lázaro (actual Alameda).” (Encina, 1953: 49) Estas barreras naturales significaban la protección que les brindaba el lugar a sus nuevos residentes.

Fue así, que desde un principio, el Río Mapocho asumió un rol de frontera entre la ciudad propiamente tal y lo terrenos que se encontraban al norte de éste, los que en su mayoría eran chacras de cultivo. Simbólicamente, todo lo que quedase más allá del Río era visto por los habitantes del recién fundado Santiago, como algo lejano, como extramuros con formas de vidas singulares y que cumplían con la labor de abastecer o entregar ciertos beneficios a los ciudadanos.

Esto se debía, principalmente, a que la mayoría de los terrenos que quedaban a la vera norte del Mapocho, fueron repartidos entre los conquistadores, quienes establecieron en ellos las primeras chacras de cultivo. Éstas eran trabajadas, en un primer momento, por indios de sus encomiendas, los que a pesar de estar bajo el mando de los españoles, mantuvieron por algunos años sus costumbres.

Desde ese momento quienes habitaban el sector norte del cauce empezaron a gestar costumbres propias que empezaban a diferenciarse de las prácticas de la ciudad en construcción. Todo ello en el contexto de la diferenciación entre lo rural y los atisbos urbanos.



La Cañada (Actual Alameda Bernardo O'higgins. 1850



La Chimba

Más tarde, durante el siglo XIX, estas chacras se convirtieron en una enorme fuente de ingreso para sus propietarios, los que arrendaban una pequeña porción de sus terrenos a inquilinos pobres para que las trabajasen, viviendo éstos en precarias condiciones. Como denunciaba un periódico de Santiago por esos años: “los grandes propietarios lo son allí únicamente del suelo; ellos arriendan el piso a un pobre que se encarga de hacer su cuartucho o rancho. Estos ‘arrendatarios’ generalmente debían cavar el suelo para hacer los adobes y con ellos levantar su pobre morada, quedando ésta hundida con respecto a la vereda y expuesta a las inundaciones por la lluvia.” (de Ramón, 1992)

Por muchos años, los sectores ubicados al norte del Río no eran considerados como parte del radio urbano, equiparándolos a la condición de terrenos rurales, por lo que las ordenanzas municipales que se producían en otras partes de la ciudad, como en el centro de Santiago, no eran aplicadas en el sector norte. Por consiguiente, todo lo que fuera alumbrado, pavimentación y seguridad de la zona, entre otras cosas, no era responsabilidad de las autoridades, transformándose en sectores desordenados, desde un punto de vista urbanístico, y peligrosos donde los delitos abundaban porque no había control policial.

A lo largo de los siglos se han podido apreciar diferentes sectores que debido a su locación, en un primer momento, tuvieron que asumir esta condición de arrabal¹⁰ y era precisamente a éstos donde llegaba a habitar todo aquel que no tuviera cabida dentro de la cerrada sociedad santiaguina.

Uno de éstos, era la zona que llevaba por nombre La Dehesa del Rey que se extendía desde la cordillera de Los Andes hasta el río Colorado (actual sector de La Dehesa). Estaba habitada por indios de la zona, los quaños este sector quedó prácticamente abandonado, a tal punto que fueron despojados de sus tierras por Pedro de Valdivia para destinar ese lugar a la crianza de caballos para la guerra. Con los e los indios yanaconas¹¹ levantaron sus casas en estas tierras. Por otro lado, algunos vecinos las utilizaron, sin autorización, para establecer sus sementeras y curtidurías¹², obligando al Cabildo, en 1586, a tomar medidas. Éste decidió arrendarlas a los usuarios y así, proporcionarse una renta segura.

Otro lugar era El Salto, terrenos que Pedro de Valdivia concedió, en 1545, a Rodrigo de Araya. Según el historiador Rene León Echaiz, las dimensiones de este sector eran de 300 varas castellanas de largo y 150 de ancho. Estos terrenos deslindaban con la chacra que se había adjudicado Valdivia y con la acequia de Huechuraba.

Su dueño decidió utilizar estas tierras para la agricultura, las que fueron trabajadas por indios de su encomienda, desalojando a los nativos de la zona, los cuales fueron desplazados por la justicia a habitar al pie del cerro Mayaca en Quillota. En 1573, Araya comenzó a

¹⁰ Barrio o lugar periférico de una población.

¹¹ Indio que estaba al servicio personal de los españoles en algunos países de la América Meridional.

subdividir su propiedad hasta formar numerosas chacras de cultivo, especialmente de maíz, trigo y hortalizas. Con el paulatino incremento de la población, estas pequeñas haciendas crearon para su uso un camino que iba desde El Salto hasta el Río Mapocho. Fue llamado Camino de El Salto, hoy conocido como Avenida Recoleta.

También ubicado al norte del Río Mapocho estaban las tierras que pertenecían a los indios de Huechuraba, quienes fueron obligados a desalojarlas cuando Pedro de Valdivia repartió los terrenos entre sus soldados. Esto provocó que los aborígenes quedaran absolutamente abandonados, transformándose en verdaderos vagabundos sin tierras en las cuales poder vivir y sembrar, a diferencia de lo ocurrido en otros lugares. Los españoles no escucharon sus reclamos ni respetaron derecho alguno, aprovechándose inmediatamente de la extensión de los terrenos que estos indios mantenían sin cultivar. Este sector es lo que hoy conocemos como Huechuraba.

Desde ese período se puede observar como el Río demarcaba territorialidades e iba plasmando ya sentidos de pertenencias en sus habitantes.

La Chimba

A diferencia de los sectores anteriores, La Chimba es la que mejor refleja las diferencias entre uno y otro margen del Río, resaltando así la función del Mapocho como límite urbano.

El hecho de que los conquistadores cruzaran hacia la ribera sur del Mapocho, significó que el territorio norte del Río, entre el Camino de

¹² Sitio o taller donde se curten y trabajan las pieles.

Chile y las faldas del cerro San Cristóbal, fuera denominado “La Chimba”, vocablo quechua, usado ampliamente en Chile y en América, derivado de *chimpa*, que significa “de la otra banda” y que señala la condición afuerina del sector.

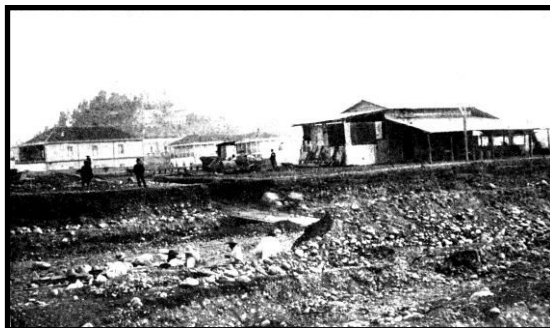
Estaba formado por hermosos campos de gran extensión, regados y cultivados por los indios. Por estas razones, no fue extraño que Pedro de Valdivia quisiera para él aquellos terrenos y que se asignara una extensa chacra que abarcaba lo mejor del sector.

Por sus deslindes y por la extensión se puede establecer que la chacra de Valdivia tenía frente al Mapocho por lo menos doce cuadras lineales; y que su fondo llegaba más al norte del Cerro Blanco.

Esta chacra no perduró mucho en poder de Valdivia porque en 1550 hizo donación de ella a Inés Suárez para que pudiese mantener la Ermita de Monserrat. Ésta había sido la primera construcción española en territorio chileno.

Suárez la mandó a reedificar de material sólido en 1547, hasta convertirla en lo que se conoció como la Capilla de Montserrat. Ocho años después, Inés Suárez cedió la chacra y la capilla a los frailes de Santo Domingo. Aquí fundaron la Parroquia de la Viñita y el Convento de la Recoleta Dominica. Estos terrenos los mantuvieron hasta 1823 con el nombre de “Llano de Santo Domingo”.

Sin embargo, al parecer, los frailes Dominicos no se preocuparon mucho de los terrenos que daban al Río



Cercanías al río

Mapocho, puesto que a partir de 1560 empezó a formarse allí un poblado desordenado e irregular que recibió desde entonces el nombre de “barrio de La Chimba” y que fue el primer antecedente de la extensa población urbana que allí se formó con los años. Su configuración dispersa se debió a que por entonces no existían calles en los márgenes del norte del Mapocho, instalándose sus habitantes donde mejor les pareciese, demostrando así que el rígido damero¹³ fundacional, impuesto para la incipiente ciudad, no traspasó hacia el margen norte del Río.

El límite físico que representaba el Río no lo era sólo la ciudad con respecto a La Chimba, sino que también era a la inversa. Convirtiendo al Mapocho desde entonces en una suerte de “tierra de nadie”, a la que se le daba la espalda.

Los pobladores del lado norte eran gente modesta, generalmente indios sometidos que intentaban mantener sus tradiciones, los cuales levantaban allí sus miserables chozas. En esta época, el barrio aún tenía un carácter semi-rural y exclusivamente agrícola.

En 1546, el Cabildo hizo mensurar todas las chacras de La Chimba y a partir de 1561, concedió algunos terrenos a indios yanacona y mestizos, que trabajaban como zapateros, silleros y en otros humildes oficios.

Aunque en un principio, esta zona tenía un carácter netamente popular, con los años fue poblándose con personas más pudientes, desplazando a las personas de los caseríos hacia la actual calle Los Olivos.

¹³ Planta de una zona urbanizada constituida por cuadros o rectángulos.

A fines del siglo XVII, La Chimba limitaba con la actual calle Pío Nono y ya sus viviendas no tenían el aspecto rural de antes, aunque tampoco se asimilaban a las del centro de la ciudad. Eran de buena construcción –a veces de cal y ladrillo- y, si el propietario era de buena situación económica, la casa ostentaba corredores, adornos de estilo y hasta segundo piso. En cambio, si el propietario era gente modesta, se trataba de una construcción sencilla.

La Chimba, a pesar de ser comúnmente mirada en menos por los habitantes de la ciudad, era de suma importancia para el abastecimiento de ésta, puesto que era aquí donde se encontraba el Camino de Chile (actual Avenida Independencia), el que durante el siglo XVII pasó a llamarse “Cañada de La Chimba” o más conocido como “Cañadilla”. Ésta era la principal vía de negocios y de tráfico de todo tipo, incluso del clandestino o de contrabando entre Santiago, Buenos Aires y Cádiz o Genova, como también entre Santiago, Valparaíso y Lima. El primer artículo de consumo que abrió esta ruta comercial fue la yerba-mate que enviaban los jesuitas desde Paraguay. Además, este camino era el único que los santiaguinos tenían para poder viajar a España, Perú o Charcas (Bolivia).

Aún así, este sector estaba lejos de ser considerado en una misma posición jerárquica que el centro tradicional de Santiago. Y esa diferencia se manifestaba, por ejemplo, en la prioridad de las construcciones públicas para la “ciudad civilizada”. Sin embargo, dada la dependencia por el abastecimiento con diversos productos se necesitaban vías de contacto.

Hasta entonces, el tránsito por La Cañada de la Chimba era absolutamente libre. Pero un día el capitán Pedro Gómez Pardo, quien era propietario de una hacienda en la zona, decidió cerrar el camino por

completo, plantando viñas sobre él y edificando casas para sus empelados. Esto provocó que quienes tenían que traficar entre Santiago y Aconcagua, o puntos intermedios, se vieran obligados a rodear su propiedad. Como la clausura de este paso entorpecía la llegada de los productos a la ciudad, la Real Audiencia y el Cabildo resolvieron, en 1642, que dicho camino fuera de uso público para siempre. La resolución fue acatada inmediatamente, obligando a Gómez Pardo a volver a sus límites originales.

Esta anécdota nos demuestra que, aunque La Chimba no fuera considerada parte integrante de Santiago, tampoco podía quedar aislada ya que la ciudad dependía de ella para su abastecimiento. Por tan importante función, las autoridades no podían permitir ningún tipo de obstáculo que entorpeciera este flujo.

Este acontecimiento, provocó que ese mismo año las autoridades le encomendaran a Francisco Luis Besa, la tarea de realizar el primer plano de todas las posesiones de La Chimba, para así impedir que otros vecinos siguieran el ejemplo de Gómez Pardo.

Es también por esos años que llegaron a hacerle compañía a los Dominicos otra importante congregación: los Recoletos Franciscanos. Estos se instalaron en los terrenos que le habían sido donados por Nicolás García y su esposa, María Ferreira. Gracias a los avances que estos realizaron en la zona, el antiguo Camino de El Salto pasó a llamarse Avenida Recoleta.

Con el término de la construcción de la Recoleta, los Franciscanos se unieron a la tarea de los Dominicos de evangelizar al incipiente núcleo poblacional que se había formado en La Chimba. Sin embargo, no sólo los vecinos de este sector asistían a la Recoleta. Con

el tiempo se hizo moda en los santiaguinos el concurrir a aquel templo a oír misa, con todos los aperos de quien sale de día de campo, puesto que por entonces, La Chimba quedaba muy lejos de Santiago.

Paulatinamente, el barrio fue creciendo hasta llegar a encontrarse muy cerca de la ciudad. Ya durante el siglo XVIII bastaba con cruzar el Río para encontrarse en Santiago. Por esta razón, lentamente La Chimba comienza a tomar un carácter más urbano, siendo subdivididas las grandes propiedades que aun subsistían desde la época de Pedro de Valdivia, las que fueron rematadas formando pequeñas quintas para la siembra de árboles frutales, hortalizas, y viñas.

A pesar de estos cambios, la sociedad aun no reconoce a este sector como parte de Santiago, y no lo va a hacer hasta 1794 cuando el cronista Taddaeus Haenke señale, por primera vez en un escrito, las dimensiones de la ciudad incluyendo a La Chimba: “Santiago, incluidos sus arrabales, medía unas veinte cuadras de este a oeste y otras 20 de norte a sur”. (De Ramón, 1991: 113). Esto se debió, principalmente a que ya había sido inaugurado el puente de Cal y Canto, el que unía a La Chimba con centro de la ciudad.

Ya siendo La Chimba un lugar reconocido como parte integrante de la ciudad de Santiago, comienza a adquirir cierta prosperidad, especialmente cuando fue superintendente de Obras Públicas Melchor de la Jara Quemada, quien durante su mandato inició los trabajos para convertir a La Cañada de La Chimba en una calle cómoda y aseada, puesto que antes estaba llena de zanjas, charcos y matorrales. Ahora el camino tenía una extensión de más de veinte cuadras, el que comenzaba desde la misma rampa norte del puente Cal y Canto,

adornado con la primera alameda. Los trabajos fueron realizados exclusivamente por presidiarios.

Asimismo, y producto del aumento de la población en la ciudad, comienzan a construirse otros puentes a ambos márgenes del Río Mapocho, permitiendo un mayor flujo de relaciones entre los dos bordes del torrente, especialmente las comerciales, provocando una paulatina acercamiento entre santiaguinos y chimberos. Aún así, a ambos lados se conforman identidades distintas, muestra de ello es que en la guerra de piedras se conforman dos bandos que se enfrentan: los de la ciudad contra los del otro lado del Río.

Una cosa es tener contactos comerciales o, de vez en cuando, disfrutar de las fiestas que realizaban las personas de la chimba y otra muy distinta es sentirse parte integrante de un lugar. En este sentido, el Río seguía representando un límite, aunque cada vez menos en el sentido físico. Vivir de uno u otro lado conformaba formas distintas de ver a Santiago. Para unos el centro de abastecimiento para los otros el centro de consumo.

Esta idea también se manifiesta en que se construye al sector norte del Mapocho el Cementerio Colérico, formado sólo por fosas comunes a donde iban a para los cuerpos de los que habían muerto producto de la epidemia de cólera que afectó a Santiago y Valparaíso, entre 1860 y 1870. El arqueólogo Iván Cáceres señala que esta necrópolis se encuentra hoy a 300 metros bajo el agua del Puente Bulnes.

Además durante el siglo XIX, llega a este lugar un fuerte contingente de familias árabes, principalmente palestinos, centrándose

en los barrios populares y humildes de Patronato, Independencia y Recoleta.

Así como tiempo atrás, los campesinos e indígenas, es decir las personas que no tenían un lugar donde asentarse, terminaban viviendo en el sector norte del Mapocho. Este lugar se transformó también, en el hogar para los inmigrantes árabes en Santiago, quienes se desempeñaron en el comercio minorista y mayorista, como también en el oficio de la sastrería, peluquería entre otros.

Esto, más que nada, se produjo porque estos extranjeros llegaban con lo justo para vivir, es decir, para arrendar una habitación e instalar algún negocio, vistos con desconfianza por la sociedad santiaguina que era suspicaz con las costumbres que se alejaban de los cánones occidentales. No les quedaba otra solución que formar parte de los sectores que marginaba la “ciudad civilizada”. Distinto era si los inmigrantes eran europeos.

Asimismo, esta misma actitud de recelo, se producía con los sectores populares y las costumbres que habían desarrollado a lo largo de los años en la vera norte del Río.

Poblaciones “callampas”

A partir del siglo XX, Santiago experimenta un crecimiento vertiginoso en sus cuatro puntos cardinales, distinto al de épocas anteriores. La expansión es una respuesta a las necesidades de la clase media y de los pobres que venían del campo en busca de una mejor situación, demandando el poder acceder a viviendas más económicas. Así se crean las “Poblaciones Callampas”, las que

generalmente se encontraban a la vera del Mapocho, desde el centro de Santiago hacia el oriente.

En éstas habitaban trabajadores independientes, como artesanos y comerciantes, gente de esfuerzo que no había encontrado un lugar para vivir en otros sectores de Santiago.

En general, las poblaciones “callampas”, al igual que en épocas anteriores, surgen siguiendo la vera norte del Río, en base a una necesidad de cercanía con los centros urbanos donde principalmente se desarrollan las actividades económicas. Asimismo, las torrentosas aguas del Río podían traer algún material utilizable para adosar a la precaria vivienda y también para desechar sus desperdicios.

Nicómedes Guzmán, que visitó la población El Pino, ubicada en la ribera del Río Mapocho, la describía así: “Ranchos y más ranchos. Construidos con latas, deshechos de ladrillos, con tablas podridas, con alambres: ranchos contruidos con muerte, con muerte venida de no sabe dónde, con cadáveres de materiales que alguna vez fueron dignos guardadores de la pasión humana. Calles, calles y más calles, sinuosas, caprichosas, igual que la entrecortada ilusión de gentes humildes. Luego, chiquillos, niños de triste alegría, sin volantines, sin ñeclas¹⁴, pero con tarritos en donde vacían tiernamente arena, ripio y desperdicios, como harían en una playa muerta.” (Salazar en Bravo, 2003: 58)

Aunque en un principio el Río fue establecido como límite físico de la ciudad. Más tarde el Mapocho adquiere una connotación simbólica que demarca una diferencia social y cultural dentro de una misma ciudad, donde el habitante realiza éstas distinciones tomando como

¹⁴ Pequeño volatín.

parámetro al Río. A pesar de que actualmente los sectores de la vera norte del Mapocho han perdido su aspecto rural, persiste en el imaginario de los santiaguinos, la idea de que existen mundos distintos entre una ribera y otra.

El Mapocho al constituirse como un referente demarcador dentro de la ciudad, tiene asociado la idea de “no lugar”. Es decir, es “de todos”, pero a la vez no “es de nadie”. Precisamente, este atributo es el que posibilita que en Él y en sus cascajales surjan usos insospechados para el resto de la población. Así, el cauce adquiere nuevos significados para los más marginados de Santiago.

USO HABITACIONAL

Desde el período fundacional de Santiago, el Río Mapocho comienza ya a constituirse en el lugar de refugio, por excelencia, de las personas que pisaban los últimos peldaños de la escala social. En el transcurso de la historia, variaron los personajes, aunque no así las motivaciones.

Según el seminario *“Proyecto Vial y generación de imagen urbana: el caso de costanera norte y su intervención en la ribera centro-norte del Río Mapocho”*, del arquitecto Ernesto López Morales, planteaba que ya en el siglo XVI había construcciones dispersas a orillas del Mapocho. Correspondían a viviendas de algunos indios y sirvientes, dispuestas cerca de la ribera con el objeto de captar el agua de riego para sus siembras, pues el lodo que queda como sedimento en el tránsito de las aguas es tierra muy fértil, lo que era ideal para huertos de auto-consumo y subsistencia.

Armando de Ramón plantea que se trataba mayoritariamente, de

servientes de monasterios que no podían vivir dentro de los muros de los conventos y que se instalaban en estos lugares, ya que quedaban relativamente cercanos a los sitios donde trabajaban.

La población que comienza a instalarse en la periferia de Santiago y en especial en las riberas del río, tienen un carácter más popular en comparación a las personas que habitaban la parte central de la ciudad, compuesta por sectores medios y altos.

Existen noticias escasas y fragmentadas acerca de las personas que vivían a orillas del Río a comienzos del siglo XVII. Armando de Ramón señala que esto se debería a que en los terrenos de La Chimba no tenían una cantidad considerable de habitantes, en comparación a lo que era entonces el centro de la ciudad.

Algunos de ellos, se dedicaban al comercio callejero, vendiendo algunos objetos artesanales o agrícolas. Ofrecían sus productos en el centro urbano, por lo que vivir en las cercanías del Mapocho respondía a una estrategia vital, ciertamente en función de la proximidad con el centro de consumo.

En la ciudad, estas personas podían ofrecer sus servicios, pero eran los primeros afectados durante las recurrentes crecidas. De hecho, en 1623 se vieron afectados todos estos trabajadores. Según extrae Armando de Ramón de las notas que escribían los regidores. En el papel plasmaban su compasión con las mujeres pobres y niños quienes se veían obligados a abandonar sus precarios hogares.

En este mismo período, grupos de población mestiza comienzan un éxodo desde las zonas rurales, movidos por un espíritu aventurero,

además de la aspiración de encontrar mejores posibilidades en la ciudad.

Así, grupos de indios, mestizos y algunos negros eran los peones y gañanes¹⁵ que hacían los trabajos pesados de la ciudad. Vivían en rancheríos entre los arrabales.

Estas personas si no se instalaban en el borde del Río, lo hacían en los arrabales más lejanos, por lo que instalarse en las orillas denotaba una necesidad desde el punto de vista de la subsistencia entorno al centro principal de consumo. Además el Río, proporcionaba un buen lugar para vivir y desarrollar labores como el canteado de piedras, las curtidurías, el desarrollo de artesanías y otros oficios.

Durante el siglo XVIII, la escasa población de los arrabales sigue aumentando, debido principalmente, a las migraciones campo-ciudad.

“Durante la segunda mitad del siglo XVIII, era posible observar varios focos de miseria, que con el nombre de *guangualies*¹⁶ o rancheríos, albergaban a una numerosa población abigarrada, ‘sin costumbres, ni ocupación’.” (de Ramón, 1992: 115)

Estos arrabales se concentraban, especialmente, en las riberas del Río Mapocho, a escasas cuadras del centro urbano tradicional, al borde de La Cañadilla – dado que era una vía de tráfico comercial- y al margen sur del Mapocho y al oriente del cerro Santa Lucía. (de Ramón, 1992)

En los dos siglos anteriores, muchos de los que habitaban este

¹⁵ Mozos de labranza.

¹⁶ Pueblo o población de indios.

espacio residual, eran trabajadores indígenas que eran traídos expresamente para realizar obras públicas o privadas en la ciudad. Pero en el siglo XVIII, las personas que llegan a vivir a los arrabales, “son gente miserable, sin ocupación fija que se acogía a la ciudad por no tener posibilidades en su tierra de origen”. (de Ramón,1992: 115) Se instalaban improvisadamente en terrenos baldíos, en zonas pantanosas, en los cascajales¹⁷ del Río y en otros lugares de poco valor.

Estos rancheríos se diferencian de los surgidos al sur de la Cañada, durante el siglo XVII, ya que éstos habían adquirido los dominios de sus propiedades. En cambio, las personas que habitaban los cascajales lo hacían en terrenos en los que improvisaban viviendas precarias.

A fines del siglo XVIII las barriadas se extienden en toda la periferia urbana. Los guangualíes ubicados al norponiente de Santiago, adquieren nombres propios, como Petorca, Hierro Viejo, Villa Nueva, Espejería y Cañadilla, para distinguirse de la ciudad. Estas personas desarrollan costumbres totalmente diferentes a los santiaguinos y se reúnen en ramales cerca de sus puestos de verduras y frutas, realizando fiestas donde se canta y se baila: son las llamadas chinganas.

Podemos destacar el origen heterogéneo de la población que habitaba la zona del Mapocho. Era posible encontrar habitando en las cercanías del río, españoles pobres, indios, mestizos e incluso algunas personas de origen africano. Sin embargo, este mestizaje no se restringe sólo a lo racial, sino que comienza a ser la base de toda una serie de prácticas culturales propiamente populares. Es desde este

¹⁷ Zona pantanosa a orillas del río.

escenario cultural donde emergen prácticas como la cueca, ejercicio propio de la tradición oral.

Estos sectores marginales no se sentían comprometidos con los patrones culturales de la clase alta. Por eso, participaban de valores propios que, muchas veces, se contraponían a los de las clases dominantes, quienes veían con desconfianza las costumbres y actividades populares.

Las autoridades sospechaban de las concentraciones que hacían con motivo de los días festivos, pues se emborrachaban y causaban desórdenes. “El Cabildo de la época tenía regidores encargados de castigar a los que incurrieran en estas faltas, y esgrimían como excusa, que en estas ocasiones caían en vicios morales como el ‘incesto’, estupro o adulterio.” (De Ramón, 1992: 71)

La relación entre las autoridades y los más desposeídos comienza a definirse por el lugar físico que ocupan los habitantes. En este caso, el borde de la ciudad, corresponde al margen de los de las personas que no pueden vivir en otras zonas porque no podrían subsistir.

Según De Ramón, las autoridades de comienzos del siglo XIX no miraban con buenos ojos el surgimiento de estas poblaciones a orillas del Río, pues constituían un obstáculo para el negocio de los terrenos, por lo que se propuso la destrucción de aquellos caseríos. De hecho, durante ese período, se pidió un informe sobre las medidas que la autoridad había tomado para destruir un rancherío que se encontraba en la ribera sur. Sin embargo, las aguas turbulentas barrieron con esa “toma” en el invierno de 1827.

Actividades laborales de las gentes de los arrabales

Como hemos manifestado, vivir en el borde del Mapocho es una situación de precariedad, sin embargo el riesgo de verse afectado por una crecida se toleraba, pues dicha locación les permitía estar cerca de la zona céntrica de Santiago que era el principal centro de consumo, ya que no tenían los medios de transporte para desplazarse, como carretas y caballos para llevar la mercancía a los consumidores.

La población de Santiago seguía creciendo, la desocupación y un lugar donde estar, eran factores que significaban la posición que se ocuparía en la sociedad santiaguina. Las chozas a orillas del Río tenían el carácter de interinas pues nunca se sabía cuando se podía ser desplazado por las autoridades o por los eternos desbordes.

Vivir en las riberas del Río tenía una doble connotación. Al vivir en terrenos que por su condición un tanto pantanosa, no tenían mucho valor, podían instalar, sin mayores dificultades, sus frágiles viviendas y aunque tenían que habérselas con las crecidas, el lugar era estratégico para el desarrollo de sus actividades económicas dada la cercanía con el centro.

Durante el siglo XVIII, el comercio ambulante siguió siendo la actividad principal de las personas que vivían en los arrabales, el que se desarrollaba en las cercanías a la Plaza Mayor y en los portales llamados “El Conde” (hoy Portal Fernández Concha). De ahí la importancia de estar en los bordes del cauce.

El historiador Armando de Ramón afirma que “existía una situación de subempleo que mantenía a una cantidad considerable de hombres sin nada que hacer. ‘Ociosos, vagos y malentretenidos’ como decían las

autoridades de su tiempo (de Ramón, 1992: 115). Sin embargo, ellas ayudaban a fomentar esta ociosidad, ya que para la construcción de obras públicas ocupaban a los presos y no contrataban a los desempleados. Esta situación generaba no sólo una condición de pobreza, sino de miseria entre estas personas.

A las escasas posibilidades de estas personas de superar sus problemas, se sumaba el estar siempre bajo sospecha de las autoridades. Un ejemplo del este prejuicio se puede observar en que en 1758, el gobernador Manuel Amat y Junient, contrataba exclusivamente a funcionarios blancos para contener a la “plebe insolente.” Claramente para establecer una diferencia entre personas de origen mestizo y las que la autoridad consideraba sus iguales y por lo tanto, hombres de confianza.

La actitud y lenguaje de las autoridades de la época que juzgaban a los grupos sociales y sus actividades, empezaba a manifestarse como una constante en este período. Por ejemplo, en 1802, el gobernador, Luis Muñoz de Guzmán “determinó que se procurase hacer desaparecer 743 ranchos ‘que son unas feas chozas que desgracian el prospecto público de la ciudad y desacreditan la decencia con que debe ser vista la capital del Reino’.” (De Ramón, 1992: 131). Se conformaba entonces la “no ciudad”. Ya no era La Chimba propiamente la que era mirada en menos, si no “las casuchas a orillas del Río”

Como se puede apreciar, el comentario alude a un juicio más bien estético que social. Estos rancharíos eran una especie de insulto para la mentalidad de la época que trataba de ver en Santiago a una ciudad próspera y distinguida. Muchas veces, estas opiniones

negativas, contrastaban con las observaciones, un poco más benévolas, que hacían algunos cronistas extranjeros respecto de los sectores populares y sus costumbres.

Éstas eran particularmente atractivas para algunos santiaguinos, más que nada porque en ellas se cantaba y se bailaba, también se bebía. Todo ello generaba prácticas culturales totalmente opuestas a las de la pacata sociedad Santiaguina. Estas actividades fueron poco a poco dándole una imagen particular al sector de Mapocho.

A fines del siglo XVIII se habían configurado varios guangualíes hacia el noroeste de la ciudad, pero lentamente serían aún más desplazados hacia el poniente, en dirección al Río. Todo esto se debe a que comenzaba el negocio de la especulación de los terrenos de los propietarios que arrendaban algunos paños a los sin casa. Muchos de ellos eran autoridades administrativas, lo que facilitaba bastante sus negocios.

El guangualí “El Arenal” o “El Carmen”, se situaba en la Chacra que pertenecía, de 1870, a la sociedad Ovalle Hermanos. “Uno de ellos Matías Ovalle Errázuriz fue Intendente de Santiago, Ministro de Hacienda en 1858 y durante diez años diputado del Congreso Nacional.” (de Ramón, 1992: 173) Al igual que en el Barrio Yungay, estos propietarios alquilaban sus terrenos para que fuesen trabajados.

Paulatinamente, tras la construcción de los tajamares definitivos y la canalización, los rancheríos de las riberas del Mapocho fueron desplazados. Y en esos nuevos terrenos se construyeron conventillos que trataban de optimizar los espacios, para sacar que los rentistas

sacaran mayor provecho con la especulación de terrenos, funcionando con el mismo sistema de alquiler de pedazos de tierra.

Las orillas del Río y sus alrededores eran y son elegidos para vivir en ellos porque representan zonas desde las cuales se puede trabajar. Uno de los casos más representativos, es el caso de los areneros del Mapocho.

Nicomedes Guzmán, escritor de la generación del 38, describía esa zona del Río Mapocho, una tarde de verano de 1920: “Los pies hasta los tobillos en la arena caliente, merodeando por las cercanías del puente Bulnes se oía cantar a los areneros que paleaban el ripio en el lecho del Río, (...) los niños de los conventillos vecinos se bañaban en las sucias aguas, y otros echaban a caminar Río arriba pasando entre miserables ranchos con murallas a punto de derrumbarse (...)en tanto, el aire apestaba a excremento humano, a orines, a basuras podridas.” (de Ramón, 1992: 230)

Como se observa en la cita anterior el Río fue utilizado como lugar de trabajo y vivienda para quienes habitaban sus márgenes en este período. Por lo demás, personas debían convivir con la pestilencia y la basura del Río, depositario de todo lo que sobra en la ciudad.

En la actualidad hasta el 2003, todavía era posible ver a los areneros del Mapocho, especialmente en la comuna de Renca, desde el sector donde se encuentra el Hospital Félix Bulnes hacia el poniente. Ellos trabajan extrayendo material, el cual comercializan en el mercado de la construcción. A veces, también se podía observar pequeños ranchos contruidos con materiales de desechos, maderas y algunas planchas de zinc oxidadas que correspondían a las viviendas de estos pequeños obreros. En ese sector, todavía era posible ver a los niños del

sector, jugando improvisadas “pichangas” en las explanadas aledañas al Río. Y en los alrededores, jaurías de perros de todas las edades que esperaban ansiosos cualquier atisbo de compasión de parte vecinos del lugar.

También cerca de estos ranchos, crecían plantaciones de tomates y zapallos, como consecuencia de los desechos que botaba en la orilla del Río una feria libre. Los productos, a pesar de la toxicidad del cauce, eran consumidos por los habitantes de los pocos ranchos que aún, hasta el año pasado, era posible ver en los sitios baldíos al lado del Mapocho.

Actualmente, con los trabajos de la Costanera Norte, estas escenas del paisaje urbano han sido borradas quedando en su lugar tan sólo un murallón y una autopista aún sin terminar.



En esta parte de la ciudad es posible ver al Mapocho olvidado por todos. Sin las rejas de hierro forjado, ni áreas verdes que lo adorne. Sin embargo, la ribera sur es usada como paseo y lugar de recreación por los vecinos que no tienen acceso a otras áreas verdes.

Las Poblaciones callampas y los niños del Mapocho

Antes eran los indios y mestizos que vagaban porque no tenían amos, ni servían a nadie. Ahora eran pequeños abandonados. En ambos casos se podría hablar de una especie de orfandad y el Río se convertiría en una especie de protector improvisado que los albergó sin

pedir nada a cambio

La ciudad de Santiago a principios de siglo ya está sufriendo los costos de la explosiva y continúa expansión demográfica. Entre 1907 y 1960 emigraron hacia Santiago, desde diversas regiones del país, 906.298 personas. (De Ramón, 1992). Así, para el primer centenario de la Independencia, la capital tenía cerca de 700.000 habitantes y esta tendencia no se ha detenido. Actualmente, Santiago concentra un tercio de la población total del país.

Este proceso migratorio fue especialmente nefasto para los pobres, pues generó un fuerte déficit habitacional, que recién comenzaría a resolverse en la década del '60 con una política sistemática por parte del Estado.

En 1940, la situación de vivienda popular acaparaba la preocupación oficial. Los conventillos tenían una cierta rivalidad con las poblaciones “callampas” - llamadas así porque se levantaban en corto tiempo y se construían con desechos, latas viejas y otros materiales – debido a que eran desalojados para construir allí conventillos y sacar mayor rentabilidad a la tierra.



Conventillos principio del siglo XX

Según una estadística de 1939, dentro de la comuna de Santiago había 698 conventillos. Pero las orillas del Zanjón de la Aguada y en las riberas del Mapocho, se sucedían las poblaciones callampas en una continuidad

que no parecía tener fin. (De Ramón, 1992) Estas poblaciones vivían en condiciones deplorables, ya que la mayoría ni siquiera contaba con agua potable ni alcantarillado.

El crecimiento sostenido de la población de Santiago, generaría nuevos escenarios y personajes en la ciudad. Más allá de la expansión de la misma, el Río nuevamente se constituía en el refugio para los recién llegados o para los carentes de una mano paternal que los albergara.

Durante el siglo XX, el entorno del Río cambia y otros actores entran en escena. Nuevamente, el Mapocho tan inhóspito en apariencia, se constituye en el cobijo para los marginados de la sociedad.

Hasta entrados los años sesenta, fue característico encontrar en el Río a los “pelusones”: chiquillos de mechadas tiesas y costumbres primitivas, que vivían de lo que obtenían de las billeteras que le despojaban a los “giles” de La Vega, y se expresaban a pedradas y cuchilladas. (Merino, 1997).

En 1930 Chile sufre las consecuencias de la crisis mundial de 1929, repercutiendo en las exportaciones agrícolas y en el precio del salitre, lo que se tradujo en una disminución significativa de las actividades productivas de las otras regiones del país.

Esta situación dejó a gran cantidad de personas cesantes, obreros y campesinos en su mayoría, que se fueron a la capital en busca de mejores oportunidades, que no todos encontrarían. Muchas veces estas personas viajaban en lo que se llama migración

escalonada, es decir, de pueblo a ciudad y así avanzando por las urbes más grandes hasta llegar a Santiago.

En la Tesis de María Soledad Bravo, “El otro Santiago: los niños del Mapocho en el siglo XX. 1930 – 2002”, se plantea que las familias que llegaron a la capital se disgregaron debido principalmente a la escasez de empleo, la pobreza habitacional, la mala alimentación, la falta de acceso a los servicios de salud y la insalubridad de los hogares, situaciones que vulneraron la estabilidad de muchos niños que se fueron a vivir en esos años al Mapocho.

Algunos de ellos, cansados vivir en una habitación estrecha e insalubre, se iban a la calle, donde encontraban suficiente espacio para correr y jugar, algo que no podían hacer en sus propios hogares. Las autoridades de la época pensaban que estas condiciones de desamparo y vagancia eran la base de la delincuencia infantil. (Fuentealba en Bravo, 2003)

Justamente, es en este período donde el fenómeno de los niños de la calle se hace cotidiano en los paisajes urbanos de la ciudad. En la década del treinta, era muy común ver por las calles de Santiago a grupos de niños sucios y harapientos, de pies desnudos, pidiendo limosna y durmiendo bajo los puentes del Mapocho, en la piscina escolar (sector Mapocho). (Bravo, 2003)

En la prensa de esos años se graficaba la mirada que tenía la sociedad sobre estos pequeños. La revista *Vea* publicó en 1939 que “la opinión pública miraba con desconfianza a estos niños, que exhibían ‘con algo de estudiada teatralidad, su miseria y abandono’.” A esto hay que añadir la marcada indiferencia de los transeúntes, quienes

encontraban curiosa y “simpática” esta forma de mendicidad, arrojando de vez en cuando unas monedas a los infantes.

Es interesante observar cómo ciertos fenómenos se repiten aún cuando los actores sociales parezcan distintos. Por ejemplo, en lo que respecta a la actitud que tienen las autoridades y las personas de “buen vivir” con respecto a los mundos marginales. Primero los marginados de la sociedad eran los peones errabundos del siglo XVIII y ahora son los muchachos del Mapocho.

La sociedad reaccionaba diciendo que no se debía fomentar este tipo de mendicidad, pues era deber del Estado preocuparse de la asistencia de estos menores desamparados.

Nuevamente, como antaño, en los santiaguinos surge el temor a la plebe, como diría Armando de Ramón, sólo que ahora encarnado en estos niños desprotegidos y harapientos. Ellos no son reconocidos como parte de la ciudad, nadie los quiere mirar en su descarnada realidad, sino como su nombre lo dice son los niños del Mapocho.

Sus costumbres fueron variables a través del siglo XX. En la tesis de Bravo, se destaca que en la década del '40, por ejemplo, no usaban drogas o alcohol y que basaban sus juegos en entretenimientos como el trompo, colgarse de las micros, bañarse en la Pileta de la Quinta Normal o ir al teatro rotativo, muy distinto a lo que sucedería en el futuro.

El Mapocho fue depositario y reflejo de los vicios de la época. Junto a la miseria de no tener hogar y a veces qué comer. Estos niños

fueron el reflejo de los peores males sociales o mejor dicho los vicios de una sociedad se asimilaban más fácilmente a estos sectores más desprotegidos. En donde la verdadera amenaza no era el Río, sino las actitudes y vicios de la sociedad santiaguina que los corrompe.

En 1949, el Padre Alberto Hurtado denunció que en Santiago ya eran 4 mil los menores que vivían en las calles, lejos de sus familiares y entregados al robo y la mendicidad.

Estos niños dormían en los puentes cobijados en las esquinas de fierro que los sostienen. Sus moradores los llaman canoas. En caso de peligro se ocultan en los desagües o conductos. Si la situación es más grave, se arrastran por la tubería hasta salir a la altura de la Empresa Zig-Zag. Pero muchas veces, si son los “ratis”, se dejan llevar por la corriente y así se salvan de ser detenidos. (Sjoberg, 1958)

Los niños vagos y los que vivían en el Río Mapocho son parte de un mundo en el que los valores de la sociedad chilena no están presentes. El Río era el otro Santiago, el lugar donde se cobijaban los marginados y desposeídos. Estos niños-hombres se iban construyendo en la medida de sus apreciaciones, siguiendo los códigos y normas que establecían las pandillas que allí vivían. En su relato, Alfredo Gómez Morel da cuenta no sólo de uno de los lugares predilectos para estos niños, sino como se desarrollaba la rutina cotidiana de los habitantes de las riberas del torrente. (Llanos, 2000)

El Padre Hurtado buscaba apartarlos de las calles para llevarlos a la Casa de Acogida. Él mismo recorría noche a noche la costanera para convencerlos de que salieran de ese mundo. Sin embargo, muchos volvían al Río que sentían, a pesar de todo, como su lugar que

si bien tenía peligros, era su verdadero refugio y los otros niños su familia.

Los hijos de este Río fueron y son una realidad conmovedora, que muy pocas personas de la ciudad se han atrevido a enfrentar. La actitud de la ciudadanía de los años '40 tiene los matices de la segregación. Pero además, tiene un componente que se arrastra de siglos anteriores que tienen que ver con la visión de mundo, o mejor dicho de ciudad. Las ciudades conforman, de cierta manera lo que somos y queremos ser. Los niños del Mapocho son parte de la ciudad, pero de la parte que no es reconocida, de la ilegítima, de la que no queremos ser parte.

En la década del '60 ya había conciencia de que estos menores en el futuro se podían convertir en delincuentes, por lo que el problema atrajo una mayor preocupación de las autoridades y un creciente interés por parte de la opinión pública. Además, porque se creía necesario recuperar este sector que era considerado una zona peligrosa.

En la actualidad, en la era de los derechos del niño y el impacto de la imagen, gracias a denuncias televisivas el país se enfrenta a este problema que por tanto tiempo se mantenía al margen. La existencia de niños y adolescentes que viven en condiciones totalmente impensables a orillas de un Río pestilente en el que abundan la basura, las infecciones y los roedores, se suponía extinguido luego de la intervención del Padre Hurtado.

Y de esta forma sale a la luz pública la famosa caleta Chuck Norris, ubicada en Plaza Italia, a metros del Puente Pío Nono, donde niños entre diez y dieciocho años compartían colchones, alimentos y vicios. Ya no sólo se trataba de infantes abandonados, sino de

pequeños que adquirirían las lacras e inmoralidades de los adultos, como la drogadicción, el alcoholismo y una sexualidad prematura, que en muchos casos deriva en abusos de parte de adultos.

Todavía hay una actitud social de desprecio y, más que nada, indiferencia hacia quienes viven en el Mapocho. Es cierto que ya no se les ve tan a simple vista como antaño, pero si se aguza un poco la vista aún es posible, en medio de un Mapocho intervenido por la Costanera Norte, encontrar los vestigios, las señas de que alguien todavía llega a refugiarse a orillas del Mapocho.

Desde la llegada de los españoles que el Río ha cumplido la función de cobijar a la población que encuentra en éste las condiciones mínimas para subsistir, sin costo alguno. En él encuentran vivienda y trabajo, requisitos que no encontrarían en ningún otro sector de Santiago, transformándose en el albergue del que no tiene cabida dentro de la ciudad.

El Río mirado desde ese punto de vista se nos muestra como un mundo aparte que no pertenece a ningún lugar de la ciudad. Es tierra de nadie, es un lugar donde todo puede pasar, donde toda posible conexión con el resto de la ciudad está marcada por redes que no siempre se pueden ver. Por lo tanto, es como si no existiera, salvo cuando uno de los que viven allí sale para recordarnos su presencia.

Es tentador establecer una analogía entre el lugar que ocupa el Río en el imaginario de la ciudad. Como lugar depositario de todo lo que no cabe en los parámetros de lo moderno y tampoco lo que pertenece a lo tradicional. Ésas usos recrean prácticas atávicas del ser humano en medio de una ciudad que pregona la modernidad como causa y fin en sí misma.

USO RECREACIONAL

Durante el siglo XVIII, y gracias a la consolidación de los tajamares, se comienza a dar nuevos usos a los terrenos ganados, siendo un adecuado soporte para hacer paseos de álamos y sauces.

“Junto a los tajamares del Mapocho, el Gobernador Francisco José de Ovando (1745-1746), hizo plantaciones de sauces, con lo que se formó el hermoso paseo de los tajamares o ‘Alameda de los tajamares’, que habría de hacerse tradicional en la vida santiaguina. Más tarde, cuando se levantó en el lugar la pirámide conmemorativa del Presidente Domingo Ortiz de Rosas, fue llamado ‘Paseo de la Pirámide’.” (León Echaiz, 1975: 76)

Así se formaron dos paseos: el de la Pirámide, al cual se concurría en caballos y carruajes; y el de los tajamares propiamente, que se realizaba sobre los muros de los parapetos¹⁸.

Encina describe el paseo del Tajamar como un camino ancho y recto de una milla de largo, que tiene de trecho en trecho escaños de piedra, y ambos lados son sombreados por árboles siempre verdes.



Paseo en las cercanías del Puente de Palo

El historiador Ismael Espinosa nos grafica graciosamente, apoyado por las ilustraciones del dibujante Themo Lobos, que sobre “el ancho lomo del tajamar (...) tenían lugar las reuniones al aire libre de los elegantes

¹⁸ Pared o baranda que se pone para evitar caídas en los puentes, escaleras, etc.

santiaguinos, cuando la Plaza de Armas no era sino una infecta explanada, donde se estacionaban las carretas verduleras, y donde los desaprensivos animales y sus dueños depositaban las bostas y orines que daban a Santiago su aromático “olor a campo”.

Por otra parte, en el tramo que se construyó desde el puente de Cal y Canto hacia San Pablo, el Presidente Agustín de Jáuregui hizo plantar en 1773, sauces y otros arbustos que hicieron nacer la “Alameda Nueva” que fue igualmente usada como paseo por el vecindario. Este último desapareció años después; pero los otros dos, el de los tajamares y el de la Pirámide, se mantuvieron por largos años y llegaron hasta la época republicana como algo tradicional de la vida santiaguina. (León Echaiz, 1975)

Asimismo, durante el gobierno de Ambrosio O’Higgins, el puente de Cal y Canto fue objeto de modificaciones para transformarlo en un excelente paseo público.

Se podría decir que los tajamares además de ser obras de construcción esenciales para la seguridad de Santiago, fueron un símbolo del progreso de la ciudad. La construcción de paseos en los alrededores de los tajamares, y en el mismo, revelan esta admiración por lo nuevo que es tan característico de la modernidad.

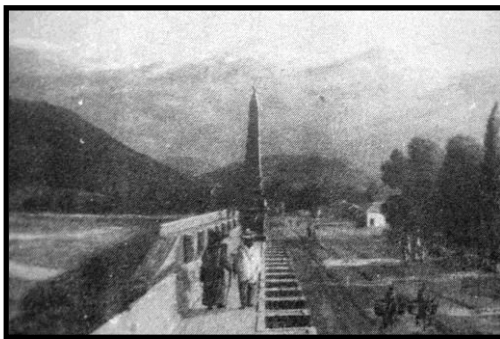
Por otra parte cabe destacar, en este punto, que los usos que se les da a las obras no necesariamente tienen que ver con su intencionalidad primera, transformándose en este caso una intervención urbana en un lugar completamente nuevo y superpuesto a la función del tajamar.

Paseos por el Tajamar y las chinganas

Tras la construcción de los tajamares comienza a cobrar auge y gran concurrencia el Paseo de los Tajamares. Era costumbre en esta época cruzar el puente de Cal y Canto “y enfilear por La Cañadilla, luego torcer en el Callejón de los Olivos, dirigiéndose luego hacia la ciudad por el Camino de la Recoleta, para disfrutar el verde paisaje del lugar y la tranquilidad de las quintas suburbanas.” (López, 1997)

“El trayecto se hacía entre arboledas y quintas, a cuyas sombras, en las tardes de calor, las familias se reunían a jugar el naipe o a *pelar* al prójimo.” (Orpi, 1970: 2)

De esta forma el paseo del tajamar configura uno de los primeros espacios públicos desde el cual era posible que estas personas, de clase acomodada, aunque no alternaban directamente con los habitantes de las Chimba, tenían la ocasión de presenciar sus manifestaciones culturales. De alguna forma, se crea la posibilidad de que ambos grupos entren en contacto, ya no sólo desde la perspectiva comercial, sino también cultural.



Paseo del Tajamar

El paseo se extendía unas doce cuadras. La entrada estaba junto al gran Puente Cal y Canto y desde allí algunos se sentaban a mirar tanto el paisaje como a los paseantes. Había dos pilas de agua en cada extremo del camino y éste estaba sombreado por álamos de Italia. (de Ramón, 1992)

Como mencionábamos anteriormente, el paseo del tamar era ocupado principalmente por las personas de clase alta, las cuales también se sentían atraídas por las actividades festivas que se realizaban en el lado norte del Río, nos referimos a las chinganas.



El paseo de la Alameda, Óleo de J. Charton,
1850

Con la construcción del paseo de la Alameda de las Delicias, el paseo del Tamar dejó de ser frecuentado, destruyéndose las fuentes con arena y cortado los árboles. Asimismo, la carretera se veía descuidada y desierta.

A lo largo de los siglos, el llamado sector “ultra Mapocho” fue constituyendo prácticas culturales muy particulares. Una de éstas fueron las chinganas, conocidas fiestas populares del lado norte del Río.

En los sitios aledaños a las cañadas de Independencia y Recoleta, que eran pequeños mercados de frutas y verduras, se instalaban ramadas, chinganas y ranchos de mujeres ‘abandonadas’. El lugar se llenaba de peones urbanos y rurales, que compraban frutos y legumbres a los campesinos para revenderlos posteriormente en la ciudad, así como clientes de todo tipo. (Salazar, 2003)

“La cañadas no sólo fueron una “feria franca” donde se comerciaban “frutos del país”, sino también una suerte de campamento campesino y un arrabal popular de la ciudad”. (Salazar, 2003:38)

Este lugar se llenaba de campesinos, se movilizaban los comerciantes ambulantes, se acercaban los compradores y se bajaban los entusiastas parroquianos de las “chinganas”. (Salazar, 2003)

En ellas se reunía el pueblo para ver a los cantos y los bailes, acompañados con el arpa o con algún otro instrumento. Este tipo de prácticas eran menospreciadas y censuradas por las autoridades, quienes constantemente mandaban a arrestar a sus asistentes. En un principio las miraban como una costumbre pintoresca, pero luego éstas fueron vistas como vicios morales.

A pesar de lo anterior, los vecinos de la ciudad sentían una cierta atracción por estas fiestas, y solían ir a mirar estas escenas por algunos momentos, pero debido al carácter prohibido de estas actividades, no tardaban a regresar a sus hogares. Pero también había quienes asistían y disfrutaban en plenitud de estas fiestas con canto y baile, aunque de manera clandestina.

Armando de Ramón cree que es precisamente de estas chinganas que debieron surgir los cantores de micro o los cantantes callejeros. Siendo estos lugares uno de los espacios que permitieron un intercambio social importante entre los habitantes del lado sur y norte del Río. Reforzándose aún más la idea de un sector donde se podía hacer lo prohibido, asistir a estas animadas fiestas populares.

Luego llegaron a La Chimba los primeros circos, consolidándose el arte popular chileno. A la vez, comenzaron a surgir los tráficos turbios y los juegos clandestinos, los que tenían como escenario las mesas de billar, las canchas de rayuela y palitroque.

Comienza a surgir esta imagen de censura que tiene el Mapocho que la acompaña hasta nuestros días.

Gabriel Salazar opina que las cañadas, ferias libres y chinganas fueron más un impacto popular que económico, tanto en lo social, moral y legal, pues le daban una identidad propia a este sector del Río. Sin embargo, fueron cada vez más fiscalizadas y limitadas hasta exterminarlas.

La importancia de estas fiestas radica en que fueron fieles representantes de todo el mestizaje cultural que se dio entre indios, españoles, mestizos y personas de origen africano. Y también en el poder de aglutinar flujos de personas que aunque muy distintas compartían un espacio en común de intercambio social.

En el último cuarto del siglo XIX, surge una nueva actividad en la vera norte del Río: la instalación en la antigua Quinta Villalón del Circo e Hipódromo - como se llamaba entonces- , en el cual solían tener lugar carreras de caballos. Esta diversión popular atraía mucho público. (de Ramón, 1992)

Guerra de las piedras y otras entreteniciones peligrosas

A mediados del siglo XIX La Chimba estaba mucho más urbanizada, aunque conservaba una imagen semi-rural producida por la presencia de alamedas, caminos, callejones y molinos. Sin embargo todavía tiene un carácter particular con respecto al resto de la ciudad. (López, 1997).

En este siglo se mantiene la diferencia entre la ciudad propiamente tal – el lado sur del Río- y La Chimba. Esta oposición también hace ecos en la construcción de identidades de los habitantes de Santiago y

en las manifestaciones lúdicas que, muchas veces, ponen en evidencia el sentir social.

Desde 1813, se efectuaba la guerra de las piedras, actividad que se producía entre el Puente Purísima hasta tres o cuatro cuadras más abajo del Cal y Canto. (Orpi, 1970).

José Zapiola, quien es un testigo personal de este pasatiempo cuenta que era una práctica común de la época y que se desarrollaba especialmente en la caja del Mapocho, a donde llegaban contendientes de todo Santiago. (de Ramón, 1992)

Las guerras de piedras eran entre santiaguinos y chimberos. El mismo Zapiola cuenta “el resultado de los combates ‘era sólo favorable a los santiaguinos que, llegando casi siempre hasta los ranchos situados en el Río y encontrándolos abandonados, saqueaban como vencedores esos ranchos, escapando sólo aquellos cuyos dueños eran mujeres indefensas. Estos saqueos no eran precisamente por robar, pues se sabe lo que en un rancho puede tentar la codicia, sino por imitar la guerra en todos sus pormenores, y, más que todo, por el instinto de hacer daño’.” (Anduaga, Duarte y Sahady en López, 1997: 48)

Los vecinos de la ciudad acostumbraban instalarse en el malecón¹⁹ del tajamar para observar este pasatiempo.

Abel Rosales recogió una carta que narraba las experiencias infantiles de Ramón Núñez Villalón. Éste “era el general de los niños de la Cañadilla y, como tal, y ciñendo a la cintura la espada de su padre, entraba a la lucha con ardor de hombre grande. El ojo seco del norte

¹⁹ Murallón o terraplén que se hace para defenderse de las aguas.

del puente era su cuartel general y de allí solía dirigir la batalla (...) A veces estos encuentros tenían lugar en las aguas mismas del Río.” (Rosales, 1947: 113).

También detalla otra de las anécdotas: “Entre los niños terribles de la primera veintena del siglo XIX, se cuenta al Arzobispo Valentín Valdivieso, que para dar una pedrada en el Río, era como mandado a hacer. Como él, muchos que después han sido tiesos y graves señores tuvieron en el Mapocho, bajo el puente y en las vecindades un campo de diaria batalla.” (Rosales, 1947: 11)

Podemos observar que estos juegos infantiles expresan, también la idea de segregación, de ser del otro lado del Río. Otra de las entretenciones de los niños tiene que ver con los juegos de alto riesgo:

En 1840, era costumbre de los niños después de la escuela, pasar por la cornisa que rodea como balcón volado la parte poniente de cada casucha del puente. El niño que se atrevía a dar esta vuelta, a una altura de más de 15 metros del precipicio, en cuyo fondo estaba el Río, debía hacerlo con los brazos extendidos en forma de cruz andando de soslayo. Si lograba dar la vuelta al otro lado de la casucha, los compañeros le tendían la mano y, una vez a salvo, lo aplaudían con atronadores gritos, depositando en su sombrero un premio de un medio real por cabeza.

Por esta causa, la Intendencia impidió estas apuestas a través de la acción de la policía e instaló ladrillos para cerrar el paso a las cornisas voladas de las casuchas. Sin embargo, los niños siguieron yendo. (Rosales, 1947).

Las actividades de recreación entorno al Río suponían el compartir espacios públicos, que aunque estaban claramente delimitados permitían, de todos modos, la coexistencia y el intercambio social, especialmente entre el festivo y atractivo mundo de la Chimba y la parte de la ciudad que observaba las buenas maneras como cualidad sin la cual no se era civilizado.

Muchas de estas prácticas, contravenían todas las normas necesarias para pertenecer a “la ciudad culta y civilizada” de la que hablaba Vicuña Mackenna, y que representaban lo desordenado, lo chusco y picaresco imágenes que no representaban los valores del centro tradicional de Santiago. Sin embargo, muchas personas que formaban parte de este lado de la ciudad se sentían atraída por estas actividades pero no se atrevían a reconocerlo abiertamente, dado que estaban prohibidos. El Mapocho lleva desde entonces esta carga de censura, de lugar prohibido pero a la vez atractivo que observamos hasta nuestros días.

Y a partir de esto mismo, el Río comienza a ser incluido en la vida de los habitantes de la ciudad, puesto que ya no se le ve como una amenaza, sino como parte del paisaje.

COMO LUGAR DE MUERTE

Durante la dictadura, el Río, asumió resignado la tarea de dar testimonio de las atrocidades y los atropellos a los derechos humanos que se estaban cometiendo. Los muertos flotaban por las aguas lodosas, cruzando de oriente a poniente la ciudad para terminar en el mar, muchas veces sin que nadie los rescatara. Los fusilados eran tirados a sus aguas como una manera de hacer desaparecer los

cuerpos. Este ejercicio se repitió – como ahora sabemos- también en otras macabras modalidades, como tirarlos desde los helicópteros Puma al mar, amarrados a rieles de trenes. En todo caso, el paso de los cadáveres caló muy hondo en los vecinos, familiares de las víctimas y también ocupa un lugar en la memoria social urbana, pues el paso de esos cuerpos por la columna vertebral natural de Santiago, era la evidencia más clara del horror que se estaba viviendo.

Francoise de Menthon, esposa del Embajador de Francia en Chile en 1973 escribe en su diario: “viernes 26 de octubre de 1973. Otra vez tiroteos esta noche.....Hay un grupo de gente a la orilla del Mapocho, frente a nuestro portón, es terrible. Un cadáver que parece enrojecido por el frío yace en la ribera opuesta. Un carabinero y un hombre de civil bajan y lo cubren con cartones. La gente mira hacia el medio del torrente. Entre unas ramas, al lado de un viejo canasto, se ve enganchado otro cuerpo blanco, descompuesto, hinchado....Y al lado de esto, la ciudad llena de sol. Providencia se ve repleta de productos, desaparecidos hace mucho tiempo, vendidos a precio de mercado negro y que sólo la gente de este barrio puede comprar”

Nadine Loubet aporta su experiencia protegiendo a los perseguidos tras el Golpe. Como monja de la Congregación Francesa de las Dominicanas, ayudó a asilar a muchos dirigentes políticos, pero también comprometidos anónimos. El testimonio de “la hermana Odile” en el libro “el asilo contra la opresión”, escrito por la periodista Faride Zerán conmueve por su fuerza, coraje y determinación. Vivía en la Población el Montijo, cerca del aeropuerto Pudahuel y como a 5 minutos del Río. “Yo decía: ¡cómo disparan en la noche!. Siempre me contestaban: no, pero son tiros al aire. Nadie creía, pero a los dos o tres días empezaron a hablar de 17 ó 19 cadáveres que habían aparecido en el Mapocho. La gente estaba muy choqueada y cuando me lo

contaban como que se atragantaban y no querían seguir”. (Zerán, 1991: 232)

Nadine hace referencia a un caso de un brasilero que socorrió cuando estaba herido. El 14 de septiembre llegó a su ventana en busca de protección y diciendo una y otra vez, “yo era el segundo”. Lo tomaron junto a otras cinco personas, los habían llevado a una comisaría –donde le rompieron sus papeles- y de ahí al Estadio Nacional, donde los torturaron como a tantos. Luego los trasladaron al borde del río Mapocho y los hicieron bajar. “Bajó el primero y lo mataron. El brasilero decía: ‘como le saltaba el seso, yo vi. No sé si corría o me caía, no sé, pero me encontré en el agua de repente (...) Sentí varias balas y me encontré en el río”. (Zerán, 1991). Herido se dejó llevar por la corriente y cuando no hubo más casas salió de las aguas y luego de buscar ayuda en varias partes fue llevado al hogar de la religiosa.

La Hermana Odile recuerda que también al día siguiente de aquel episodio se cruzó con dos hombres y les preguntó si era cierto lo de los muertos en el río: “¡ah, usted no cree!, vaya un poco más allá, respondieron. Caminé y me quedé helada. Era el cadáver de un joven de 25 años. Los pies todavía estaban afuera, pero el resto del cuerpo estaba en el agua. Quedé paralizada.” (Zerán, 1991:234).

“Volví y le dije a Blanca (la monja que vivía con ella) que no sabía si enterrarlo o no. Entonces partí a la Casa del Obispo (Fernando) Ariztía para consultarle. *Entiérrelo*, me respondió. *Tome testigos y no lo haga sola*. Dos o tres vecinos se pusieron a cavar el hoyo. Mientras una mujer me decía que había otros dos cuerpos más allá.” (Zerán, 1991).

El Historiador Ulises Cárcamo demarca como esta parte de la historia de Chile aún no ha sido abordado cabalmente por su disciplina, sino que ha sido rescatada con profesionales y personas que trabajan con el rescate de la memoria. Para él, no hay objetividad que dé cuenta del fenómeno y como la disciplina historiográfica trabaja con documentos, no ha sido recogido aún. “Se trata de memoria y hay que rescatarla y buscarle el sentido a esos hechos. Pues tiene que ver con sentimientos, subjetividades, lo que ciertamente determina las conductas.”

Por su parte, la periodista Patricia Verdugo recuerda en su libro *Bucarest # 187* su experiencia de duelo. “El cuerpo de mi padre fue sacado del Río Mapocho en julio de 1976.” (Verdugo, 1999: 12). En entrevista con la Revista “mujer” de La Tercera publicada el 22 de junio de 2002, afirma que estuvo 18 años sin mirar al río. “Veo al Mapocho como tumba de mi padre. Yendo por la costanera o cruzando por sus puentes, me las arreglé para mirar hacia arriba de modo que mis ojos no se encontraran con el agua.

Recién en 1994 la justicia dio con los asesinos. “Entonces pude ver hacia el cauce en el puente Padre Letelier. Desde ahí, cuando quiero hablar con él, me instalo sobre un puente. Así lo hice en enero de 1998 y en medio del puente Pío Nono, le anuncié a mi padre que me iba a casar y pedí su bendición”.

Dado que mucha gente aún no tiene a donde ir a cumplir el ritual de estar donde yace el cuerpo de sus muertos, las aguas corrientes son el lugar de recuerdo para muchos deudos. De hecho, durante la dictadura en muchas ocasiones el Río se vio rodeado de velas en recuerdo de esas víctimas. “Yo agregaba lágrimas a ese río-tumba de tantos chilenos.” (Verdugo, 1999: 68)

Hay muchos testimonios sobre situaciones tanto o más tristes que las relatas, sin embargo hoy a 31 años del Golpe de Estado todavía no hay cifras exactas del número de personas que fueron tiradas al Mapocho. Muchas familias ya no saben si esperar justicia, pero sin duda encontrar una cuota de verdad sobre la muerte de sus cercanos, les ayudaría a curarse -en parte- con la vida.

No queremos que esto quedé sólo como casos aislados, pues lo ocurrido está en la mente de muchas personas y es parte de una memoria social que por mucho tiempo permaneció silente por miedo. En estas experiencias, las ciencias sociales sin duda deben abrazar con la mayor sensibilidad los instrumentos metodológicos cualitativos.

En conclusión, parte del imaginario social que rodea al Río se presenta como lugar simbólico de muerte, pero de aquella que la rodea un aura trágica. Al ser un espacio residual donde circula todo aquello que no queremos ver o enfrentar y en el que nadie quiere escudriñar, sus aguas permiten la impunidad legal y moral no en vano, constantemente hay noticias de cuerpos encontrados como resultado de crímenes.

Los muertos del Mapocho fueron una muestra patente de tantas otras formas de desaparición. Postulamos que debido a la indudable connotación de esos episodios, se le agregó importancia simbólica, reconfigurando la imagen que se tenía de esta agua. De hecho, fue ese espesor significativo con el que diversos artistas visuales trabajaron durante la dictadura.

LUGAR DE EXPRESIÓN ARTÍSTICA y CULTURAL

Podemos decir que el río ocupa un lugar es un lugar simbólico en la ciudad, no sólo por su presencia física, sino porque en sus riberas, el hombre ha creado expresiones culturales –entendiéndolo por construcción comunitaria de sentidos sobre el mundo- como también expresiones artísticas.

Los murales en el río surgen con motivo de la campaña presidencial de Salvador Allende en 1964. Un grupo de pintores como Carmen Jonson, Julio Escames, Luz Donoso, Pedro Millar y Hernán Meschi, produjeron en los tajamares del Río Mapocho un mural que abarcaba el costado de la actual Avenida Santa María, entre los puentes Recoleta y Patronato. Alcanzó una extensión aproximada de 200 metros. Ese trabajo buscaba constituir un homenaje a los líderes progresistas de la historia de Chile. Los pintores trabajaron alrededor de tres meses, con la colaboración intermitente de otros artistas amigos como Dinora Doudtchitzky, Héctor Pino, y todos los alumnos de la Escuela Experimental²⁰ junto al profesor Osvaldo Reyes (Castillo, 2001)

Fernando Marcos, artista nacional que ha trabajado en murales, señala en el libro “Puño y letra” de Eduardo Castillo que “con anterioridad a dichas intervenciones no existía la presencia del muralismo en el entorno urbano”. Así, esta modalidad expresiva tan extendida en América Latina estaba haciendo eco en los artistas locales que, poco a poco, ocupaban el espacio público urbano y, por supuesto, la caja del Mapocho.

Esos artistas trabajaban con autonomía en su realización. Los partidos de izquierda no tenían mayor incidencia sobre el desarrollo

creativo. Aportaban con la entrega de colaciones o materiales, además de hacer participar a militantes de las juventudes socialistas.

Esta iniciativa repercute en la ciudad. Esta modalidad gráfica se multiplica en los sectores populares, ahora sin la presencia o guía de artistas. (Castillo, 2001)

Se debe señalar que antes de ejecutar alguno de estos trabajos, sólo conversaban sobre el tema a plasmar, además de que no se trabajaba sobre la base de algún boceto pre acordado o sobre alguna plantilla. Estos datos son interesantes para comprender como esta práctica artística es a la vez un hacer colectivo que funciona de manera casi espontánea.

La creación de estos murales podía durar varias jornadas. A diferencia del graffiti actual, que irrumpe en las paredes públicas y particulares de manera ilegal y por lo tanto implica un trabajo fugaz; la práctica muralista en esa época no estaba determinada por la rapidez o la clandestinidad, dado que previamente a la intervención hacían un acuerdo con los dueños de la locación contemplada (Castillo, 2001). En todo caso, en ambos trabajos no se trabaja regularmente con bocetos previos.

Si bien no hubo una sorpresa muy positiva por parte de la derecha, la reacción no fue tan virulenta como pudo haber sido, dado que la temática era más social, cultural o artística que política. De hecho, estos primeros muralistas eran más pictóricos y no usaban explícitamente un lenguaje de agitación o contestatario. Esto hizo que estos trabajos pudieran perdurar un poco más en el tiempo, es más, el

²⁰ Escuela Experimental Artística, la más antigua según Francisco Brugnoli. La primera sede estuvo ubicada en el Barrio Mapocho.

mural del Río Mapocho, estaría presente hasta comienzos de los setenta.

La artista Carmen Jonson en el libro de Eduardo Castillo señala que, a diferencia de la labor desarrollada posteriormente por las brigadas muralistas, el denominador común de lo realizado en 1964 siempre fue y, pese a todo, un interés pictórico” (Castillo, 2001: 41).

Las agrupaciones posteriores, como la Brigada Ramona Parra, mostrarán un lenguaje mucho más gráfico. Esa evolución para Jonson constituye un progreso en el arte mural, pues lo lleva hacia una legibilidad pensada para la ciudad. Respecto a este punto, Hernán Meschi en el mismo libro inédito de Castillo dice: “nosotros éramos pintores que pintábamos lo que sabíamos en los muros; ellos crearon un sistema de trabajo, métodos, toda una gráfica” (Castillo, 2001: 41).

Eduardo Castillo, profesor en la carrera de Diseño de la Universidad Católica, plantea en su texto que “los artistas nunca renunciaron a sus inquietudes plásticas a favor de la propaganda ni pretendieron derivar hacia códigos visuales de asimilación masiva, como los afiches. A lo que Carmen Jonson agrega que este tipo de trabajo era algo “más cercano a una propuesta artística orientada a ‘la búsqueda de una política más humana, pero que fuera también belleza, cultura y también el reconocimiento de nosotros mismos’” (Castillo, 2001: 41).

Si bien esta modalidad de expresión había sido pensada inicialmente como una estrategia para la campaña de 1964, en algún momento el desarrollo alcanzado les llevó a pensar que se trataba de una labor que podía, en caso de triunfar Allende, proyectarse como una política cultural. Sin embargo, tras la contingencia eleccionaria, los

artistas sufren una decepción, ya que los partidos políticos no muestran un pronunciamiento claro al respecto.

Esta práctica representa una forma de apropiación de esta extensión que cambia el rostro del Mapocho Céntrico. Sin embargo, cabe hacer notar que en este período, estas experiencias artísticas no surgen bajo el amparo de las autoridades y representan un intento de dar un nuevo significado a un espacio que es reconocido como parte importante de la ciudad.

Estas obras pictóricas dejan marcas en un espacio público que tiene una presencia referencial para los santiaguinos. Resulta interesante constatar que es la primera vez que un grupo de ciudadanos, en este caso los artistas, se coordinan en torno a un objetivo con connotaciones particulares, dejar un vestigio colectivo en el Mapocho.

Estas instancias articularon discursos visuales de los cuales no necesariamente serían conscientes los autores, ya que una obra artística siempre va más allá de la intención de su autor. De esta forma, el Mapocho devuelve nuevos sentidos a sus habitantes.

Brigadas

Las brigadas muralistas empiezan a hacerse reconocibles a mediados de los sesenta, encontrando sus primeros miembros en jóvenes vinculados a los partidos de izquierda. Las elecciones presidenciales de 1970 fue el escenario que determinaría la preocupación de los partidos políticos por constituir grupos organizados de propaganda.

Los artistas plásticos manifestaron su adhesión a la tercera candidatura de Allende. Más allá de una actitud contestataria buscaban extender las preocupaciones artísticas a los espacios públicos y, por supuesto, graficar en la ciudad sus expectativas de progreso cultural (Castillo, 2001).

En septiembre de 1969 se funda la Brigada Ramona Parra. El nombre de esta agrupación recuerda a una joven obrera de 20 años que fue asesinada por la represión de 1946 mientras se efectuaba un acto solidario con los obreros del salitre. Esa actividad se realizó en la Plaza Bulnes, convocada por la Confederación de Trabajadores de Chile.

Otro movimiento relevante fue la Brigada Elmo Catalán²¹ que durante la campaña presidencial de 1970 llega a trabajar continuamente alrededor de ocho meses. En las primeras salidas movilizaban grupos pequeños que desde las 18 hasta las 21 horas, realizan intervenciones en el sector céntrico de la ciudad, hacia las calles Agustinas, Huérfanos, Teatinos, el sector del Parque Forestal y en misma Alameda. (Castillo, 2001)

Hasta entonces los murales sólo incluían texto. Fue el 4 de septiembre de 1970 cuando se les agregó imagen, obligando a la elaboración de propuestas pensadas para trabajarse en conjunto con el lenguaje visual.

Durante el período de la Unidad Popular y dado que gran parte de los medios de comunicación eran férreos y explícitos opositores a la gestión de Allende, los rayados se constituyeron como una respuesta.

²¹ Elmo Catalán, periodista socialista que pertenecía a la rama chilena del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia. Además era secretario de Carlos Altamirano, Secretario General del PS en ese tiempo.

“El muro era como la pizarra, el diario o la televisión; el medio de comunicación del pueblo”. (Castillo, 2001: 50)



Además buscaban fortalecer la conciencia política de los sectores populares. De hecho, estaban claros que no era posible convencer a los del barrio alto; sin embargo, la Brigada Ramona Parra realizó un mural en las proximidades del Hotel Sheraton, con motivo del encuentro de la Sociedad Interamericana de Prensa en octubre de 1972.

En el primer año del Gobierno Popular, la producción muralista se encaminaría, según Ana Longoni²², hacia una doble dirección, como “una herramienta de comunicación de los logros del régimen y como una vía para democratizar el acceso al arte” (Castillo, 2001: 60).

Se produce un acercamiento entre los artistas plásticos y las brigadas. En el verano de 1972, en las cercanías del Parque Forestal, se comienza a trabajar en los tajamares del Río Mapocho. Dicho trabajo buscaba conmemorar los cincuenta años del Partido Comunista. En la ocasión participaron José Balmes, Guillermo Núñez y Roberto Matta.

Otros sectores sociales, reconocen el poder visual de los murales y buscarán espacios representativos de la ciudad para expresar sus ideas.

²² Ana Longoni, docente e investigadora argentina sobre artes plásticas.

La Brigada Ramona Parra era responsable de la organización del evento que culminó en una obra cuya extensión final bordearía los 400 metros entre el puente de la calle Purísima y el Puente Patronato frente a la Avenida Miraflores. Finalmente, dividido por partes, se arman una serie de murales que unificaron, en el relato, el movimiento obrero chileno y la historia del Partido Comunista (Castillo, 2001).

Francisco Brugnoli²³ puntualiza que “la Ramona Parra hizo el comienzo y el fin. Hizo alegorías a la pintura de Matta, por lo tanto no es una obra tan clara de la Ramona Parra. Es un híbrido. Ese fue un mural muy largo que se extendió entre dos puentes”.



Entre risas, recuerda cuando vio posteriormente en Europa una foto en la que sale de espaldas dibujando para ese mural. “Me paralicé, cuando vi esta fotografía en el Libro Blanco del Gobierno Militar.”

Volviendo al ejercicio de las brigadas, cabe demarcar que su trabajo volvió a retomar fuerzas en 1973, dada la alegría del triunfo electoral en las elecciones parlamentarias. “Los quiebres en el proceso mismo y el enfrentamiento con la derecha y los medios de comunicación demandarían intervenciones cada vez más frecuentes. En la etapa más crítica, estas agrupaciones retoman su línea

²³ Francisco Brugnoli desde 1998 es Director del Museo de Arte Contemporáneo. Además es vice decano de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. En los ochenta, fundó la Escuela de Artes de la Universidad Arcis.

informativa determinada por la consigna para apoyar, desde los muros, la debilitada acción de los medios afines al gobierno” (Castillo, 2001: 74).

En el período comprendido entre el 11 de septiembre de 1973 y la segunda mitad de los años setenta se anulará el muralismo en el espacio público.

Según describe Eduardo Castillo en su libro, dentro de las actividades más importantes realizadas por la Brigada Ramona Parra durante los años ochenta es cuando hace una “bajada” a los tajamares del Río Mapocho. Dicho mural fue hecho en octubre de 1988 y lo efectuaron motivados por los 68 años del Partido Comunista. Con posterioridad a dicha intervención, la Brigada Elmo Catalán efectúa una operación artística similar, pero fueron detenidos.

Avanzada la década de 1990 y tras el declive de la contingencia que gestará su regreso, las brigadas muralistas cesaron su intervención pública. La mayoría de sus trabajos han sido borrados, mientras algunos permanecen en forma deslavada o encubierta, sólo como restos de dicha visualidad (Castillo, 2001).

Los murales son una visualidad pensada para ser “leída” de izquierda a derecha, suponiendo el movimiento del observador que recorre, con la vista o con los pasos acelerados, el encadenamiento iconográfico.

En este período los murales dan cuenta de los procesos sociales que se vivían en esta época. De alguna forma, los muros del tajamar se constituyeron en espacios de comunicación en un período en que la expresión de ideas era parte de la efervescencia colectiva del momento.

Posteriormente, con la dictadura, esas paredes quedaron vacías, quedando en evidencia la idea imperante: suprimir los espacios públicos como lugares de congregación de personas e ideas.

Acciones de arte

Las recurrentes intervenciones artísticas en el río dan cuenta del lugar que ocupa en el imaginario de los habitantes de Santiago. Las diversas prácticas estéticas constituyen un nuevo desborde del río, en el plano simbólico. Por lo general, apelan a éste como espacio político de mociones sobre lo que significa la ciudad y el habitarla.

En los ochenta y, en plena dictadura, varios artistas levantaron propuestas que jugaban con lo que había ocurrido, denunciando desde lo metafórico. Por ejemplo, un grupo de artistas vinculados al Taller de Artes Visuales, en 1980 tiñó de rojo el río. En la actividad participaron Virginia Errázuriz, Lotty Rossenfeld y Juan Carlos Castillo.

Lotty Rosenfeld, considerada de la generación Acción de Avanzada, durante los años de la dictadura de Pinochet se dedicó varias veces a producciones que intervinieran en el espacio público, por medio de elementos que cuestionaran simbólicamente el estatuto político y la rigidez institucional.²⁴

El Taller de Artes Visuales había sido fundado por Francisco Brugnoli, junto a otros cinco artistas, en 1974. Esa instancia funcionó con donaciones de corporaciones internacionales. En los ochenta, Brugnoli funda la Escuela de Arte de la Universidad Arcis.²⁵

²⁴ Información extraída en <http://www.artistasplasticoschilenos.cl/>

²⁵ Información extraída de <http://www.portaldearte.cl>

En esa instancia, como profesor propuso trabajar un titular de prensa como metáfora. Ricardo Villaroel tomó el tema de la desaparición en Oriente de una muchacha cuyo nombre artístico era “Bella del río”. Supuestamente había sido captada por una red de trata de blancas.

“La palabra desaparición, para mí, bella y bella del río, jugaba con algo que podía constituirse en una dimensión mucho mayor que lo que el titular denotaba”, comenta Brugnoli.

Cada día ponía una bolsa de basura pintada de un color distinto y las pegaba a un tablero. Logró meter 20 o 30 caballetes en el Taller. “Las pintó una verde, una roja, finalmente el último día fue dorada”.

Un día los citó para que se reunieran en el borde del río, bajo el Puente Recoleta. Simultáneamente había pegado afiches fotocopiados en todo Santiago donde se invitaba a una acción de arte en homenaje a la “Bella del río”. Brugnoli cuenta que “había puesto las bolsas para que las infláramos. El punto de encuentro fue el puente que está enfrente de Recoleta. Ahí se lanzaron gradualmente al Mapocho, un color, otro color. Se generó un paisaje muy especial, sobre todo cuando en el puente que está sobre la Vega chica, las personas que habitan normalmente el lugar, comenzaron a tirar basura; entonces pasaban estas bolsas de colores por el agua que tenía mucha iluminación, pues había un sol muy fuerte. Además, desde el puente, caían canastos con basura. Era muy interesante, porque ahí Santiago es un espacio muy abierto donde se puede ver un horizonte”.

La idea central de esta acción de arte era jugar con lo residual del tema de la prostitución, dentro de una estética kitsch²⁶.

El único testimonio de esta mujer es la foto que apareció en el periódico. En ese retrato aparece con un turbante y manda saludos diciendo que está muy bien. Después no se supo ninguna noticia de ella. “Se trabajó sólo con la información que entregó la prensa, por eso ni a mí ni al artista nos consta que ella era una prostituta en Valparaíso que fue contactada por una red de trata de blancas. Todo el valor está en las asociaciones que se hacen con la desaparición de esta mujer que partió en busca de un sueño” recuerda Francisco Brugnoli.

Tiempo después, Villarroel fue a pedir al Registro Civil el certificado de nacimiento de “Bella del río” para constatar su existencia. Ahí se dio cuenta que no había un acta de defunción, por lo que legalmente está viva.

Haciendo memoria de los trabajos hechos en las orillas del torrente, afirma que alguien pintó unas piedras en el sector de Pedro de Valdivia Norte. “Yo identifiqué esa obra como consecuencia de una producción que se hizo para un taller de la Católica en el que hice clases”.

Agrega que en el mismo barrio surgió un trabajo bastante particular que todavía no logra identificar. “Tiraron semillas de girasoles, tomates y otras cosas y con el mismo sedimento que se forma cuando baja el río, comenzó a convertirse en una especie de chacra. Era increíble. Se formó en el río una chacra loca”.

²⁶ La estética kitsch es una tendencia que tiene una identidad flexible, camaleónica. Se ha denominado de muchas formas: fashion, glam, manierista, etc..

En el 2001 Ricardo Villarroel vuelve a trabajar en y con el Río. Junto a Claudia Monsalves colgaron cinco telas a cables sujetos a las riberas. Instalaron parlantes para que se amplificara el ruido de las aguas al pasar. Esta vez se ponía en cuestión, el concepto de ciudad y la manera en que se habita en Santiago. En el artículo ¿qué te pasó Mapocho?, publicado el 22 de junio de 2002 por la revista “Mujer”, cuentan que “Ver al Río, ahora con los trabajos de la Costanera Norte, nos hace replantearnos, porque hay una cierta inconciencia; la mayoría ve al Mapocho como algo feo que hay que tapar y borrar.

La idea de su trabajo era que las telas tocaran las aguas y que el río las manchara. “El Mapocho (...) fue parte de la magia. La gente se bajaba de las micros y de sus autos para ver lo que estaba ocurriendo. Hubo otros que descubrieron su sonido”.

En el reportaje de prensa sostuvieron que “el Mapocho es el eje fundamental de Santiago. Por lo tanto, hay un asunto con la historia, con la memoria de nuestro país, que generalmente se olvida. Por eso elegimos trabajar con el río, como un gesto que ayude a resurgirlo.”

Sin embargo, un espacio se convierte en lugar cuando adquiere las características de espacio de significado, es decir en un lugar de memoria para un cierta sociedad. Esa percepción, claramente, no es sólo un asunto de artistas, lo que ellos hacen es trabajar con ese mapa simbólico de referencia. Así es como se han erguido propuestas artísticas que denunciaban los muertos que corrieron por el Mapocho, pero también miradas que ocupan al río como soporte de sus iniciativas.

Sin embargo, nos parece que hay un juego contradictorio con la idea de memoria, pues está en permanente tensión el arquetipo de que el Río todo se lo lleva, por ejemplo a los muertos y también lo que no sirve a nadie. En ese contexto, los artistas refuerzan, a través de las acciones de arte, la imagen de un Mapocho abandonado pero que carga en sí historias dignas de ser recordadas.

Un hito que no se puede dejar pasar, son las protestas ciudadanas que se iniciaron el 11 de mayo de 1983 y prosiguieron hasta 1986. El historiador Armando de Ramón destaca estas manifestaciones, ya que “se constituyeron en el ‘hecho urbano’ más relevante de los últimos tiempos en la historia de la ciudad” (de Ramón, 1992: 308). Para él, gracias a estas protestas sociales, después de muchos años, los viejos lugares históricos reivindicaron el simbolismo que portaban desde los siglos coloniales. Las riberas del Río Mapocho y muchos otros lugares facilitaron sus espacios para que el pueblo de Santiago hiciera oír sus reclamos.

El Mapocho se presenta como un lugar contradictorio porque es una extensión, cuya presencia física en la ciudad es ineludible, sin embargo sus aguas tormentosas, todo lo arrastran, especialmente lo que no se quiere mirar y enfrentar: la muerte y también los objetos que ya a nadie sirven.

Es particularmente interesante darse cuenta como una extensión de estas características adquiere el estatus de espacio público y lugar de expresión a los ojos de los habitantes. Es así como reconforma en lugar en permanente disputa entre lo que los ciudadanos puedan expresar espontáneamente y lo que las autoridades quieran hacer de él.

CONCLUSIONES

“La particularidad de cada río, será definitiva para determinar el carácter de su pueblo”
(Kupchik, 2000: 8),
Las huellas del río, 2000

Siguiendo esta frase, podemos agregar que el Río ha definido el carácter de la ciudad, pero también la idiosincrasia local, al intervenirlo y usarlo, lo ha moldeado según los sucesivos discursos que han operado.

El Río Mapocho no es el único caso, ni el más emblemático de una relación malsana entre una ciudad y el torrente que la cruza, pero para nosotros es la más pertinente debido a su cercanía y a que los espacios de este Río son nuestros propios espacios. Está en nuestra memoria como parte de nuestra historia y tradiciones. Es el observador mudo de las evoluciones y también de las involuciones que ha vivido nuestra ciudad y por que no decirlo, nuestra sociedad.

A través, de la relación de las intervenciones con la forma en que el hombre construye sentido de su entorno, se puede tener un acercamiento que trate de aprehender el Río en sus variadas dimensiones.

Desde tiempos inmemoriales, el hombre ha necesitado de un lugar que le proporcione agua, como elemento vital para la subsistencia, siendo el principio fundamental para asentarse en ellos y levantar ciudades.

Primero los incas y luego los españoles, tomaron en consideración la existencia del Río Mapocho para instalarse en este

valle, y aunque sus aguas eran turbias, esto no fue impedimento para que los primeros habitantes de Santiago las utilizaran para beber y regar sus cultivos, y por lo mismo se hizo necesaria su distribución a través de rudimentarios canales, construidos por los incas, que posteriormente fueron perfeccionados por los españoles.

Tras la Fundación de la ciudad de Santiago, se le añadieron a las aguas del Río otros usos dadas las nuevas necesidades de la incipiente población, como se expresó cuando nos referimos a la instalación de molinos en sus orillas y la utilización de las aguas para la higiene y el aseo de la capital.

Además, el hecho de que la ciudad se instalara entre el Río y su brazo –La Cañada - no responde tan sólo a satisfacer las necesidades básicas de los hispanos, sino también cobra el significado de límite defensivo y un dispositivo estratégico para la seguridad de los colonizadores.

Al ser un límite absolutamente físico entre la ciudad y las chacras, se produce la duplicidad urbano-rural a ambos márgenes del torrente. Posteriormente, se convierte en una frontera entre las prácticas culturales del sector tradicional y los núcleos humanos y culturales que comienzan a configurarse en la periferia, a partir de las actividades agrícolas y el comercio, los que en base a éstos mantienen un nexo con la ciudad.

Este sentido de demarcación entre uno y otro margen del Río Mapocho evoluciona hasta convertirse para los habitantes de la ciudad, simbólicamente también en un límite. Así, podemos ver como distintos grupos humanos construyen identidad de manera diversa y por tanto, sus percepciones y prácticas en el espacio son singulares. De esta

manera, lugares físicamente próximos presentan marcas identitarias diametralmente opuestas.

Es así, que todo lo que no tuviera cabida en la sociedad tradicional del centro de la capital era desplazado, especialmente, al sector norte del Mapocho. En esta zona surgen prácticas populares, como las chinganas y los pequeños mercados. Estas actividades, siendo censuradas por las autoridades, ejercían una fuerte atracción en todos los habitantes, quedando ya plasmada la imagen de barrio prohibido y seductor a la vez que conserva hasta el día de hoy.

Sin embargo, para que existiera esta relación entre ambos sectores del Río Mapocho, fue necesario, desde un principio, la construcción de puentes que permitieran transitar de un extremo al otro, ya sea para salir y entrar a Santiago, para abastecer a la ciudad con los productos provenientes de La Chimba, o simplemente para ir de paseo. Estas construcciones ayudaron a consolidar la vocación de espacio público de un lugar tan preponderante para la ciudad.

Si bien, los pequeños puestos de fruta y los mercados de abastos surgieron producto de cubrir necesidades básicas, prontamente se comenzó a intercambiar algo más que insumos, constituyéndose éstos, en espacios de convergencia de distintos grupos sociales, que en la vida cotidiana o en otros lugares no hubiera sido posible que compartieran e intercambiaran.

Cabe destacar, que la primera motivación para levantar puentes sobre el Mapocho respondió a una necesidad comercial que era básicamente abastecer, de manera más fluida, a la ciudad de los productos de La Chimba y del extranjero. Sin embargo, en esos momentos no se estaba consiente de la envergadura de este tipo de

construcción, ya que un puente implica conectividad, y por tanto comunicación. Sin darse cuenta los habitantes de Santiago se vieron involucrados en prácticas de intercambio cultural.

Los puentes eran comúnmente arrasados por las constantes avenidas del Río Mapocho, por lo que fue necesario construir sólidos tajamares, los que antes sólo habían cumplido con la función de proteger de las inundaciones, que provocaba el torrente, a ciertos sectores de la ciudad. Tras esta intervención, es posible levantar puentes más firmes, permitiendo un mayor y constante flujo de personas de uno y otro extremo del Mapocho.

Más tarde, con la canalización se implementan nuevas técnicas para la construcción de puentes a lo largo del Río. Con el aumento de estos, algunos vagabundos y niños sin hogar comienzan a habitarlos, generando una nueva forma de apropiarse del espacio, pero ahora dentro del mismo Mapocho.

Se puede ver a lo largo de nuestra investigación cómo se genera una tensión constante por la apropiación social de lugares en el Mapocho y sus alrededores. Primero las autoridades y las prácticas populares como las chinganas y ventas ambulantes. Y aunque luego esos grupos fueron en cierta medida desplazados, siempre es posible observar nuevos grupos humanos que tratan de dejar su marca en el Río.

Producto del encajonamiento del torrente quedan terrenos disponibles para ser usados, tanto para habitarlos como para crear verdaderos espacios públicos, dándole otra cara al sector del Mapocho. Así, podemos apreciar que las intervenciones pueden producir usos que no estaban contemplados.

Desde el punto de vista simbólico, el Río representa la lucha entre el hombre y la naturaleza, donde el primero intenta demostrar superioridad y establecer su sueño modernizador. Por ende, la forma que tiene el hombre de dominar a la naturaleza, se traduce en intervenciones, las que son, una y otra vez, repudiadas por el Mapocho en su intento de rebelarse. Si analizamos las intervenciones que se hacen a través de la historia, podemos ver que una precede a la otra y que cada intervención en el Río supone otra mayor y así sucesivamente, basadas en el desarrollo de la técnica y la ingeniería, que aún no terminan. Y aunque el proyecto Costanera Norte no nace en respuesta a una posible embestida del Río, sí implica un afán de doblegarlo.

Sin embargo, con todo el despliegue técnico actual todavía muchos se preguntan qué pasará con el siguiente invierno “más lluvioso del siglo” con la súper carretera, demostrando que aún está vigente la percepción de Río indomable, el que ante cualquier descuido traiciona a la ciudad y destruye todo lo que se ha edificado a su paso. Pero parece que todo queda en el olvido.

Por otro lado Costanera Norte representa la intervención urbana al Río más importante de toda la historia, ya que prácticamente sigue su curso urbano y con ello no sólo ocupa su espacio físico, si no que viene a cambiar la imagen del Río, marcando de cierta forma un antes y un después.

Es la idea de reemplazar lo antiguo y tradicional por lo moderno y dinámico. El slogan “Costanera Norte te acerca” resulta contradictorio porque retoma la idea de límite físico y lo lleva al presente. Nuevamente el sector norte quedará, de cierta forma, aislado ahora ya no se trata del

turbulento Mapocho del siglo XVI con sus precarios vados, sino de una carretera llena de movimiento y con gigantescas pasarelas en las que una persona pensará dos veces antes de circular por ella. El espacio público que todavía es el Mapocho al ser privatizado, anula las posibilidades de experiencias en relación al Río. Sin embargo, estos cambios que plantean desafíos para los habitantes de la ciudad, sean la base para que se generen nuevas formas de apropiación de los lugares del Mapocho.

El Río Mapocho se ha constituido, a lo largo de la historia de Santiago, en un punto de referencia en la ciudad. No sólo es un límite, sino que se ha transformado en un espacio con significados particulares y diversos. De una u otra forma todos los grupos sociales han concurrido a sus alrededores y ocupado sus riberas, depositando en él marcas identitarias diversas. Es así, que las ferias, el Mercado de Abastos y La Vega poseen características más populares comparadas con el paseo del Tajamar, el Parque Forestal, la antigua Feria del Libro o el Parque de las Esculturas, convertidos en lugares más selectos de la sociedad. Todo lo anterior, ha ayudado a la consolidación del Río como un referente donde es posible que confluyan diferentes identidades y por ello también representa una especie de crisol cultural que se expresa en las distintas huellas y trazados que han dejado a lo largo de él los habitantes.

El Mapocho es un referente demasiado amplio por lo que sus terrenos adyacentes, anexados producto de la canalización, han cobrado un valor por sí mismo al convertirse en diversos puntos referenciales creando sectores del Río en relación a la ciudad.

Concluimos que las intervenciones en el espacio público son la expresión física de ciertos modelos de sociedad y de los actores de

poder llegar a concretar sus aspiraciones en obras públicas, que en las distintas épocas, han delineado la fisonomía de la urbe. En otro sentido, los grupos sociales que han usado el lecho tienen una visión sobre el Mapocho, que expresan dejando marcas identitarias. Así vemos como intervención urbana y uso social se cruzan, pero no se contraponen, pues a nivel simbólico las valorizaciones se despliegan de una manera dinámica.

Entonces, Costanera Norte al arremeter en este espacio de representación, despierta reacciones a diferentes escalas dependiendo de la naturaleza de la persona, el nivel de implicancia que tiene el proyecto en su vida o desde su competencia profesional, lo claro es que diversos actores tienen una opinión frente al tema. Así se manifiestan opiniones políticas – en el sentido de opinión sobre la cosa pública- no sólo articulada en un discurso racional más elaborado y hasta mediático (Caso de Groote, ONGs o Agrupaciones).

Así, tenemos un doble fenómeno, un despertar de diversos grupos que se manifiestan de maneras disímiles ante un mismo hecho: la construcción de la primera autopista urbana en parte del lecho de Río.

En otro aspecto, desde los inicios de Santiago, el Río demarcó en el imaginario de sus habitantes, lo que pertenecía a la ciudad y lo que no correspondía a ella. Esto, claramente lo podemos apreciar en el sector norte donde están emplazadas la Vega, Patronato, el Cementerio General, el Psiquiátrico, es decir, todos lugares que indican lo diferente, lo que no se quiere ver, lo que escapa a nuestra comprensión. En cambio, en dirección sur, encontramos La Moneda, el ex Congreso, los Tribunales de Justicia y todo lo relativo al centro cívico, representando el orden y lo civilizado. Es interesante ver que hasta el día de hoy,

ambos sectores coexisten en un radio relativamente cercano, pero son incompatibles pues marcan territorialidades distintas en el imaginario de los habitantes de la ciudad.

Hemos querido hacer este seminario porque creemos que la ciudad – y el Río en especial- no es sólo un espacio, sino un lugar porque ha sido percibido, valorado, reconocido y apropiado por diversos grupos humanos en distintos contextos históricos. Todo ese espesor histórico y cultural llega hasta nuestros días y ha dejado huellas que dan cuenta de una historia que no pasa.

La Costanera si bien impone una intervención a gran escala en el Río, podría generar nuevas formas de apropiarse de los espacios. Nos atrevemos a decir esto basados en que las obras realizadas al Mapocho a lo largo de la historia, generaron en los habitantes de Santiago, y de manera natural respuestas de diversas índoles a las más variadas intervenciones que de por sí tienen el carácter de imposición.

BIBLIOGRAFÍA

Para las conceptualizaciones:

- Modernidad

CASULLO, Nicolas, “el debate modernidad post modernidad”, Editorial Punto Sur, Buenos Aires, Argentina, 1989.

Nicolás Casullo, “Modernidad, biografía del ensueño y la crisis (introducción al tema)”.

Se encuentran en este compendio:

BERMAN, Marshall, “Un brindis por la modernidad” publicado en Revista mexicana “Nexos” N° 89, mayo de 1985.

HABERMAS, Jürgen “La modernidad un proyecto moderno” publicado en Revista “Punto de vista” N° 21, agosto de 1984, Buenos Aires.

GUIDDENS, Anthony y otros, “Habermas y la Modernidad”, Ediciones Cátedra, Tercera Edición, Madrid, España, 1994.

WELLMER, Albrecht “Razón, utopía y la dialéctica de la ilustración”. En su texto cita las propuestas de Max Weber.

SUBERCASEAUX, Bernardo, *Chile ¿Un país moderno?*, Ediciones B; Primera Edición, Santiago de Chile, 1996.

CASTAÑEDA, Nicolás, “*Modernidad y Posmodernismo*” profesor mexicano que realiza proyecto para el programa de antropología de la Universidad del Magdalena, Facultad de humanidades publicado en noviembre de 2002

En el sitio:

http://www.unimag.edu.co/antropologia/modernidad_y_posmodernismo_texto.htm#definición. Visita realizada el 13 de mayo de 2004.

- **Imaginarios**

VEGA –CENTENO, Imelda, *“Doña Carolina: tradición oral, imaginario femenino y política”* en “Espejos y travesías”, antropología y mujer en los 90; 1992.

CASTORIADIS, Cornelius. *“La institución imaginaria de la sociedad”*, Barcelona, Editorial Tusques, 1993. tomo 1
www.felafacs.org/puertorico2003/mesa. Visitado 20 de mayo de 2004

BACZKO, Bronislaw, *“Los imaginarios sociales: Memorias y esperanzas colectivas”*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

RIFFO, Irene *“Un Nuevo Hallazgo, Un Nuevo Imaginario”*, tesis realizada en el 2002 cita a Manuel Antonio Baeza, *“Los caminos invisibles de la realidad social”* y *“Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales”* ambos del 2000.

- **Intervención urbana**

PANERAI, Philippe; Depaule, Jean-Charles, Demorgon, Marcelle ; Veyrenche, Michel, *“Elementos de análisis urbano”*, capítulo *“La práctica del espacio urbano”*, Editorial Instituto de Estudios de la administración local, Madrid, 1983.

Diccionario Everest de la Corona española de la lengua, 1973, España.

BORGES, Jorge Luis, "Otras inquisiciones", 1950 en "Proyecto Vial y generación de imagen urbana: el caso de costanera norte y su intervención en la ribera centro- norte del río mapocho", seminario de Ernesto López Morales para optar al título de arquitecto, Santiago, 1997.

Se hizo referencia a Moles, Abraham; *"la imagen: comunicación funcional"*, Editorial Trillas, México, 1991.

- **Uso social**

PANERAI, Philippe; Depaule, Jean-Charles, Demorgon, Marcelle ; Veyrenche, Michel, *"Elementos de análisis urbano"*, capítulo "La práctica del espacio urbano", Editorial Instituto de Estudios de la administración local, Madrid, 1983.

SAFA, Patricia, *"Vida Urbana, heterogeneidad cultural y desigualdades sociales, el estudio de los sectores populares urbanos"*, Revista Alteridades, México, 1992

REYES, Guadalupe, *"El Comercio Callejero y espacio urbano"*, Revista Alteridades, México, 1992.

ACEVEDO, Jorge, *"La sociedad como proyecto. En la perspectiva de Ortega"*, Editorial Universitaria, Colección El Saber y la Cultura, Santiago, 1993

ORTEGA Y GASSET, José, *"El hombre y la gente"*, Revista de Occidente, Madrid, 1949.

ORTEGA Y GASSET, José, *"Meditación de Europa"*, Revista de Occidente, Madrid, 1960.

PASCAL, Claudia, *“Jóvenes de la calle, uso percepción y representación social del espacio calle”*, tesis para optar al título de antropólogo social, p.93, Santiago, 2002.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

LÓPEZ, Ernesto, prof. guía Manuel Fernández H, *“Proyecto Vial y generación de imagen urbana: el caso de costanera norte y su intervención en la ribera centro-norte del Río Mapocho”*, seminario para optar al grado de arquitecto, Universidad de Chile, Santiago, 1997.

PINTO, Juan Pablo, *“En torno a la teoría de la fragmentación urbana el caso de la avenida Norte-Sur de Santiago de Chile”*, prof. Guía: Alberto Gurovich Weisman, seminario para optar al grado de arquitecto, Universidad de Chile, Santiago, 2001

DE RAMÓN, Armando, *“Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana”*, Editorial Manpfre, Madrid, 1992.

PIWONKA, Gonzalo, *“Las aguas de Santiago de Chile (1541-1741)”* Tomo I, Colección Sociedad y Cultura, Editorial Universitaria, Centro de Investigación Diego Barros Arana, Santiago 1999.

ROSALES, Abel *“La Chimba Antigua: la cañadilla de Santiago”*, Editorial Difusión S.A., Santiago, Chile, 1948.

VERDUGO, Patricia, *“Bucarest 187”*, Editorial Sudamericana, Santiago, Chile, 1999.

ROCO DEL CAMPO, Antonio; *Tradición y leyenda de Santiago*, Ediciones Ercilla, Santiago, Chile, 1941.

GALLARDO, Juanita, *“Déjame que te cuente”*, Editorial Planeta, Santiago, Chile, 1999.

GROSS, P; de Ramón, Armando; Vial, Enrique; *Imagen Ambiental de Santiago 1880-1930*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.

LLANOS, Paola; *Los Hijos de la Pobreza: vagos, mendigos y niños de la calle 1960-1998*, Tesina para optar al grado de Licenciada en Historia, Santiago, mayo 2000.

MONTERO, Ximena; *La menor vaga. Estudio sobre la Vagancia Infantil en Chile*, Memoria Asistente Social, Santiago, 1966.

SALAZAR Vergara, Gabriel; *Labradores, Peones y Proletarios; Formación y crisis de la sociedad popular chilena del s. XIX*, Lom Ediciones, Santiago, 2000.

OTAEGUI Peña, Carlos; *Santiago de Siglo en Siglo*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1945.

GÓMEZ, Alfredo; *Imágenes históricas de la ciudad de Santiago de Chile desde tiempos prehistóricos hasta la primera mitad del siglo XIX*, 51º Congreso Internacional de Americanistas, Santiago, 14-18 julio, 2003.

GÓMEZ, Alfredo; *Fuentes para una arqueología histórica en el casco antiguo de la ciudad. Actas del Cabildo de Santiago: Selección sobre urbanización y vida urbana (1558-1814)*, 51º Congreso Internacional de Americanistas, Santiago, 14-18 julio, 2003.

CASTAÑEDA, Vicente; Fernández, Rodrigo; Palomero, César; *“El Mapocho, río origen de Santiago”*; profesores guía: Graciana Parodi y Juan Parrochia, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile; Santiago, 1983.

MERINO, Roberto *“Santiago de memoria”*, Editorial Planeta, Santiago, 1997.

SJOBORG, Silvia; *Hogar de Cristo. Breve estudio Monográfico*. Memoria Asistente Social, Santiago, 1958.

BRAVO, María Soledad, *El otro Santiago: los niños del Mapocho en el siglo XX. 1930 - 2002, 2003*

OLGUÍN Tenorio, Myriam; Peña González, Patricia; *La inmigración árabe en Chile*; Ediciones Instituto Chileno-Árabe de Cultura, 1999.

ZERAN, Faride, “o el Asilo contra la opresión: 23 historias para recordar”, Ediciones Paradox, Santiago, 1991.

CASTILLO, Eduardo; "Puño y letra"; 2001, aún sin editar por ninguna editorial.

VILLALOBOS Sergio, “Historia de la Ingeniería en Chile”, realizado bajo la dirección de editado por el Instituto de Ingenieros de Chile, y Hachette. Impreso en su primera edición por Editorial Universitaria (1990).

LEÓN, Echaiz, René; *Historia de Santiago*, Tomo I: La Colonia, Imprenta Ricardo Neupert, Santiago de Chile, 1975

FERNÁNDEZ, Nona, Editorial Planeta, Chile, 1999.

BIBLIOGRAFÍA CITADA al interior de los textos utilizados

ANDUAGA G. Magda, Duarte G. Patricio, Sahady V. Antonio “*Patrimonio histórico de la comuna de Independencia*”, Ediciones LOM Santiago, 1996.

BÓRQUEZ, Oscar “*Historia del río mapocho y sus puentes*”, 1959.

BRIEBA, Liborio “*Episodios Nacionales*”

KUPCHIK, Christian, “*Las huellas del río*”, Editorial Planeta Argentina, Bueno Aires, 2000.

SALINAS, René, “Salud, ideología y desarrollo social en Chile” (1830-1950). *Cuadernos de Historia* 3: 99-126, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 1983.

REVISTAS

DE MENTHÓN, Françoise, “Páginas de diario”, en *Revista Araucaria* N° 12, Peralta Ediciones, Madrid, 1980

VERDUGO, Patricia, en el reportaje “¿Qué te pasó Mapocho?”, en *Revista Mujer del diario La tercera*, publicada el 22 de junio de 2002.

Revista “Qué pasa”, artículo “La Costanera Norte, según De Groot: Fea, lenta y peligrosa”; 02 de Julio de 2004

ROSAS, José “cambiando nuestro punto de vista”, Revista Arq n°43, Editorial ARQ, de la Escuela de Arquitectura Universidad Católica, diciembre 1999.

ENTREVISTAS

Alberto Gurovich, arquitecto y urbanista, director de la Revista de Urbanismo de la Universidad de Chile. Especialidad: Urbanismo, Planificación y Diseño Urbano, Análisis y Evaluación de Proyectos. Entrevistado el martes 16 de noviembre de 2004.

Iván Cáceres, arqueólogo. Trabaja en la unidad de Asesoría medioambiental de la Consultora Soluziona. Realizó el informe y las actividades arqueológicas de rescate y conservación de los tajamares encontrados por la construcción de Costanera Norte. Durante el 2004 también ha trabajado con un cementerio de muertos por cólera en el siglo XIX que se encontró por los trabajos de la autopista urbana. Entrevistado el 22 de noviembre de 2004.

Italo Serey, ecólogo y académico del Departamento de Ciencias Ecológicas de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile. Desarrolló un proyecto de investigación para Aguas Andinas sobre la contaminación en las aguas del Mapocho. Este es un estudio científico para ver los problemas de contaminación del agua que no se resuelven con las plantas de tratamiento de aguas servidas. Entrevistado el domingo 27 de noviembre de 2004.

Ernesto López Morales arquitecto y urbanista que desarrolló su seminario de investigación en 1997 sobre el Mapocho. Actualmente es

investigador de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Entrevistado el 2 de diciembre de 2004.

Fioralba Gazzana arquitecta de la Universidad de Córdoba, Argentina. Participó en el proyecto de remodelación urbana de las islas Canarias, España. Entrevistada el 28 de noviembre de 2004.

Ulises Cárcamo, Académico del Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Dicta la cátedra de "La ciudad y su espacio interior". Entrevistado el viernes 3 de diciembre de 2004.

Ramón Del Piano, arquitecto y Consejero del Colegio de Arquitecto. Nos reunimos con él, el miércoles 1 de diciembre de 2004.

Francisco Brugnoli artista visual y Director del Museo de Arte Contemporáneo. Entrevistado el 2 de diciembre.

Carmen Luz Parot, periodista y documentalista. Actualmente está realizando un audiovisual sobre el Río. Entrevistada el lunes 29 de noviembre de 2004.

INTERNET

- Sernatur

http://www.sernatur.cl/scripts/sitio/destino_atractivo2.php?destino=150&atractivo=232

Visitado el 20 de abril de 2004.

- www.scielo.cl

Visitado el 15 de octubre de 2004

- Diario La Aurora de Chile, sección de efemérides.

<http://www.auroradechile.cl/newtenberg/681/article-2774.html>

Visitado el 8 de junio de 2004

- Museo de arte contemporáneo.

<http://www.mac.uchile.cl>

Visitado en 11 de noviembre de 2004

- Revista Crítica Cultural

<http://www.revista-de-critica-cultural.cl/cp.htm>

- Sitio Brigada Ramona Parra

<http://www.colectivobrp.cl/mapo1.html>

- Datos curriculares de Francisco Brugnoli fueron revisados en un portal de arte nacional.

<http://www.portaldearte.cl/autores/brugnoli1.htm>

Visitado en 25 de noviembre de 2004